



Augusto Casola

Segundo horror

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Augusto Casola

Segundo horror

DEDICATORIA

A Eduardo Javier, para cuando sepa leer,
estos ecos del pasado.

Prólogo

Cuando el autor me encomendó que emitiese un juicio sobre esta obra, consideré el pedido como fácil de complacer. A medida que me adentraba en el contenido e iban surgiendo los enigmas, la cosa se complicaba, la dificultad era grande y por eso mismo, el desafío mayor.

Esperaba el resultado del análisis final en un breve tiempo y debo confesar que aún no lo he logrado.

Más que una historia, es casi un tratado para la reflexión. Campea en la novela la imaginación fértil en el manejo de los elementos simbólicos, el monólogo interior, el diálogo absurdo y una transposición de los tiempos que sólo se dan cuando los muertos resucitan convertidos en fantasmas, vuelven a corporizarse y así, hasta lo indefinido.

No importa tanto lo que se dice, sino cómo se dice.

Vuela el pensamiento saturado de imaginación, por momentos algo casi delirante, muy contagiante por cierto, pero no lo suficiente como para hacer fácil su lectura.

La proyección del relato se centra en Asunción, pero por la dinámica del todo, podría ser ubicado en cualquier otra ciudad.

Se ha ido creando el relato a través de pensamientos aparentemente sin hilar, pero su hilo conductor siempre está en primer plano y en diversos tiempos hasta desembocar en un final algo nihilista y casi absurdo.

Digo casi absurdo porque el autor nos obliga a compartir con sus personajes una multiplicidad de vivencias, para de pronto, arrancarnos esos personajes como al pasar, sin pena ni gloria, substituyendo vivencias y haciéndolos viajar alrededor de una espiral

centrífuga y centrípeta. Algo como fuerzas imaginarias que son atraídas y rechazadas por la propia energía acumulada y que por propia consecuencia deben ser disipadas.

Me pregunto muchas veces si el autor quiere engañar al lector o se engaña a sí mismo. Quién sabe si su idea inicial fue escribir una novela como pasatiempo, algo entretenido, usando los elementos diversos de la literatura en general, y muy bien dosificados, con personajes, algunos de la vida diaria, de su ciudad diaria, de sus calles y callejones diarios, de sus viviendas que no llegan a ser tales, sino esbozos de protección. Así se habrá iniciado su trabajo, pero de repente, bajaron otros sueños, otras vivencias, otras alternativas y el autor se sumerge en esa casa desvencijada, casi una caricatura de casa que le obliga a meditar y reflexionar de cómo escapar de esa caparazón, rígida y pequeña que lo está envolviendo.

Allí comienza el filósofo interior a desarrollar toda una gama de elementos simbólicos y el vuelo imaginativo lo atrapa por momentos brutalmente y hace que vuelque al papel, los palillos chinos de la aventura.

En un lenguaje abierto y lineal, comienza a dar vida a espíritus para volverlos a destruir. Levanta de la nada algo, para que todo quede nuevamente como un desierto. Corrompe almas puras por el solo deseo de poder perdonarlas.

Todos los personajes deambulan, sólo aparecen y desaparecen, todos quieren llegar a un final... y el autor les interrumpe el camino, construye murallas de silencio que a su vez son violadas por ecos de vidas que han sido, son y seguirán siendo figuras amorfas, difusas y hasta a veces, infernales.

El silencio, amante de la siesta... Al decir de Unamuno, «estas son metáforas cálidas y muy tropicales». Solo quien ha tenido vivencias en el trópico puede darle trascendencia a la siesta paraguaya. Un encuentro del autor con el reposo para la reflexión, pero donde el deseo de no estar sólo lucha consigo mismo. Al establecer parámetros simétricos en esta metáfora, conduce el autor al lector a una confluencia de afinidades y goces malogrados. La siesta tropical es pesada, tanto como el silencio que la acompaña.

Hay ruidos que nos recuerdan que aún vivimos y son esos ruidos los que nos llenan de embeleso y recordación: sin darse cuenta, el autor comienza a envolverse en una manta metafórica y penetra en la habitación del pensamiento, donde hay tantos fantasmas que lo acosan sin mostrar ni siquiera una línea de su rostro.

La primera hormiga ha sido capturada y Rolo comenzó a preguntarse ¿para qué?

Visita el mundo de los muertos y corre hasta el mismo vidrio en que se halla encerrada, pero vive, vive sola. Hasta que se descubre a sí misma como un desecho más. ¿Sueña? Hay un decurso continuo en el cual el autor nos sumerge cada vez más, en forma clara pero sin definiciones, donde lo transitorio está unido a lo patético y todo el conjunto a la muerte. El delirio de las sombras es apasionante y cruel.

El inicio del concierto de los grillos nos inclina a pensar que el autor piensa en notas musicales y en continua danza de corcheas y semifusas elabora sus diálogos. Los dramas humanos son tratados de una forma diferente y la interrelación entre seres y notas musicales, establecen un diálogo polivalente y que se presta para cualquier interpretación.

El mundo de lo subjetivo adquiere nuevas dimensiones y con nuevas improntas nos va sumiendo en la espesa niebla de las frustraciones.

Procura arrancarnos de los sueños y materializar las vivencias. El hastío lo embarga cuando despierta recorriendo la ciudad. No es cama para sus sueños.

El autor hilvana diversas madejas que ha ido elaborando penosamente con un arte intuitivo profundo y un lenguaje armonioso y forma el tejido central alrededor de cuestiones, situaciones y cosas comunes de nuestra ciudad.

¿Hasta dónde las imágenes vertidas en la novela no son su propia imagen? Sartre nos dice que para el hombre contemporáneo, los sueños y fantasías son «vivencias fortalecedoras», y el autor las revitaliza de tal manera que en cada desplazamiento del tiempo y la forma, arranca el velo al espejo para que reproduzca nuestras imágenes, sin secuencias lógicas ni hechos ajenos a nuestro diario sentir.

Una vez más, e insisto sobre el problema, el autor nos brinda en esta novela, una multiplicidad de fórmulas y laberintos por donde transitamos en cuerpo y espíritu para hallar el camino de la justificación y perfeccionamiento de nuestra expresión literaria.

ÁNGEL PÉREZ PARDELLA

Segundo horror

Cuándo Rolo comenzó a juntar hormigas y las fue encerrando en botellitas vacías para enterrarlas en el patio, ni él podría decirlo con exactitud. Tampoco sus padres, que jugaban a hacerse el amor esa siesta calurosa de enero en que el niño se acercó al dormitorio y golpeó a la puerta de la alcoba con los nudillos de su pequeña mano.

-Mamá... -dijo la voz cantarina- mamá..., ¿dónde ha de haber botellitas para encerrar a mis hormigas?

-En la cocina -respondió Lelia con voz entrecortada, al verse en la obligación de interrumpir un suspiro-. Después andate a jugar en el patio.

Volvió a acostarse junto a Arnaldo. Con el susto se había sentado en la cama, cubriéndose con la sábana hasta el cuello. Él, sin decir una palabra, continuaba con sus

caricias, tiernas pero insistentes, hurgando entre los pliegues y ensenadas del cuerpo de su mujer.

-Me pone histérica este asunto de querer hacer el amor de siesta, cuando la criatura anda por ahí dando vueltas. No se puede luego estar tranquila... Y a vos que siempre se te antoja a esta hora...

-Pero si la puerta está llaveada... Dejale a Rolando tranquilo y date la vuelta hacia mí, que te quiero sentir mejor.

-Ahora capaz que venga a pedirme que le dé su merienda o cualquier cosa... Lo que pasa es que no puede ver que estemos encerrados y con la puerta trancada. Ahí vos ya viste: quería botellitas para encerrar hormigas -se acomoda acercándose más a Arnaldo.

-No le vayas a hacer caso -suspira el hombre.

-Pero si no estoy tranquila...

-Vení te voy a tranquilizar un poco.

-Eso es lo único que pensás todo el día.

-A vos también te gusta..., ¿eh?

-Pero a esta hora...

Era una siesta hirviente, como son siempre las de enero, alargadas hasta lo interminable por el reiterado contrapunto de las cigarras ocultas entre las hojas de los dos mangos añosos de un extremo del patio. Inician su canto con la repetición insegura y seca con que afinan sus gargantas, interrumpiéndose un momento para enseguida romper el denso sopor del silencio de la siesta, que al menor descuido vuelve a posesionarse de ella para estallar en el monocorde fluir de su canto, parecido al eco de algún clamor antiguo nunca satisfecho.

Se suma a ello el coral discontinuo de los gorriones y del pitogüé que, desde una semana atrás, se posesionó de la cumblera de la casa llenándola de su trémolo a tres tonos, dos altos y uno a octava más baja.

Los días de mucho calor comienzan con los primeros rayos de sol, siguen durante la siesta, como ésa que respira entre bufidos de viento norte y hojas secas, danzando en remolinos que conforman la desordenada mezcla de granos de arena y ramas secas, creando un ballet cuya coreografía está diseñada por los caprichos del áspero ventarrón, terminando por derrumbarse a unos metros de su origen, para volver a repetir los pequeños torbellinos que no alteran en nada el reposo de la siesta, silenciosa de una manera especial en el verano, cuando todos sus sonidos se amalgaman en el lacerante respirar del viento norte.

Algo alejada, en un rincón del patio, a la sombra de la santarrita de flores color granate, la abuela, inmóvil en la silla de madera donde la sentaron una vez, conversa con las

hormigas que se nutren de su linfa (es la savia que corre por sus venas desde varios años atrás, cuando Eduardo decidió dejarla fuera de la casa).

Habla sin sosiego y de todo. De su hija Anita, que murió hace tiempo y a veces confunde con Rolo; de su padre, a quien llama en incesante letanía hasta saturar el aire con el monótono sonsonete de su voz gastada y sin matices:

-Papá..., papá..., papá, papapapapapapapá...

Una hormiga trepa haciendo equilibrio entre las varices que resaltan sobre la pierna arremangada de la anciana.

-...pá..., pá..., papá... papapá...

Cuando Rolo enterró a la primera de sus víctimas, hacía ya tiempo que la abuela repetía las mismas cosas sin sentido y era devorada de a poco por las hormigas. Del lado izquierdo de sus pies sólo quedan los huesos y algunos cartílagos. A veces los mueve marcando el ritmo de sus palabras. Ese pie ya lo comieron las hormigas.

Al principio se me antojó el estrépito de algún derrumbe gigantesco, como si alguna montaña inmensa se hubiera alzado por los aires hasta las nubes y desde allí se desplomase haciendo temblar todo cuanto había a mi alrededor.

Dentro y fuera de mi cuerpo se sucedieron mil explosiones sin que yo pudiera hacer nada al respecto, sin siquiera conocer el origen de esa barahúnda, e incapaz de hallar algún refugio, pues ya ni me sentía y de súbito, me rodea el silencio más absoluto que he conocido.

Todo queda inmóvil, como si no existiera nada o no hubiera existido jamás, excepto yo, que no acabo de recuperarme de mi asombro que se transforma en espanto al sentir que me serpentean, no sé si bajo la piel o en las entrañas, millones de criaturas, como culebras frías que se van apoderando de mi sensibilidad, para terminar por dejarme en lo que soy ahora, este no sé qué, que ni siente ni existe y se va degradando en una inacabable repetición de recuerdos sin imágenes, de alucinaciones sin forma, de horrores sin miedo, de escalofríos sin temblores, atado al presentimiento de que no sucederá nada ni habrá cambios en esta situación que no es situación, dentro de este tiempo que no es tiempo, sino un estar esperando que los tejidos se desintegren de a poco y la humedad de la tierra acabe con la dura corteza de la caja que me contiene para por fin atravesarla y permitir que de mi vientre surjan raíces y alimente la savia de las plantas al desintegrarme (o ¿debería decir integrarme?) como mis vecinos, a los que intuyo en interminables ensueños.

Lo más molesto es la conciencia de los nuevos leucocitos recorriendo mi cuerpo sin detenerse nunca y sin poder uno darse cuenta dónde están.

Sigo percibiendo las cosas, aunque sea por medio de una extraña simbiosis sin sensaciones, sin emociones, en esta forma de catalepsia que presiente sin conciencia, sabe sin conocimiento y perdura sin tiempo.

He vuelto a captar la agitación insensata del vecino acomodándose entre los intersticios de lo que va sobrando de él. Cada vez percibo con mayor claridad su desasosiego, en especial cuando la humedad vuelve a la tierra pastosa y me envuelve esa exudación que en otras circunstancias sería insoportable.

A veces me convenzo que los ruidos causados por mis vecinos no pasan de ser granos de arena buscando acomodarse o el esfuerzo de alguna raíz nueva por nacer que se abre paso bajo la presión del fango y de las otras plantas de la superficie o -y esto creo más probable- tropes de hormigas afanosas como siempre están ellas, mientras yo urdo vanamente en la oscuridad Rolo se alejó con pasos breves hasta detenerse frente al armario de los cachivaches. Lo abre y empieza a mover algunas cacerolas, pailas y platos rajados que se interponen entre él y las botellas vacías del fondo de la alacena, las que en otros días guardaban los remedios de la abuela y conservan todavía el olor espeso de su antiguo contenido.

Una de ellas le pareció adecuada a propósito. Volvió a su lugar los demás utensilios, cerró el armario y se encaminó hacia el patio, donde flotaba el aroma caliente de la hora.

Al principio quedó desconcertada. Iban por tres las veces que el temporal la hacía volver sobre sus pasos cuando de pronto se sintió izada por dos tentáculos blandos que apenas le permitían respirar.

La tierra se apartó en una especie de vértigo y al apoyar de nuevo los pies lo hizo en un espacio transparente, limitado, donde permanecería hasta morir, aunque aún no lo supiera.

Junto al bosquecillo de violetas, Rolo cavó un pequeño agujero para enterrar la celda. Observa distraído al insecto que dentro de la botella va y viene sin dar paz a sus antenas que vibran sin cesar. Está desorientada, trepa hasta la tapa, camina en círculos rápidos para hacerse luego cautelosa. Se detiene, levanta las patas delanteras, las restriega entre sí y vuelve a iniciar la marcha, presa de angustia ante esa repentina soledad.

Luego de satisfacer su curiosidad, el niño entierra el recipiente en la fosa.

-Ésta no se va a escapar -piensa- ya tengo mi primera detenida y puedo hacer con ella lo que quiera. Es mi primera hormiga presa -apisonó el sitio y puso encima un vaso roto, boca abajo, para identificar con facilidad la cárcel.

Tras el aguacero de media noche acompañado de granizos y relámpagos espeluznantes, la mañana despertó flotando dentro de un sopor insufrible.

Sentada en el patio, la abuela sorbe las últimas gotas de agua que bajan desde sus cabellos y resbalan por su frente y las mejillas.

Alrededor de sus pies descarnados (porque las hormigas terminaron con el izquierdo la tarde anterior), crecen hongos blancos.

Los pies, ajenos a su propia desnudez avanzan y retroceden ahondando en el suelo húmedo dos pequeñas cuencas en forma de media luna. Por momentos, la abuela queda inmóvil y escucha, con los ojos clavados en la caverna oscura y silenciosa que sólo ella puede contemplar. Es cuando la elipse de su universo resbala sobre las baldosas del pasado mostrando las imágenes deformadas y latentes del recodo de esa absurda galería compuesta de mosaicos informes.

Entonces ríe o llora sin que los demás comprendan su cambiante realidad. Ella vive en medio de espectros que la visitan cada tanto durante sus lánguidas horas de permanecer en el patio, casi a veces en la masa de hormigas hambrientas, los hongos blancos o los verdines de la enredadera, que trepando por las patas de la silla ya llegaron al respaldo y extienden hacia ella unos tentáculos tímidos, jóvenes e indecisos que se acercan cada vez más a los hombros de la abuela, cuyos huesos se adivinan bajo la tela blanca con motitas de color azul marino de su vestido de mangas anchas, ribeteadas con encajes antiguos y desteñidos.

Viéndola así, resultaría difícil explicar a un extraño, ajeno a su realidad y la de la casa, qué hace una anciana sentada en el patio bajo la santarrita, soportando el calor, el frío y el viento, a la vez que es devorada por las hormigas.

Las arrugas concretaron el rostro definitivo de la abuela en pliegues de piel que descienden hasta la comisura de sus labios. La boca, con sólo dos dientes ennegrecidos, conserva el lenguaje de sus pensamientos inconexos, sin intención de explicar la vida que escapa entre las mandíbulas de las hormigas, la santarrita que sube por las patas de la silla y los hongos blancos.

Al morir el tío Eduardo, la abuela ya llevaba varios años a la intemperie y nadie se preocupó de algo tan común como esa estadía, cuando ni siquiera estornudó durante la epidemia de gripe que tumbó en cama a los demás habitantes de la casa y fue necesario que se turnaran para preparar la horchata curativa hecha con semillas de lino, cebada y anda-í, hervida y bebida lo más caliente posible para convertir al cuerpo en una pequeña masa de sudor que se derretía bajo las frazadas colocadas una encima de la otra para aumentar la transpiración.

La alimentan y le cambian las ropas con regularidad, aunque de la piel de la anciana fluye constante un aroma que recuerda el de los jazmines en el ocaso.

Más tarde comenzó Rolo la persecución despiadada que desembocó en prisiones atiborradas, muertos, heridos y desaparecidos, lo que dio paso al terror.

Subterráneos inundados, cavernas destrozadas, generaciones deshechas en un solo instante por el fuego. Era el imperio del miedo y éste regía los actos más sencillos de los habitantes del patio.

El tío Eduardo no llegó a ser rico. Creía que su trabajo honesto era suficiente y la rectitud el sine qua non del hombre, como solía decir a veces, y la casa, agrietada en las

arrugas de las paredes desconchadas, la enredadera del patio y los enormes y añosos árboles de mango, eran el sello indiscutible de su honorabilidad.

-Porque le dije que si no se va le van a meter preso por descarado. Sí, ya sé. Cada uno es como es, pero eso no le da derecho pues a ser un sinvergüenza. Estamos igual que antes, así que mejor se van antes de que llegue papá -se interrumpe para masticar un trozo de la tela de su ropa-, y pensar que no tenían ni dónde caerse muerto. Claro, después se metió con los otros y le empezaron a tirar sus restos. Después no vino más por casa y se hizo la chuchi con sus nuevos amigos y nos dejó de lado porque no éramos de la cremé..., la cremé de la cociné, ¡je, je, je!... papá..., papá... -queda mirando a uno y otro lado del patio, que a esa hora de la siesta, es silencioso y vacío.

Por la tarde, Lelia prepara la merienda que da a la anciana en cucharaditas de galleta derretida dentro de un tazón de aluminio.

-Abuela, dejate de hablar y comé esto.

-¡Bueno!

-¡Je, je, je, je...! Ayer estuviste temprano cuando yo me levanté para tomar mate, pero tenía tantas cosas que hacer, ¡je, je, je!... Si no está la comida, no importa, me da lo mismo porque papá estuvo y me vio... ¿papá?... papá... ¡Eh! Me parece que... pero si le vi hace un ratito nomás. Papá... ¿dónde te fuiste?, ¡je, je, je, je, je, je...! La risa que me da cuando pienso en la cara que van a poner cuando vean que vos venís entrando... ¡je, je, je, je, je...!, pero no te vayas todavía papá..., papá... ¿papá?... esperá un poco. ¡A la pucha! Y bueno..., ¡je, je, je, je...!

La siesta es un transitar casi místico en que la realidad se funde en el crisol de un ritual secreto, lleno de mensajes y símbolos oscuros para quien los observa sin haber sido iniciado en sus misterios. Es una vestal voluptuosa y esquiva, de vida breve, anhelosa, toda ella sentidos, plenitud, lujuria, como una mujer dispuesta a la entrega pero dominada por la timidez de su inocencia repetida cada día del verano, en las cortas horas de su resurrección, de su inquietud, de su éxtasis.

Y es hacia las dos de la tarde -la hora de la cita- cuando llega su amante, el silencio, tenso y desnudo como ella, tembloroso, gemebundo, incapaz de aguardar un instante más el encuentro de sus cuerpos abrasados por la pasión y agotados por la espera.

Se entrelazan en la dulce plenitud de los sentidos hasta extinguir su orgasmo de ansiedades en la dispersa semilla que vibra en el sopor del patio, en medio de los remolinos de ramitas y hojas secas arrastradas al azar sobre el ardiente lecho de su amor.

Arnaldo se levantó, todavía en calzoncillos, salió de la pieza corriendo hacia el baño, volvió a sentarse en la cama para colocarse los pantalones. La camisa se le cayó dos veces en el intento de vestirla.

-¿Qué hora son? -le preguntó a Lelia.

-Casi las tres

-Seguro que voy a perder el ómnibus -dijo en voz alta, saliendo hacia la calle, a la disparada. De una ojeada vio a Rolo que estaba en el patio, junto a la abuela. Sonrió y volvió a apurar el paso.

El ruido de los aviones llenó de repente la placidez de la noche que reventaba en estrellas señoreadas por una luna llena perfecta, redonda y brillante, que daba a las calles poco iluminadas de la ciudad cierto aspecto fantasmal.

Como el calor había arreciado todo el día, podía verse al atardecer sentados en el borde de las veredas o en la misma acera, largas hileras de vecinos que sacaron los sillones de mimbre o de loneta para disfrutar del vientecillo nocturno y de la animada conversación acerca de los últimos acontecimientos que arrojó a la revolución de Iludino Gavilán hacia un callejón sin salida.

Los enfrentamientos se habían reducido a disparos esporádicos que resonaban a lo lejos, siempre hacia la Casa de Gobierno, el puerto y la policía, lo que conseguía agujerear las columnas de los alrededores, haciéndolas lucir como picadas de viruela toda la ciudad.

En ocasiones, la tos seca y áspera de los fusiles era secundada por el más amenazador tableteo de las ametralladoras en poder de las fuerzas leales al presidente. Éstos eran hombres implacables y fieles, extraídos de la miseria y el hambre para ser conducidos a servirlo en la tortura y el crimen, y las calles transmutaron de su antigua condición melancólica de refugio de soñadores románticos y serenatas a horrorosos pasadizos de espanto, galerías transitadas por la muerte.

La gente que estaba sentada en las veredas escuchó el rugido de los motores sobre sus cabezas. Se dirigían hacia la bahía. No pudieron ver los aparatos a pesar de la claridad de la noche. Cayó un sopor pesado sobre las conversaciones y todos quedaron pendientes de que ocurriera algo. Un desenlace.

Y de pronto, ocurrió. Sonaron como truenos retumbando a lo lejos y vieron levantarse algunas lenguas de fuego que rápidamente tiñeron las sombras del cielo de un color rojo pálido, al tiempo que el tableteo de las ametralladoras se intensificó y la tos seca de los fusiles volvió a apoderarse de la noche tras un intervalo de silencio.

Las opiniones como siempre, fueron encontradas cuando al día siguiente los vecinos intercambiaron comentarios basados en los chismes que traían las sirvientas y las señoras al volver del mercado, pero mucho tiempo después, al armarse el rompecabezas y considerando los relatos de testigos y las anécdotas de los viejos combatientes de la revolución, pareciera que la orden del bombardeo vino no se sabe de dónde, pero los tres pilotos que estaban jugando una partida de damas, fueron obligados a abordar los tres únicos aviones disponibles.

Después de ajustarse sus trajes y como la orden era bombardeo en la oscuridad, subieron a las aeronaves, con una bomba en cada una pues sólo había tres. Agregaron algunas piedras grandes que también tenían preparadas, y las dejaron caer sobre los blancos, que eran los techos de la policía y la Casa de Gobierno.

El ruido, a medida que se acercaban los aviones se hacía atronador e impresionante y los aterrorizados guardaespaldas y policías, muchos de los cuales nunca habían visto un aeroplano en su vida, se dejaron dominar por el pánico, en especial cuando cayeron las tres bombas de las cuales explotaron dos, levantando grandes llamaradas al destruir por completo un camioncito cargado con tambores de nafta.

Luego vinieron las piedras, como bíblicos granizos gigantescos con lo que acabaron sin techado al menos ocho de las casas del bajo y los alrededores, sin que ninguno de los proyectiles diera en los objetivos fijados.

Sin embargo, el susto fue tan grande que los prisioneros pudieron abrir un boquete en la pared y escaparon hacia la calle donde reinaba el desorden total con hombres que corrían de un lado a otro, gritando órdenes contradictorias.

Una casa va sorbiendo cada día algo de la personalidad de sus ocupantes quienes en el transcurso de sus vidas la ceden a medida que ellos se desgastan o tal vez desgastándose a causa de esta lenta transposición, para ir proveyendo el alma del que carecen las casas nuevas.

Su verdadera existencia comienza cuando el propietario toma contacto con el olor de las paredes que todavía resumen ese olor empalagoso a cal y barniz de puertas recién pintadas.

Una casa nueva es una belleza fría e impersonal, un rostro impecable y hermoso, una belleza sin corazón. Es la combinación inteligente de ladrillos, argamasa, sudor, ruido de serruchos, martillazos y agitación de cucharas que buscan dejarla habitable.

Aunque parezca una digresión, creo que de no haber existido la casa no existiría esta historia y ello me obliga a presentarla desde su inicio, en cuerpo y alma, con todos los elementos que la conforman, sumándola a los demás personajes y su particular destino.

En su arquitectura, la casa no difería demasiado de otras construcciones de la esos años y eran del gusto de la rancia estirpe de familias adineradas de la ciudad. Sobre la vereda y como a continuación de ella, presentaba un frontispicio limitado por cuatro pilares cilíndricos de ladrillo, de unos tres metros y medio de altura, que apoyaban en sendos plintos prismáticos algo más anchos que las columnas, las cuales remataban en capiteles con reminiscencias dóricas, traducidas, por decirlo de alguna manera, a su forma final de acuerdo al grado de pericia del maestro albañil encargado de la obra.

Entre la hilera de columnas y el frontis, de altas puertas talladas y ventanas enrejadas con gruesos barrotes de hierro fundido, corría la vereda, hecha de ladrillos.

En su momento, los ventanales fueron testigos de suspiros de amor y de serenatas que de pronto desgarraban el aire fresco de la medianoche con los dulces acordes de arpas y guitarras, contratadas por los enamorados para homenajear a otras tantas Dulcineas y tenían por corolario, algunas veces, la feliz culminación del largo asedio a la ciudadela de venturas y alegrías soñadas, otras, el lamentable chasco, si el proponente no era el esperado por la pretendida o cuando intervenía el padre de la princesa, encerrada en el castillo de las rejas altas o, por fin, cuando el doliente no tuvo la necesaria precaución de solicitar con tiempo el permiso exigido por la comisaría del barrio y acababa viéndose encerrado hasta el día siguiente en una celda rodeado de instrumentos musicales y bohemios de atronadores ronquidos, que eructaban el alcohol de la pasada francachela.

El primer propietario, el que encargó la construcción de la casa, fue un acaudalado comerciante, casado y con dos hijas bastante bonitas y simpáticas que, en su juventud, atrajeron la atención de varios jóvenes pretendientes y terminaron casándose, una de ellas, con un argentino que la llevó consigo a su país y la otra, con un hombre ya maduro, acomodado comerciante del interior que también se la llevó consigo.

Cuando años después falleció el padre, la viuda prefirió vender la propiedad con casi todo su contenido de muebles y cuadros de los antepasados de su marido, con los cuales, se decía, nunca hubo demasiada afinidad, sino al contrario, un marcado y ubicuo antagonismo, por lo que la viuda consideró mejor dejarlos atrás, encerrados entre las paredes amarillas y las cortinas grises de la mansión y entraron desde entonces a formar parte del patrimonio de la casa.

Ella fue a vivir con la hija que había fijado residencia en el interior de la República.

Juntó cuanto pudo de dinero efectivo, tomó el tren y fue a vivir con la hija que había fijado residencia en el interior de la República. Llegó a Encarnación, donde terminó sus días como otra abuela más, beata y dicharachera hasta la exasperación, enterada de santo y milagros de cada uno de los habitantes de la comarca.

De la otra hija ya no se supo más nada, y las cartas, que de frecuentes y extensas se hicieron espaciadas y breves mientras el matrimonio de los padres vivió en Asunción, desaparecieron por completo con la muerte del padre y el traslado de la madre al interior, no se sabe si extraviadas en el trayecto o simplemente no escritas por desidia o a causa de esa irrealidad que cobran las cosas y las personas a la distancia.

Es válido suponer que la historia de la casa comienza cuando llegaron a ella de los segundos propietarios y su familia, no porque sus primeros habitantes carecieran de vida o de entusiasmo que transmitir a las paredes sino, y esto es lo fundamental, nunca la consideraron un hogar, tal vez porque tanto el marido como la esposa provenían de lo que ellos aisladamente identificaban como su casa, donde habían nacido y atravesado todo el trayecto de la infancia, los pantanosos dédalos de la adolescencia, los inconstantes senderos de la primera juventud hasta que se casaron, yendo a vivir a otra casa que tenía una de las familias.

Fue allí donde nacieron las hijas y desde allí el padre, ya maduro, decidió iniciar la construcción de la casa -la mansión, como les gustaba decir- a la que se trasladaron cuando ya gran parte de sus vidas era sólo recuerdo.

En cambio, el grupo familiar que arremetió contra la casa (y arremetió es la palabra acertada), era de las que dejan rasgos indelebles en cualquier mansión, por fría y aristocrática que ésta sea.

Tenían cinco hijos. Dos varones de trece y ocho años y tres niñas de diez, siete y cuatro años. El marido, hombre esmirriado de voz aflautada y mirada escurridiza era del todo diferente a su mujer, ancha, de voz retumbante y risa fácil y contagiosa, que de la noche a la mañana se transformó en la estrella del barrio. Y sus cinco hijos, cuyas personalidades es más fácil describir en forma pictórica (comprendiendo la gama de colores que va del amarillo diluido, medio anaranjado de las tardes en que el sol asoma tímido tras una lluvia y el rojo púrpura de la pasión desbocada), entraron de golpe a darle a la casa, la vida en torrentes que hasta entonces le había sido esquiva.

Se volvió el centro de chismes y escarceos, lugar de reunión obligado de las comadres, las sirvientas y los niños, que corrían sin descanso de un lado a otro del patio que, por esa época, tenía ya los dos árboles de mango bien crecidos y eran generosos con sus frutas que cubrían el patio entre noviembre y diciembre y la santarrita que, joven y ruborosa, iba trepando lentamente por la trama de madera y alambre que al fondo del patio mandó construir don Fermín, el marido de la mujerona. Al despedirnos, Elvira se abrazó a mí. Sentí su cuerpo convulso por el llanto, resistiéndose a que le alzara el mentón para mirarnos a los ojos y evitar que acercara mis labios a sus mejillas humedecidas por las lágrimas. Sólo se permitía agitarse entre mis brazos en un remedo grotesco del temblor en que tantas veces nos consumimos, buscando una proximidad mayor entre nuestros cuerpos, envueltos en los gemidos que ahora se repetían ya no por el desahogo de la pasión, sino como epílogo de una situación que sucumbía en forma violenta y despiadada, como ocurre siempre al producirse la separación entre un hombre y una mujer que se amaron y atravesaron juntos una etapa de sus vidas.

El amor es una tenue telaraña en la cual quedan prisioneros los amantes, sea a causa de una sonrisa inesperada, un roce furtivo de las manos, los ojos interceptando una mirada. Cualquier cosa puede originar el torbellino que los descubre desnudos y palpitantes en la penumbra de una habitación, donde despiertan y vuelven a mirarse y repiten las dos breves palabras que es el principio y el fin de toda historia, de todo argumento, de todo arte.

¿No es el amor, acaso,
Una insensata carrera compartida?
¿No es la soledad de dos
Hacerse una?
¿El canto de la noche?
¿Un sueño?

¿No es el amor, acaso,
Compartir el dolor

Hasta el extremo
Y descubrir una vez más
El lenguaje de los celos y su furia?

¿No van tomados de la mano
El amor y el dolor
Por un camino incierto y tormentoso
Envuelto en engañosa primavera?

¿No es el amor, acaso,
El trasuntar la vida transcurrida
Hecha presente
Al descorrer el velo del Misterio
Tan hondo, tan profundo, tan secreto
Como el agua profunda del océano?
¿No es eso el amor?
¿No es eso?

Por eso, cuando la encontré a Elvira caminando por Presidente Franco, me pareció una caricatura aunque enseguida me arrepentí por haberlo pensado. Está vieja, gorda y fea..., claro que eso era de esperar, después de tantos años -ella me habrá encontrado también distinto, supongo, porque me miró algo asombrada, como si estuviera buscando en la memoria, con una expresión de ¿quién era éste?, porque claro, no soy el de treinta años.

Nos saludamos como grandes amigos, entramos al Munich, nos sentamos bajo los árboles del jardín y pedimos un aluminio cada uno y algo de carne fría y milanesa, para picar.

-Vivo en Buenos Aires -dijo- con mi hija y dos nietos. Me agarró algo de nostalgia, como a veces le ocurre a uno, verdad... Vine a ver cómo andaba Asunción.

-Yo sigo por aquí -le dije-, ahora vivo con una sobrina, su marido y su hijo... Hace falta un poco de compañía, ¿no te parece?

-¡Te voy a decir yo...!

A los postres quedamos mudos, casi sin mirarnos. Estábamos solos y abandonados en el túnel de un tiempo acabado. Después nos despedimos con sonrisas, prometiendo volver a vernos. De pura fórmula. Ni a ella ni a mí nos interesaba un reencuentro y hasta hubiera sido mejor conservar nuestras viejas imágenes del recuerdo. Resulta demasiado duro tropezar, de golpe, por la calle, con los restos del naufragio de nuestra propia vida.

Petronila llegó envuelta en ese olor acre propio de las campesinas, como si el humo producido por el fuego de las ramas secas se les adhiriera a la piel. Ese día Lelia confirmó su segundo embarazo. Se abrazó a Arnaldo y le dijo:

-Estoy encinta -y quedó mirando el rostro de su marido.

Él clavó la vista en el humo del cigarrillo que se consumía entre sus dedos.

-¡A la pinta! -dijo Arnaldo-. ¡Qué bárbaro!

Los grillos volvieron a iniciar el coral interrumpido. Lelia se sentía feliz.

-Y bueno..., qué le vamos a hacer, Lelia... Yo quería esperar más a ver si nos comprábamos el combinado ése que tanto querés..., pero si ya está -tras cada palabra, hilillos de humo. Los grillos enmudecen del todo.

-Ayer hizo diez días que no me baja -susurró Lelia-, por eso que estoy segura que me embaracé.

-Vas a tener que irte al médico.

-Sí, pero todavía no hace falta. Recién desde el otro mes..., total, tenemos tiempo y no me siento mal.

-Ahora, pero ¿te acordás de tu embarazo de Rolito? Mejor que te vayas lo antes posible sique...

-¡Soy más loca también yo!... Que no tenemos plata y tu sueldo apenas alcanza...

-Si sale el negocio que estoy viendo, con unos amigos, te vas a ir al mejor sanatorio de la ciudad...

-¡Ah! -exclamó Lelia escéptica, mostrando el blanco de sus ojos-. ¡Ya sé yo tus negocios...!

-Sabés que parece que esta vez es diferente -quedó callado-. No seas argel, haceme el favor, ¿querés? Le enyetás a uno...

-Yo no soy argel..., y no creo en la yeta, m'hijo...

-Por lo menos, no pagamos alquiler...

-Gracias a mi tío Eduardo, ¡eh!, porque lo que es tu gente, m'hijo... A mí me parece que te casaste conmigo sólo porque se manifestó Rolito...

-No -respondió Arnaldo-, porque te quería...

-¿Y ahora?

-Te quiero más...

El cigarrillo quedó olvidado en el cenicero y los grillos, obedeciendo una batuta invisible, atacaron con energía la misma escala armónica, en un glorioso crescendo, en el preciso momento en que Arnaldo arrojaba lejos de sí la sábana bordada con floritas rosadas, uno de los regalos de boda que aún conservaban, regalo del tío Eduardo.

Los grillos, con ecos lánguidos en el patio, inician el Da Capo del coral.

En invierno a la abuela le gusta matear y Petronila, la criada de la familia, por lástima o por hábito, le lleva la ardiente infusión que la vieja chupa de la bombilla de plata, que con el medallón de oro que lleva al cuello y donde todavía se conserva el retrato de Eduardo, es uno de los pocos objetos valiosos de la casa.

Y pese a la opinión de los demás habitantes, sus días no son vacíos. Al contrario, los vive en la intensa búsqueda que escarba dentro de las salamancas de su memoria, en especial hacia la hora de la siesta, cuando la hora ofrece la calma necesaria para deslizarse hacia otro nivel de realidad.

Me gusta recorrer las calles espesas de la ciudad, las periféricas al centro, aquellas misteriosas y llenas de secretos antiguos, de aromas ocultos, de voces y emociones que llenan mi tiempo ocioso de vagar sin destino, por el solo placer de sentirlas.

Los callejones inesperados surgen de improviso como una caverna abierta al costado del destello vanidoso del progreso y el oropel de las calles comerciales.

Son las calles densas, con vibraciones antiguas que resuman su historia por los poros de las paredes añosas, descascaradas, vencidas por la persistencia del inconcluso tránsito de los días que las acaricia, las marca y las circunscribe a esa personalidad marginal, de callejón, que les es característica.

Posición de las blancas: R1D; D4AR; A6AD.

Posición de las negras: R6DR; P7AD.

-¡Jaque!

El de las negras apoya sobre la cabeza del rey blanco el dedo índice.

Alrededor de la mesa de los ajedrecistas los comentarios envuelven el aire cargado de humo.

-Lo único que te queda es venir aquí. Única...

-Pero entonces corona...

Las negras apoyan el mismo dedo sobre el peón.

Este muchacho..., este muchacho...

Arnaldo está sentado ante un vaso de cerveza sin interesarse en la partida.

En una mesa cercana, una chica flanqueada por dos muchachos fuma, ríe y agita sus cabellos siguiendo el ritmo de la música difundida por la radio. En otra mesa, un viejo sorbe de a poco una taza de café humeante. Sopla, sorbe y vuelve a soplar. Algo más allá, un hombre de mediana edad lee el diario de la tarde. Arnaldo enciende un cigarrillo.

-Es mate en una -exclaman las negras.

-R1R.

-Ahí le coronás el peón.

-Entra mi torre por favor..., gracias... ¡Mate!

Las blancas se levantan y vuelve a ordenarse el tablero.

Arnaldo da un trago bien medido y enseguida acaba lo que sobra en el vaso. Paga y sale a la calle. Allí lo recibe la ciudad loca con sus vidrieras llenas de tentación, niños bocaestómagos. Mujeres bocaestómagos. Arnaldo no los mira. Suma sus pasos a los tantos de la ciudad loca y sigue su camino. Pasa un tranvía. De los pocos que todavía quedan. Arnaldo se aleja de las vidrieras. Se siente cansado y con el cuerpo dolorido.

Si por lo menos dejara de soplar este viento norte... -piensa.

Las luces de las esquinas alumbran el movimiento de la noche que comienza. Los bares están atestados de gente que sale de las oficinas y los comercios. Forman corrillos, fuman y conversan agachados sobre tacitas de café o frente a los vasos espumantes de cerveza. Otros simplemente recorren las calles, entran a las librerías, hojean los libros, indecisos entre comprar o no.

-¿Qué tal, papi? -le dice Lelia dándole un beso en los labios.

-Bien..., ¿y vos?

-Bien.

-Está haciendo mucho calor otra vez. ¿Ya compraste espirales para esta noche?

-Sí... compré una caja porque hay mosquitos por todos lados. ¿Te vas a bañar?

-Sí, estoy todo sudado. Me baño enseguida y vengo a sentarme afuera.

-La abuela estuvo muy nerviosa esta tarde.

-Y bueno..., la pobre. El calor...

-Pobre vieja... -luego de una pausa, Lelia agregó-. ¿Sabés que está subiendo una rama de santarrita por su silla?

-No me había fijado -responde Arnaldo sin prestarle atención y pensando ya en su baño-. Si no le comen las hormigas, se va a convertir en planta entonces... ¡Qué le vamos a hacer! Es vieja...

-Después de bañarte, vení. Hay lindo viento aquí.

-¿Y Rolo cómo se portó?

-Bien..., está jugando en la esquina. Va a venir todo sudado otra vez...

Arnaldo entra a la casa, enciende la luz de la sala y se dirige al baño.

Comprendí la hondura de mi soledad cuando comencé a sentir aprehensión ante los constantes esfuerzos que anticipaban la próxima partida del pequeño gorrión que encontré el domingo en el patio y al cual dediqué, desde entonces, gran parte de mi tiempo para alimentarlo y cuidar de él, cuidando no lastimarlo y algo triste al ver cómo se recuperaba. En unos días más, él se iría y yo volvería a quedar solo.

Era uno de esos pajaritos feúchos que, demasiado confiados en sus fuerzas, se lanzan del nido pretendiendo volar y lo único que consiguen es caer al suelo donde quedan lastimados y maltrechos, si tienen suerte.

Cuando lo encontré estaba dando unos saltitos dificultosos alrededor de la silla donde Irene permanece con los ojos perdidos en su lejanía.

-¿Qué te pasó, jovencito? -le pregunté, acercándome a él con cuidado para no asustarlo-. A ver si no te rompiste la patita -lo tomé con delicadeza-. Parece que no, jovencito...

-¿Cómo está usted hoy, señora? -dije dirigiéndome a Irene-. Se la ve muy bien -agregué bromeando, ya que hace varios años que ella se retiró a un mundo suyo, particular. A veces hasta llego a pensar que Irene no es esa figura informe y arrugada, ese montón de huesos envueltos dentro del pellejo laxo, casi transparente adherido a ellos. Un día fue mi esposa, mi compañera.

El gorrión se ocultó en el pequeño bosquecillo que crece al pie de una de las plantas de mango.

-A veces hasta hablo solo -dijo Eduardo-. Y hay tantas cosas de las que podemos hablar, Irene... ¿Dónde estás, Irene? ¿Dónde estoy yo? A veces, de noche, cuando estoy tumbado en la oscuridad sin poder dormir, me repito una y otra vez la misma pregunta: ¿Dónde nos equivocamos? ¿Dónde detuvimos nuestras vidas? A lo mejor yo soy el que se detuvo y vos seguiste... Yo me quedé, Irene, a pesar de todo. Me quedé a sobrevivir... y mirá a lo que he

llegado... Me resulta insoportable la idea de que ese gorrioncito tenga que levantar vuelo un día de éstos y desaparezca entre otros tantos, porque es mi gorrión, ¿verdad?

El avecilla surgió de entre la maleza insistiendo en intentar el vuelo pese a sus reiterados fracasos. Eduardo lo miró sonriendo.

-¡Qué impaciencia, caramba! Si ya falta poco para que puedas irte.

Permaneció en el jardín toda la mañana. Preparó algo en el calentador del que se servía cuando no estaba con ánimos para salir a la calle. Prefirió quedarse. Se sentía tranquilo y condescendiente consigo mismo y de paso, le hacía compañía a Irene, aunque no significara nada. De pronto, ella comenzó a cantar.

...niños vienen

niños van
rápido sus pasos dan
marchando van
en hileras
con sus caras placenteras
tralalá, tralalá, trala la la la la la la...

Al oscurecer tenía decidido visitar a Lelia, una especie de sobrina nieta en segundo o tercer grado de parentesco pero la única persona que con cierta regularidad lo visitaba y él a ella y su familia. Recordó la última vez que fue a verla. Vivían en una casita que se venía abajo. Su marido era un inútil, empleado del gobierno. Tenían un hijo y, hasta donde él sabía, estaban bastante cortos de dinero siempre, lo cual Lelia sobrellevaba con su carácter jovial y brillante. Lelia era uno de esos escasos seres que saben transmitir alegría a los demás, se dijo Eduardo.

Petronila apareció en el comedor cuando Rolo iba por la segunda taza de café con leche.

-¿Que tal, Rolo? Te levantaste temprano hoy, ¿verdad?

-Sí -responde el niño-. Tengo muchas cosas que hacer.

-¿Ah? -exclamó la muchacha y se sentó a la mesa-. Vamos a ver..., sabés que a lo mejor el domingo nos vamos todos a pasear. Le escuché a tu mamá que se quiere ir a San Bernardino.

-¿Entre todos?

-Y claro -respondió la chica-. Va dar gusto con el calor que hace, ¿eh?

-Una vez estuvimos una semana en la casa de una amiga de mamá... ¡Qué gusto que dio y cómo me hallé!

Se alejó hacia el jardín y comenzó a desenterrar las botellas de a una, les quitó la tierra adherida a ellas y miró el interior. Muchas muertes. La mitad de la población de prisioneros forma un racimo de patas entrecruzadas, redondo y rígido. Los demás, los que todavía esperan una oportunidad para huir, se mueven con pasos lentos, evitando el montón de cadáveres.

Rolo se entretuvo vaciando las celdas. Los reclusos, habituados a una caminata resignada dentro del reducido mundo al que fueron arrojados, se desplazan sobre la arena del patio alejándose pocos centímetros mientras el niño vacía sin prisas los cadáveres de la noche anterior y busca a su alrededor nuevas víctimas para reemplazarlos.

Los insectos perseguidos eluden el acoso de los dedos gracias a la gran velocidad que despliegan sus patas y en segundos se alejan del monstruo, si al primer intento no logra prenderlos. Esto hace que Rolo se sienta molesto y burlado.

-Hoy van a haber muchos presos -piensa-. Y cuando encuentre el hormiguero voy a meterles fuego.

Cuando sumaron seis o siete los condenados, el trabajo se volvió arduo porque las nuevas detenidas eran rápidas, desacostumbradas a la resignación de las que llevaban varios días de cautiverio. No querían rendirse sin pelear y pretendían huir descendiendo sobre las manos del niño. Hasta algunas se detenían para clavarle sus agujones, antes de morir aplastadas. A veces, el verdugo se contentaba dejando malheridas a sus víctimas, tras haberlas torturado.

Al otro lado del patio de los horrores, la abuela balancea sus pies sin dejar de hablar, riéndose de tanto en tanto con un «¡je, je, je!» agudo, mientras los dedos de sus manos rugosas se enlazan y desenlazan sin reposo.

El niño enterró las nuevas cárceles de vidrio atestadas de hormigas que suben y bajan en un desesperado intento por identificar el limitado recinto de sus tormentos. Se acercó a la abuela que cantaba una de esas viejas melodías de su infancia y que ya nadie recordaba.

Petronila llegó hasta la anciana.

-¿No querés nada, abuela?

-No, estoy bien pero tengo calor. Ayer llovió y me mojé todo porque me dejaron afuera. No sé por qué lo que me dejan afuera. Estuve hablando con papá y él me dijo que estoy así porque ustedes son malos conmigo. Estoy cansada de dormir en esta silla y de noche refresca cuando hay rocío. Voy a llamarle a papá porque ustedes no me cuidan. Le llamo papá..., papá... Cuando estoy cansada me pongo a llorar si no viene nadie y tengo que seguir aquí, en el patio, ¡je, je, je, je!

-¡Rolito! -exclama Petronila-. Todavía no te bañaste y mirá un poco cómo estás todo sucio de arena... ¡Qué lo que estuviste haciendo ya otra vez! Vení que te voy a bañar...

-¡Je, je, je!..., andá a bañarte porque a lo mejor viene mi papá y si te ve así no va a querer besarte... Mi papá dice siempre que le gustan las criaturas limpias y yo le voy a cantar

...niños vienen

niños van
rápido sus pasos dan
marchando van
en hileras
con sus caras placenteras
tralalá, tralalá, trala la la la la la la...

-Ahí está -se agacha y toma un puñado de tierra que mete en la boca y empieza a masticar.

-Esta langosta lo único que trae es desgracia -dijo Rosario Gavilán mientras le cebaba el mate al hombre con quien vivía desde unos años atrás, el padre de Ilaudino.

-La cosecha se va a perder, seguro -respondió el hombre sorbiendo la infusión que conservaba el calor gracias a la pava de agua que descansaba sobre el carbón ardiente del brasero de hierro negro.

-Este año va haber langosta -repitió ella, observando el horizonte con esa mirada aprensiva con que las campesinas ven pasar la vida a veces hasta muchos años después de consumida su juventud y hasta su madurez.

Ilaudino era el segundo hijo varón de Rosario que cuando él nació, ya tenía dos hijas mujeres de ocho y diez años y un niño de dos.

Como los otros hombres de Rosario Gavilán, el padre de Ilaudino se fue una tarde, quince días después de la Semana Santa y cuando las langostas terminaron por devorar cuanta vegetación útil o inservible existía en San Pedro del Ycuamandyju y sus alrededores, en la compañía de Fondo Rugua donde vivían. Dijo que volvería si llegaba a conseguir algún trabajo porque la cosecha estaba perdida y no había ya nada que hacer y que ellos pasarían mejor sin él. Cargó sus pocas pertenencias, montó el caballo que lo trajo un día y se perdió en la oscuridad que se espesaba en el horizonte.

A través de la ventana, Arnaldo observa el lento declinar del sol asido al palomar de la casa de enfrente y pronto a desaparecer. Sus rayos penetraron en la sala transmitiendo al ambiente un tono rancio y agostado.

-¡Arnaldo! -grita Lelia desde la cocina-. ¿No querés café con leche?

El hombre fija de nuevo sus ojos en los muebles que surgen en sus sitios, a su alrededor.

-¿Me vas a traer aquí?

-Sí..., si querés...

-Listo. Traeme un poco de galleta también.

-¡Ya otra vez! -rezonga Lelia-. ¡Con lo gordo que estás!

-Por comer dos o tres galletas no voy a subir nada. Además, Lelia, los únicos días que tengo tiempo para merendar son los sábados y domingos. Si no querés traer no traigas... No sé para qué ofrecés, entonces...

-Ya te llevo, no te plagueés más. Lo mismo vas a terminar siendo un viejo barrigón y feo -hace una pausa para colocar el pocillo de café sobre la mesita de la sala-. Y te aviso que no me gustan los gordos.

-¿Y qué vas a hacer si engordo?

-Te cambio por otro más flaco y listo. Cuando nos casamos estabas elegante -aprieta con sus dedos una protuberancia sospechosa bajo la camisa de Arnaldo-. ¡Mirá un poco! Estas lleno de mondongo.

Arnaldo la atrae hacia sí y la obliga a sentarse en su regazo mientras procura acariciarle los senos.

-No me toques.

-¿Por qué?

-No quiero -procura zafarse del acoso, peleando contra las manos inquietas de Arnaldo y ríe-. No pues..., que puede venir Rolo...

-¡Qué!..., si está jugando con sus hormigas...

-No... ¡no! -la risa de Lelia se hace más fuerte-. Ahora no, Arnaldo... esta noche. No, te digo. Me hacés cosquilla.

-¿Vamos a la cama...? Ahora... ¿Sí?

-¡Ya estás ya otra vez...!

-¿Hmmm...?

-No -lanza una carcajada y en un descuido se desprende y escapa de él.

-¡Tsch! -exclama Arnaldo decepcionado y mete en la boca una galleta coquito-. ¿Viste cómo te resistís?

-Pero chamigo, ¿cómo vas a querer hacer el amor a esta hora? Puede venir cualquiera...

-Nos llaveamos y listo.

-No. Tengo muchas cosas que hacer. Todavía no preparé la cena.

-Me voy contigo a la cocina.

-Listo, pero sin hinchar porque si no no puedo hacer nada.

-Y ¿desde cuándo te hincho porque quiero besarte?

-¡Na!... Cada cosa a su hora, m'hijo.

Arnaldo la sigue llevando en una mano la taza de café con leche y en la otra el plato con las galletas.

-Ojalá sea nena -dice y se acomoda en una silla.

-¿No solés decir que preferís cinco varones en vez de una hija? Vos no sabés ni lo que querés... ¿desde cuándo se te antoja una nena, ahora?

-Y..., para completar la pareja, porque después, sea lo que sea, cerramos la fábrica.

-Ayer se movió.

-¿Ya?

Apoya una mano sobre el vientre de su mujer.

-¿Por qué no me avisaste?

-Estabas durmiendo. Fue a media noche. Me despertó...

-¿Y ahora?

-Hoy estuvo quietito todo el día.

-Avisame cuando se mueva otra vez.

-Listo -pone arroz en la olla con agua hervida-. Y no tengo tanto malestómagó.

-¡Qué suerte! Con Rolo estuviste mal los cuatro primeros meses. Después te pasó.

-Te acordás que no nos podíamos ir ni al cine...

-¿Y esa vez que llegamos hasta la esquina y después te fuiste corriendo otra vez a casa para vomitar...?

-Te acordás...

El tiroteo comenzó del lado de la casa de gobierno desplazándose con secos estampidos que llenaron la madrugada de sobresalto y la recubrieron con el olor acre de la pólvora. El cielo encapotado, opaco y sin matices cubría la ciudad. En la calle se entrecruzaban los gritos, las corridas y las detonaciones, más espaciadas a medida que la claridad indefinida y gris iba quebrando el manto de nubes.

Se comentaba que los revolucionarios estaban siendo diezmados. Eran perseguidos y derrotados calle a calle, luego que las fuerzas leales al gobierno rompieron las barricadas, que, en su desesperación, habían levantado los insurrectos. Los corralones se llenaban con celeridad y a la tercera madrugada, los rebeldes se encontraron atrapados entre las tropas fieles que salían al ataque y los corralones de la retaguardia.

-Alguien golpea -exclamó Irene, asustada.

Eduardo abrió la puerta y tuvo que sostener a un hombre ensangrentado de la cabeza a los pies que lo miraba con ojos extraviados. Abrió la boca y movió los labios, como si fuera a decir algo, antes de desplomarse sobre las baldosas del piso de la sala.

-Éste es uno de los que se andan batiendo -dijo Irene y agregó compungida-. No podemos tenerle aquí, Eduardo... Quién sabe qué lo que nos van a hacer si le encuentran en casa.

-No podés tampoco dejarle en la calle así como está, ¿verdad?

-¿Y qué lo que vamos a hacer, entonces?

-Vamos a tratar de ayudarlo, caramba... Por lo menos hasta que deje de sangrar.

-Pero tenés que avisar en el cuartel o si no vamos a tener líos con esa gente -lo ayudó a arrastrar al hombre hasta la pieza de servicio.

-Este tipo se está muriendo -jadeó Irene mirando al hombre tendido sobre el catre-. ¡Qué lo que podemos hacer nosotros, Eduardo! Mirá cómo tiene el cuerpo...

-Voy a buscarle al doctor Ruiz -dijo Eduardo-. Pierde sangre hasta cuando respira. Si no le ve el médico, en media hora se queda seco.

Al cabo de unos minutos Eduardo volvió acompañado de un hombre de mediana edad vestido con el guardapolvo blanco característico de los médicos. Se acomodó en una silla que le ubicaron frente a la cama donde agonizaba el herido, observando con atención que su respiración iba acompañada de un flujo de sangre roja y brillante, que resplandecía más tras cada palpitación del corazón, a medida que disminuía la fuerza y la frecuencia de las aspiraciones y espiraciones.

La tarde caía tras las cortinas echadas y la oscuridad en la sala y toda la casa era total, salvo en la pequeña pieza de servicio donde el resplandor púrpura de la sangre iluminaba a los asombrados espectadores que permanecían inmóviles, incapaces de pronunciar una palabra.

De pronto el moribundo abrió los ojos y se fijó en las tres figuras que lo flanqueaban, sumergidas en el ardiente caldo púrpura ocasionado por el resplandor de su sangre.

-Yo me muero -dijo en un susurro-, pero ¡viva Ilaudino Gavilán! -exclamó levantando el torso, apoyado en el codo derecho antes de derrumbarse sobre el catre. Eduardo, Irene y el doctor Ruiz, que se vanagloriaba de escéptico, vieron escapar por la comisura de los labios y los agujeros de la nariz del hombre, el halo blancuzco que se repitió brevemente en un ectoplasma casi transparente, pero que definía con precisión el perfil del cuerpo que abandonaba, antes de integrarse al furioso bermellón que hervía en el cuarto.

-¿Por qué no venís a acostarte un rato más? -dijo Irene con voz de somnolencia-. Hace frío con esta colchita transparente... Total, estamos de vacaciones, ¿verdad?

Eduardo se volvió a mirarla y sonrió. Irene extendía hacia él sus brazos, manteniendo, sin embargo, los ojos entornados. Cuando llegó al costado de la cama, ella lo tomó atrayendo a Eduardo hasta poder sumergir el rostro en la concavidad tibia del cuello de su marido.

-No sé por qué tenés que levantarte tan temprano.

-Iba a pedirle a don Orué que nos preparara el mate. Está haciendo un poco de fresco esta mañana.

Irene se desperezó y le hizo lugar a su lado. Eduardo se quitó los zuecos y se arrebujó bajo las mantas, sintiendo el cuerpo de Irene, joven y exigente, como en tantas madrugadas pasadas en ese exilio bucólico.

-Contigo no se puede organizar una revuelta, ni siquiera una revolución, porque no dejás tiempo -le dijo Eduardo, a lo que Irene respondió con un gruñido-. Me estaba acordando del hombre ese de Gavilán -ella le hizo sentir sus senos obligándole a acariciarlos-. No supe más nada desde que salimos de la ciudad y...

Apenas amanecía.

Lelia no hizo ningún movimiento. Abrió los ojos y quedó en suspenso, esperando descubrir qué la había sobresaltado a esa hora tan inusual para ella.

A través de la ventana podía divisar el patio, envuelto en la penumbra premonitoria del nuevo día, otro día caluroso de verano, disimulado todavía por la brisa fresca del este que agitaba las cortinas desteñidas de la habitación.

El canto de los gallos, viniendo de lejos, envolvió su memoria con recuerdos de la infancia.

-Cada vez hay menos gallineros en la ciudad -pensó, ya tranquilizada al no descubrir nada especial como causa de su imprevisto madrugón.

A su lado, Arnaldo ronca y de su rostro emana esa calma desnuda y vasta que es patrimonio de los durmientes, la que obtienen al influjo del pleamar que transforma la inquieta actividad de la vigilia en un suave agitarse de olas espumosas sobre la arena blanca y crujiente de la inconsciencia.

Al mirarlo le pareció indefenso y pequeño, como un niño.

-Es igual a Rolito. Cuando está durmiendo se le parece mucho -se dijo Lelia-, nunca me fijé que el nacimiento de sus cabellos se parecieran tanto.

Lelia no era de aquellas personas que buscan profundizar sus sentimientos a los que consideraba parte suya y a veces se descubría apartada de ellos. Le bastaba disfrutar de su vida, tibia y sin importancia, a la que estaba acostumbrada. Sin demasiadas satisfacciones pero sin conocer tampoco los dolores profundos que atormentan al alma.

-Nuestro hijo es sano, eso es lo que importa, ¿no te parece? -le dijo a Arnaldo una vez que se quejaba de lo difícil que se ponía conseguir dinero para cubrir las necesidades de la casa-. Al fin de cuentas, no somos ricos pero tampoco estamos en la miseria..., y esta casa que nos dejó el tío Eduardo es una bendición. No vas a pretender hacerte millonario de la noche a la mañana.

-No quiero hacerme millonario, pero sí quiero entrar en uno de esos esquemas que abundan y te hacen dar un buen salto de la noche a la mañana, como decís vos... La otra vez, por ejemplo, podía haber ganado unos buenos pesos, pero me llamó el jefe y me dio a entender sin mucho disimulo y muy claramente que ese negocio era suyo...

La claridad era mayor. Arnaldo se acomodó en sueños colocando un brazo sobre la cintura ya abultada de su mujer. A ella siempre le resultaba pesado soportar el brazo o la pierna de su marido descansando sobre su cuerpo, pero esta vez sonrió.

En la penumbra del patio distinguió la figura de la abuela. La heredaron con la casa y seguía allí, integrada a la santarrita que le sirve de dosel protector contra el sol y la lluvia, sentada en la silla de respaldo alto, árida y constante, repitiendo absurdas letanías y canciones olvidadas y cosa extraña, sin morirse nunca, con una especie de inmortalidad inexplicable.

-Ya estará despierta -se dijo- si es que durmió algo. Está viva -pensó luego, asombrada-. Y yo estoy viva también, como ella.

De golpe le asaltó la idea de que ella, Arnaldo, Rolo y sus hormigas (a las que ahora se le daba por encerrar en botellitas y enterrarlas en el patio), todos estaban viviendo,

cumplían los mismos ritos vitales -sonrió porque estas últimas palabras le recordaron al tío Eduardo, que solía usar perífrasis al referirse a las cosas ordinarias-, mientras la abuela siga allí será igual a nosotros.

-¡Ufa! -se dijo-. La realidad son: Arnaldo durmiendo, Rolo durmiendo, la abuela en el patio y las hormigas prisioneras de mi hijo yendo y viniendo de un lado a otro dentro de las botellas donde las tiene encarceladas, no sé si por maldad o por capricho.

Se conocieron en una fiesta del Deportivo Sajonia y no era un Adonis precisamente, se decía Lelia, con esa ropa que le venía holgada, los zapatos deslustrados, el cabello lacio, los lentes de carey y unos kilos de más, porque había engordado en los últimos meses, le explicó Arnaldo.

-Y vos, ¿cómo te llamas?

-Lelia, ¿y vos?

-Arnaldo.

Después de bailar una selección foxtrot y bossa nova se alejaron de la pista hacia la balastrada del club que da sobre el río y permanecieron silenciosos, mirando la oscuridad interrumpida a veces por el titilar de las luces de algunas embarcaciones ancladas cerca de la costa y que rielan sus brillos mezclándose con el resplandor de la luna. Vieron pasar una lancha iluminada que semejaba una enorme luciérnaga flotando en la noche.

-Yo trabajo en el ministerio -le decía el joven.

-Yo terminé la secundaria el año pasado. Estaba internada en un liceo pero ahora vivo en casa.

-¿Por qué en un internado? -quiso saber Arnaldo-. ¿Tus padres no estaban en Asunción?

-Siempre vivieron aquí -respondió Lelia-, pero no pueden atenderme porque conversan todo el día, sin parar. Ahora, en este momento, estoy segura que están conversando, lo mismo que cuando salí para el baile.

-¿De veras? -se interesó él-. ¿Y de qué hablan tanto?

-No sé -respondió Lelia-. Lo cierto es que desde que me acuerdo, ellos están hablando todo el día, sentados en la sala. Papá en su sofá. Mamá en un sillón de mimbre que hace ruido al hamacarse.

-¡Qué interesante! -exclamó Arnaldo con cierto aire socarrón.

-No sé, porque no entiendo de qué hablan.

-A lo mejor nunca les escuchaste bien nomás. Andá sabé lo que tienen que decirse, si es así como me contás.

Así mismo. Por eso estuve en el internado, porque ellos no me podían cuidar.

-Es medio raro, ¿verdad?

-No sé..., porque yo siempre los vi así, sentados en la sala y conversando. El que me atiende es un tío viejo que tengo.

-Han de tener muchas cosas que decirse -dijo Arnaldo, que no pudo impedir una carcajada-. Ahí están tocando una colección de boleros muy lindos. ¿No querés bailar?

-Bueno, vamos -dijo Lelia medio picada porque no entendía bien el motivo de la espontánea risa del muchacho, aunque éste le caía bien-. Pero no veo qué te causa tanta gracia acerca de mis padres...

-Nada -le tomó del brazo-. Será porque yo soy medio callado nomás que no entiendo a la gente que le gusta conversar. No te enojés.

-No me enojo.

Pasaron juntos el resto de la fiesta. Antes de retirarse él le pidió su dirección y le dijo que quería ir a visitarla al otro día. Lelia asintió.

Rolo, de pie junto a una de las ventanas que dan al patio, cavilaba absorto acerca del transcurrir de esa tarde húmeda que empañaba los cristales hasta condensar gotas de agua que se deslizaban hasta las ranuras inferiores de los marcos de madera carcomidos por el cupi-í.

-Vas a tener un hermanito o hermanita -le dijo Lelia, tomando entre las suyas las manos de su hijo y acercándolo a ella y se detuvo esperando la reacción del niño ante la noticia. Él bajó la vista.

-¿Por eso estás enferma y vomitás? -le preguntó.

-Sí -respondió Lelia sin soltar sus manos-, pero por ahora nomás. Después me va a pasar. Cuando estaba esperando la cigüeña de vos, también vomitaba mucho, pero después me pasó.

-¿Y cuándo voy a tener el hermanito?

-Falta mucho todavía -hizo una pausa-. Papá está contento porque dice que así vas a tener a quien cuidar y que te va a estar hinchando todo el día -rió.

-¿Y vos querías que yo tenga un hermanito?

-La verdad que sí..., hace rato que quería tener otro bebé... Ya vas a ver cómo le vas a querer.

A Rolo, que era observador por naturaleza, no le pasaron desapercibidos los cambios que se operaban de su madre. Las facciones de Lelia habían ido adquiriendo esa expresión beatífica que suele aposentarse en el rostro de las mujeres embarazadas.

El niño se dio cuenta que el hecho de tener un hermanito nuevo no era sólo la llegada del bebé. Ya los había visto a montones y todos se parecían, pero resultaba distinto ahora que debía convivir ese día a día compuesto del malestar, la impaciencia y hasta el malhumor de su madre. Pero por sobre todo, era la manera extraña de comportarse Lelia lo que llamaba su atención. Muchas veces la veía leyendo un libro que dejaba olvidado sobre su falda o suspendía el trabajo de croché, con la vista clavada en algún punto remoto, olvidada de cuanto le rodeaba. Entonces sus labios se distendían hasta acabar en esa sonrisa dulce y soñadora que desconcertaba al niño, haciéndole sufrir una rara presión en el pecho al mismo tiempo que el corazón le latía con tanta fuerza que temía llamar la atención de su madre hacia él y eso se le antojaba sacrílego.

Mamá va a tener un bebé -le comentó a un compañero de grado cuando volvían de la escuela.

-Nosotros somos tres -explicó el compañero-. Dos hermanas y yo.

-Y ahora mamá se siente mal todo el día. Vomita. A veces me reta de balde. Pero lo que más me da miedo es cuando se queda sentada sin hacer nada y mirando lejos. Sé que ha pensado en la luna.

-Pero vos has de quererle también al hermano que te va a venir.

-A mí me da rabia -respondió Rolo, pateando una lata vacía y herrumbrosa que estaba tirada sobre la vereda.

-No ha de ser que estás celoso, ¿verdad? -se burló el otro.

-No te digo eso. Te digo que me da rabia porque mamá está mal.

-Pero si todas las mujeres vomitan cuando van a tener hijo...

Rolo comprendió de golpe, observando el patio, cual era la razón de su desagrado. Al principio supuso que era la posibilidad de perder el amor de su mamá, aunque se consideraba lo suficientemente mayor para desechar esa idea. Lo desorientaban el semblante de Lelia y su sonrisa misteriosa, hasta que decidió que todo ello provenía de un diálogo íntimo entre su madre y la criatura por venir, una conversación de la cual él nunca podría participar y cuyo sentido se le antojaba extraño y odioso.

-Y al final de cuentas -le dijo el compañero- es lo más natural del mundo tener un hermano, ¿verdad?

-Ya sé -respondió Rolo distraído.

Tampoco se animaba a descubrirse y preguntar el significado de esas miradas perdidas, húmedas y silenciosas con que acompañaba Lelia sus escapadas hacia el interior. Una vez lo llamó.

-Rolo..., vení pronto..., traé tu mano enseguida.

Él se acercó venciendo la repugnancia y apoyó la mano derecha sobre el vientre abultado de su madre.

-¿Sentís?

-Sí -respondió apartando la mano enseguida

Ahí adentro algo se movía. Dos veces recibió los impactos inconfundibles de ese algo que se le antojó viscoso y repulsivo. Seguramente todo húmedo, sucio y con sangre.

A veces no podía cerrar los ojos por la noche pensando en ese animal oscuro que se agitaba en el vientre de su madre, blanduzco como esas lauchas asquerosas que dan tanto miedo. Cerraba los ojos y ahí estaba su hermanolaucha revolcándose dentro de su madre, apoderándose de ese cuerpo que hasta poco tiempo atrás era una parte confortable de la casa, de la vida cotidiana, una mano para cruzar la calle, la risa de Lelia confundida con los ruidos de la casa, la escoba al deslizarse sobre las baldosas del piso o el calentador calentando la leche para la merienda. Era algo concreto, algo que como su papá, la casa y los muebles siempre estuvieron allí, como la abuela, como Petronila, como las hormigas. Era su casa, el lugar a propósito para cobijarlo a él.

Ya no sentía ese tibio manto protector. Era eso. Era su hermano.

Se le aparecía dando vueltas y vueltas, un trompo loco en el vientre de la mujer, agitándose en medio de los fluidos espesos que lo hacen flotar. Sus enormes ojos de feto que lo observan sin otras facciones. El cuerpo irreal, las manos hechas de cartílagos confusos que le dan aspecto de patas de murciélago.

Laucha muda y asquerosa girando en el vientre redondo y grande de esa mujer desconocida en cuyo rostro se dibuja el gesto lánguido de abandono en la sonrisa enigmática, conclusión del diálogo secreto que ella sostenía con su hermanolaucha, con esa pesadilla húmeda de dentro suyo. El feto.

Su enfermedad, larga y dolorosa le había hecho preferir varias veces la muerte, pero cuando la desesperación y el fuego de sus células cedía, Eduardo recuperaba el afán de vivir, de prolongar en algo la agonía implacable. Lo supo desde el principio, aun antes de escuchar las palabras del médico, que cayeron sobre él como latigazos, simple confirmación de su penosa certidumbre. Salió del consultorio con pasos lentos, haciendo un esfuerzo por no llorar.

-Soy un hombre -se repetía-, soy un hombre.

Las pisadas resonaron sobre las resplandecientes baldosas del sanatorio. Le devolvían su imagen, gacha y derrotada. Llegó a la casa y se acostó tras besar la frente sin resonancias de Irene. Apoyó la cabeza sobre la almohada, encendió un cigarrillo que dejó consumir entre los dedos, sintiendo como minuto a minuto sus entrañas se agitaban en la vorágine de una danza macabra que transformaba a su cuerpo en una masa viscosa de carne corrompida.

-Mirá Eduardo -le dijo el médico, amigo suyo de la época del colegio secundario-, yo sé que sos un hombre fuerte y vas a poder resistir el golpe..., por eso creo lo mejor..., al menos me parece lo mejor, decirte la verdad -hizo una pausa en que sus miradas se sostuvieron enfrentadas. Después el médico desvió la vista y jugueteó con el cortapapeles que estaba cerca-. Tenés cáncer, Eduardo, y es terminal... Ni vale la pena operar...

-¡Cáncer! -repitió Eduardo. Sus dedos se agarraron a los brazos del sillón donde estaba sentado. Sintió las palmas sudadas-. ¿Estás seguro...? Bueno..., disculpá... ¡claro que estás seguro! -el médico asintió sin mirarlo-. Entonces, viejo -dijo Eduardo forzando una sonrisa- esta vuelta no es una purgación, por lo visto.

-No -respondió el médico.

Descansó la cabeza de cabellos grises sobre la almohada y se dedicó a pensar sin importarle el rumbo de las figuras que surgían y desaparecían de su mente.

-Tengo una eternidad que llenar sin contar con suficientes cosas que poner en ella. Ni con tres vidas iguales, ni con cien. Hay demasiado lugar en sesenta y seis años, siempre en lo mismo, siempre en el comienzo-. Si viviera nuestra hija -dijo en voz alta- por lo menos Irene no iba a estar tan sola, pero ya es tarde.

Encendió otro cigarrillo que se consumió en volutas de humo en el ambiente ya oscuro de la habitación. Escuchó el silbido del viento entre las rendijas y se le antojó como un canto melancólico. Arrojó el cigarrillo al suelo y quedó dormido.

Dejó pasar unos días, habló con Lelia y su marido. El joven le era indiferente pero sentía gran afecto hacia Lelia, que vivía muy ajustada con el magro sueldo de Arnaldo, recortado aquí y allá por aportes involuntarios y contribuciones inesperadas como se acostumbraba ahora con los empleados del estado.

-La ducha es lo mejor de todo -solía decir Lelia sonriendo cuando iba de visita a la casa de Eduardo-. En la otra casa teníamos que bañarnos con agua de aljibe que cargamos en una latona grande.

Se mudaron a esa casita, donde en el dormitorio apenas cabía la cama de plaza y media. La cuna de Rolo la ubicaron al otro extremo, en el corredor. Había un pequeño patio interior limitado por el dormitorio, la cocina de forma triangular, una muralla alta contra la

que se restregaban las grandes hojas de dos bananos que nunca dieron fruto y el bañito con la ducha.

A veces Arnaldo se sentía impotente y tan deprimido que al observar a Lelia dormida, dejaba que por sus mejillas corrieran lágrimas humildes, mezclando los suspiros cautelosos con el susurro de las hojas de banano al acariciarse entre sí y contra el muro.

No tenían nada de nada y estaban metidos dentro de una nube de incertidumbre hasta que un sábado, alrededor de las cinco de la tarde llegó de visita el tío Eduardo. Tomó cocido de azúcar quemada acompañándolo con galletas que derritió en la taza, espantó algunas moscas y les pidió que fueran a vivir con él.

Cuando salía de mi arrobamiento de observar el agua turbia de la bahía que viene a morir en la playa con su desmayado vaivén, me alejaba hacia la realidad de esa catatonía que tienen las calles, parecidas a ancianos, con más pasado que futuro y más recuerdos que esperanzas y embebido en la frágil languidez adquirida de la previa contemplación del agua mansa, purificado de pensamientos egoístas, recubierto del aura de la consagración, me adelantaba con pasos calmos entre las dos hileras de vida y sollozos, de risas olvidadas y miradas furtivas que acompañaban a mi trajinar, a las que despertaba con el taconeo demasiado ruidoso de mis zapatos sobre el empedrado y las veredas de piedra losa desaparejas.

Avanzaba percibiendo la caricia de las sombras lóbregas de un pasado lejano, fuera de la realidad del bullicio cotidiano, de las luces de neón y de las vidrieras vanas y exigentes. Callejuelas marcadas por las arrugas, calles de otras épocas, de días iguales pero más jóvenes que al ser observados a través del caleidoscopio del tiempo, hasta parecerían mejores.

Esos callejones, a los que llamo ancianos, se llenaban por la noche del transitar de parejas furtivas, urgentes y transitorias. Allí, en esas antiguallas, compartiendo su decaído señorío, se abrían las puertas de bailongos, como el Hernandarias, el Hispano Paraguayo, el Criollo, donde las mujeres esperaban ya dentro de ellos, ya en la calle, a los clientes de unas horas.

En verano, el bullicio comenzaba al atardecer y crecía con la noche. La música surgía cuando la oscuridad apagaba la identidad y como en una fiesta de disfraces, el anonimato estaba protegido por lo indefinido de la hora y se perdía en la animación de arpas y guitarras, de bandoneones desafinados, cantantes gangosos y las dicharacheras mujeres de risa fuerte que salían a bailar en la pista alumbrada por luces rojas y verdes.

La campana repiqueteaba con insistente alegría desde lo alto del campanario de madera sólida que la sostenía desde hacía por lo menos cien años.

Ése era un domingo especial porque el padre Miguel casaría nada menos que a cinco parejas del poblado, lo cual era motivo suficiente para que desde temprano echara a sonar la vieja campana.

Antes que saliera el sol ya había gente preparándose para asistir a la boda colectiva y quien más quien menos buscaba la mejor de sus ropas para estar a la altura de las circunstancias, aunque en la generalidad de los casos iban descalzos o con los pies calzados en altos zuecos de madera.

Eduardo, entregado a la vida mansa de su aburrido exilio era un invitado más. Después de tomar unos mates, estaba sacando agua del pozo, cuya roldana se deshacía en gemidos al hacer correr la piola medio deshilachada que extraía el balde cargado de agua.

-¿Vos no te vas a bañar todavía? -quiso saber Eduardo dirigiéndose a Irene que continuaba remoloneando displicente en el catre donde pasaron la noche durmiendo al rocío.

-Anoche dormí mal con la cantidad de mosquitos que había -respondió Irene, desperezándose-, pero ya no voy a poder seguir durmiendo. El cura no va a terminar con las campanadas hasta que todo el pueblo y las compañías de los alrededores llegue a la iglesia para asistir a su bendita boda múltiple.

-Para él es un triunfo -comentó Eduardo.

-Ya lo creo -respondió Irene-, para él es medio como la conversión de los primeros cristianos.

-Y no es para menos -exclamó Eduardo a los gritos para que su mujer lo oyera entre los chapuzones que se daba con el agua fría de la latona-. Según don Orué, hace por lo menos cinco años que no se casa nadie en el pueblo.

-Y bueno..., me levanto -se resignó Irene-, si no voy a poder tomar ni un matecito.

-Yo ya salgo -le gritó Eduardo. Y agregó acercándose a la casa envuelto en una toalla-. Dicen que la revuelta de Ilaudino Gavilán no tiene nada que ver con los partidos políticos, que es una aventura loca de un caudillo alucinado y quijotesco que va a terminar en la cruz, como todos los iluminados.

-Vos le admirás.

-Sí, claro..., uno no puede menos que hacerlo...

-Ahora a lo mejor ya lo mataron...

-No, me contó don Orué que hubo un ataque a la policía en Asunción, con aviones y todo y que ahora la cosa no es tan clara. Escaparon los presos. No sin antes causar buenas bajas entre los carceleros que corrían pidiendo socorro -se interrumpió para cebarse un mate-, esta revolución parecía hasta ridícula... En eso tiene razón don Orué, pero ahora la cosa es diferente, ¿verdad?

-Cuando apareció Gavilán nos dijimos: ¡otro ambicioso más! Un campesino ingenuo y osado. No es militar y lo llaman comandante, dicen... Así decíamos, ¿verdad? Ni militar ni político... ¿Cómo va a echar a un gobierno como el que tenemos, con una red de pyragüé que encontrás hasta en tu sopa?

-¿Y qué ocurre? Lo inesperado. Cuatro meses después la revuelta que se inició en una lejana compañía de San Pedro, toma cuerpo. Los campesinos se amotinan, pierden la timidez y la abulia que les caracteriza y se van apoderando de armas en los cuarteles. Armas primitivas, pero armas al fin. Y con ellas es más fácil conseguir otras. Se vuelven astutos, surgen los jefes naturales y no faltan los veteranos de la guerra que con propiedad son mi sargento y mi teniente.

Se entusiasman, escuchan de nuevo las palabras olvidadas, resuenan en sus oídos las marchas marciales, se les llena la sangre de vida, es el grito de combate, huelen la pólvora y sacan de algún rincón de su rancho el viejo fusil que quedó colgado cuando se tuvo que volver a empuñar el arado. Están cansados, ellos también, de las palabras y las mentiras, de ese día a día que no tiene variantes. Van y vienen. Se desentienden del surco que pasa al cuidado de las mujeres. Se prepara la cecina, las vituallas, se desempolva la caramañola, se lustran las polainas: -Mi capitán, usted tiene que venir con nosotros. Nosotros estamos con Gavilán, sí, mi teniente, Gavilán atacó otro puesto y se está preparando para bajar a la capital. Usted tiene que venir con nosotros, etcétera, etcétera...

-Y la mayoría va -terció don Orué que se había acercado por detrás de Eduardo, haciendo señas a Irene para que no lo delatara- por no decir todos -agregó-. Y le puedo asegurar que si esto sigue así, muy pronto Gavilán le va a estar pisando el poncho al gobierno.

Siguieron hablando del momento político hasta que Irene les llamó la atención acera de la hora:

-Si no te apurás, vamos a llegar tarde al gran acontecimiento del pueblo y eso el cura no va a perdonar.

-Tiene razón -le dijo Eduardo a don Orué que ya estaba vestido con corbata y traje oscuro-. Ya vengo, ya vengo.

Volvió a salir ya vestido con el traje de casimir inglés, el que siempre usa en las ocasiones importantes de su vida y cuando la solemnidad del momento exige el incómodo rigor de la camisa de seda que con el sudor se pega al cuerpo, el cuello postizo almidonado hasta convertirse en un cartón blanco purísimo.

Los tres fueron bajando la cuesta que zigzagueaba irregular y llena de pequeños montículos y depresiones entre las que sobresalían matas de pasto sobre la tierra colorada de la que se levantaba la polvareda a causa de la pequeña brisa que había comenzado a soplar.

El repiqueteo de la campana y la gente vestida de fiesta que se dirigía a la iglesia bajo el sol del domingo así como las carretas tiradas por bueyes y los caballos enjaezados, procuraban al ambiente un aire de fiesta patronal en la cual la alegría cobraba intensidad a medida que el grupo se acercaba al enorme patio de la iglesia, donde se había preparado el altar para llevar a cabo la ceremonia.

-Se consigue permiso del delegado para que venga la calesita y ya se puso en la plaza -le comentó uno de los caminantes a don Orué-, y va haber la banda para bailar después y el paí ya hizo una cantina ñemú para después.

-Y mesa para jugar truco si quiere -completó otro- y debajo la parralera e que se va a bailar.

-Hata don Emeterio que é de Narajaty y que ya hace dié año que vive por ña Francica dice que va casarse taén...

-¡Una feró conga lo que va ser, don Orué! -concluyó el que había hablado primero.

El patio de la iglesia semejaba una inmensa romería, saturada del aire oloroso de la fritanga preparada en los braceros a carbón.

Eduardo echó una mirada alrededor y se dio cuenta que estaban todas las autoridades del pueblo sentadas en el lugar de honor que le hizo preparar el párroco. Había también algunos soldados ubicados en sitios estratégicos, apoyados en sus viejos fusiles, mirando desfilar la gárrula bulliciosa de mujeres y hombres que buscaban la sombra, esperando el inicio de la ceremonia.

-Allá tá ña Luisa con don Maciel taén y su tre hijo que le va dar su anillo -comentó una mujer-. Mirana que linda pa que etá con su vetido blanco largo que le hizo ña Filomena.

-Y dice que Ugenia sique mandó traer de Asunción para su juego de azar -agregó otra que estaba a su lado-, porque si me vía casar por Taní, me vía casar bien, dice que dijo.

-¡Nderaityre!

Cerca de las nueve de la mañana ya estaban las cinco parejas cuyas edades oscilaban entre los veinte y los cincuenta y de las cuales tres ya tenían hijos mayores que hacían de cortejo sosteniendo en sus manos los platillos con los anillos de boda que sellaría la unión de sus padres. Otra de las mujeres que iba a contraer matrimonio, sostenía a horcajadas sobre la cadera a un niño de unos dos años que moqueaba constantemente y la quinta pareja estaba formada de dos jóvenes que se habían conocido en una de las ferias organizadas por la iglesia y constituían la mayor victoria del cura porque los convenció a que no vivieran bajo un mismo techo antes de concluir la ceremonia.

Cuando comenzó la parte formal, cayó un silencio solemne interrumpido sólo por el coro de voces que acompañaba las oraciones a indicación del sacerdote y el repiqueteo de las campanillas de los monaguillos.

Las autoridades, apretujadas dentro de los trajes desacostumbrados, se pasaban de continuo el dedo índice alrededor del cuello almidonado de las camisas. Pero cuando el sacerdote bendijo a la concurrencia, el anterior silencio se transformó en una alegre explosión de risas y alegría. Los invitados se dirigieron a las mesas que les estaban reservadas junto a los novios y los demás se agolparon frente a los puestos de expendio de bebidas y comidas.

La banda se lanzó a ejecutar las más alegres melodías y sin interrupción por casi por una hora hizo alarde de un entusiasmo contagioso. Sólo suspendieron la música cuando le acercaron unos platos bien cargados de chicharó trenzado, mbejú y mandioca, algunos pedazos de asado y una botella de caña.

El cura, todo sonrisas, ocupaba un extremo de la mesa, flanqueado por los novios y las autoridades del lugar, quienes nivelados por los efectos del vino proveído por el cura, intercambiaban chistes y comentarios con don Orué. Eduardo e Irene.

Concluido el almuerzo de los componentes de la banda, volvieron a reagruparse con sus instrumentos haciendo sonar los acordes del vals Sobre las olas, con el cual se dio inicio oficial al baile. Se levantaron las cinco parejas, ya descalzas, para mayor comodidad y enseguida se llenó la pista con los invitados, que comenzaron a bailar.

¿Para qué tantas flores
Si no son para míiii?
Esta niña de mi almaaaaa
Que me muero por tiiiiii...

Eduardo percibió a su alrededor el frío envoltorio de una niebla imprecisa rodeándolo por completo.

Fuera de ella, la fosforescencia discreta de una luminosidad esquiva y pringosa, más bien desagradable en su tonalidad de amarillo desteñido e indefinible propio de ese mundo inmóvil, azotado por imágenes reiterativas, en cambiantes enfoques que lo mueven una y otra vez a evaluar cada visión, cada etapa impersonal como se le presenta ahora el continuo devenir que fue su vida, estática ya en el agua estancada aunque sacudida de permanentes vaivenes. Un espejo implacable donde se ve obligado a mirar, a disgusto, las mezquinas ramificaciones convertidas en larvas, dormidas entre las ramas secas del tronco de sus ensueños.

Se dejó envolver por la inhóspita claridad, convencido que en el transcurso del tiempo, más tarde o más temprano, ese alucinado universo de visiones huecas de lo que alguna vez fue y en las cuales se observa él mismo como un fantasma más conformando el drama sin sentido. Apenas otra figura dentro del obtuso purgatorio de las ilusiones marchitas que giran a su alrededor, molestas e inútiles, sin alcanzar el sosiego que alguna vez esperó hallar tras las interminables horas de su agonía, cuando el cuerpo sentía los cambios ocasionados por la garra implacable de su dolor.

Ni piensa, ni siente, ni se preocupa. Le resulta indiferente el remolino de imágenes que lo acosan y lo abandonan luego, abotagado de luminiscencias indefinidas, de caminos ingravidos a los que es arrojado para girar en evoluciones que conducen de nuevo al sueño estático, siempre presente en medio de esa profunda oscuridad.

A veces lo reclama el vértigo helado que le produce el caer dentro de un abismo sin paredes. Otras cuando asciende veloz, repitiendo sin cesar esos viajes al final de los cuales acaba por encontrarse en el mismo sitio, en la plácida languidez de los nervios sin reacciones, escarbando entre millones de células que se corrompen a medida que estratifican su realidad.

A Ilaudino le impresionó la profundidad de la mirada que le ofreció la muchacha, cargada del desenfado que suelen exhibir las mujeres cuando desean hablar con los ojos a un hombre que las atrae.

Soledad del Niño Jesús tenía dieciséis años cuando vio a Ilaudino y se enamoró de él, que no había cumplido los veinte.

La plaza del pueblo de San Pedro de Ycuamandiju ubicada frente a la iglesia, estaba engalanada para las actividades profanas de la fiesta de San Juan cuyo casi infalible veranillo terminó a media mañana del 23 de junio a causa del viento frío y cortante del este que como siempre vino acompañado de una llovizna fina que calaba hasta los huesos.

Pero la noche de San Juan es algo especial y por ello tanto los hombres, protegidos en sus ponchos y las mujeres con rebozos en la espalda y mantillas de lana en la cabeza, recorrían los numerosos puestos de juegos y ventas de comida que llenaban el lugar.

Faltaban los más ancianos, que no podían arriesgarse a pescar una pulmonía, en cambio para los niños, no había límite de edad pues muchas mujeres jóvenes que no se resignaban a perder la fiesta anual, iban con sus hijos recién nacidos en brazos, envueltos en frazadas alegres y multicolores que sólo dejaban al descubierto los pequeños rostros ateridos.

Habían hombres y mujeres alrededor de las enormes llamaradas del fuego que se encendió temprano para cumplir, en primer lugar el papel protector contra el frío, y cuyas brasas servirían para el tatapyi ari je hasá.

Soledad del Niño Jesús iba vestida de lana gris, protegiéndose la espalda por medio de un bello mantón rojo que brillaba al pasar cerca de la gran fogata. Usaba sandalias y medias negras de lana.

Se cruzaron varias veces con Ilaudino. La primera frente al puesto de venta de mbejú y chicharó trenzado. Allí le lanzó una mirada profunda que hizo trastrabillar el interior del muchacho.

Cuando él comenzó a lanzar argollas, ella se le acercó sonriente, acomodando las vileras con que adornaba sus largas trenzas de cabellos negros.

-Parece que tenés buena puntería. A ver si acertás para regalarme aquella muñequita de premio.

Ilaudino tragó saliva sin responder palabra. La miró fijo a los ojos y la muchacha sostuvo su mirada, tan sonriente en los ojos como en su figura entera que comenzaba a ondularse por el florecer de la juventud.

La primera y segunda argollas embocaron limpiamente en el cuello de las botellas de vino que constituían el blanco.

-Dale..., dale..., te falta una nomás -lo alentó Soledad, saltando nerviosa en su sitio y palmeando sin cesar con sus pequeñas manos, algo pasmadas por el frío.

-Bueno..., esperá un poco, que tengo que apuntar bien -le dijo el joven-. No sea que el último no acierte y te quedás sin tu muñequita por apurada...

-Listo -respondió Soledad y comenzó a jugar con los extremos de sus trenas, con cierta coquetería traviesa.

Ilaudino retrocedió un paso, entornó el ojo izquierdo, apoyó el codo del brazo derecho sobre la tabla del mostrador, adelantó algo el torso y lanzó la argolla que tras girar dos veces en el borde del cuello de la botella, terminó dando el triunfo al joven, que entusiasmado, agitó los brazos sobre la cabeza, mientras su admiradora saltaba en su sitio repitiendo:

-¡Ganaste!...¡Ganaste!

Ilaudino fue retirándose, medio al descuido, esperando que la muchacha lo detuviera pero ella estaba apanando a la muñeca recién conseguida y no se fijó en él. Se sintió algo decepcionado.

-Pero... ¿dónde te fuiste?... Recién te hablé allá frente al kiosco porque creí que todavía estabas allí y de repente no te veo más y estoy hablando sola... a no ser que te escapes de mí..., pero no ha de ser, porque te voy a decir: yo no muerdo.

-Yo nomás... -balbuceó Ilaudino-. ¿Te gusta la muñeca? -dijo al fin, para no quedar callado.

-Es hermosa -luego se adelantó algo, casi impidiéndole caminar-. Vos sos Ilaudino, ¿verdad?, el hermano de Ernesto.

-¡Juh! -respondió Ilaudino-. Sí, es mi hermano. ¿Le conocés?

-Yo no, pero el otro día me dijeron que era tu hermano. A vos hace rato que te conozco -exclamó, agregando una insistencia desafiante en su mirada-, pero nunca me pude acercar para hablar con vos porque no se te encuentra ni en la iglesia ni en los bailes de la parroquia ni en ningún lado. Según me contaron no estás en tu casa tampoco y te pasás el día con ese

Rumboso Aguilar que según dicen se corrió de Asunción cuando comenzaron los tiros, que según cuenta mi tío Raimundo que hace poco vino también a San Pedro a vivir con nosotras, es cosa de todos los días allá en la capital.

-Y... ¿Cómo es que me conocés a mí hace rato? Yo no te visto hasta cuando me miraste allá en el puesto de mbejú -después de pensar un momento, agregó-: me gustó cómo me miraste... -se interrumpió.

-¿Yo te mire? -exclamó ella observándolo con detenimiento-. ¡Ni te vi en el puesto de mbejú...! En las argollas que te pedí por la muñeca...

-Pero si nos miramos y vos te sonreíste -insistió Ilaudino.

-¿Yo me sonreí?... -se detuvo en seco para encarar al muchacho que cada vez se ponía más nervioso.

-¿Vos decís que te miré y me sonreí? ¿Contigo?

-Eh... -Ilaudino tragó saliva sin saber qué contestar.

-Ah, no, mi hijo -exclamó Soledad aparentando enojo-. ¡Eso sí que no! Ya me avisaron que Ernesto, tu hermano anda detrás de todas las polleras del pueblo..., pero no me contaron que vos también te creías el gallito paloma del lugar... Y ha de ser, porque si son hermanos...

-No... -tartamudeó Ilaudino-. Te decía nomás como que vos...

-Yo no te miré. Ni se me antojó mirarte, así que si creés eso, te equivocás.

El diálogo se interrumpió a causa de una gritería que provenía de los grupos de gente que eran atacadas por el toro candil.

Los altoparlantes ofrecían en medio de la música estentórea, dedicatorias de enamorados y la gran variedad de comidas propias de la fecha.

-Mbejú calentito, chicharó trenzado, payaguá mascada, chipá so'ó caliente que te quema por lo diente, mbusiá, butifarra y lambreado lo señore y señora, riquísimo chicharó trenzado, ryguazú cae y chipá so'ó -y anunciando los juegos que formaban parte del festejo-: paila jeheréi, cambuchí jejoká, pelota tatá y el infaltable ybyra syí.

-Y enseguida -continuaba gritando el animador-: la Palomita, la Golondrina y el Chopí que no puede faltar por la fiesta de San Juan.

Se detuvieron junto al Juda kai. Ilaudino cortado y confuso, sin saber cómo salir del embrollo que se hizo en la conversación. Por eso, cuando Soledad lo encaró de nuevo creyó que seguiría la andanada de palabras que la muchacha manejaba tan bien. Se sorprendió cuando ella le tomó las manos, suavizó la mirada y acercándolo, le dijo en un susurro:

-Claro que te estaba mirando, bobo, si desde que vinimos al pueblo estoy buscando la forma de llegar hasta vos y ese vyro chusco de tu hermano que cree que era a él que buscaba -se puso en puntas de pie y le dio un refilón de beso en los labios-. Ahora me voy junto a mamá que ya ha de estar preocupada. Me dijeron luego que te costaba entender las cosas -y salió corriendo hacia el gentío que se movía entre los puestos de comestibles y los juegos.

Antes, cuando el mundo estaba poblado de gigantes y los días se deslizaban entre tiempos siderales, el domingo comenzaba con el tempranero pregón de La Tribuna, que nacía al extinguirse del canto de los gallos que de uno a otro extremo de la ciudad anunciaban el nuevo amanecer.

Los niños, sin escuela ni compromisos urgentes, remoloneaban mientras sus padres leían el diario acompañándose del mate caliente que cebaba la mujer. Cerca de las siete, las madres dejaban sobre la hornalla la segunda o tercera pava con agua e iban a despertar a los niños, urgiéndoles a ir a misa o al catecismo. Durante el día, los hombres de la casa empleaban la mañana en reparar las enredaderas y jazmines que nunca faltaban en las casas o pintando puertas y ventanas.

Las comidas del domingo, siempre preparadas en casa, corría a cargo de las madres que a su vez habían recibido las recetas de sus madres, sin versión escrita que pudiera traducir algo tan sutil como una pizca de sal, algo de orégano y pimienta, unas gotas de aceite y ni poco ni mucho ajo.

Arnaldo echó una bocanada de humo. Estaba sentado en la pieza grande, frente a los pocillos del desayuno que todavía no retiró Petronila. Rolo se había internado en el patio, para jugar con sus hormigas. Eso lo mantiene ocupado, pensó Arnaldo. Pasó bien la vieja este invierno, y eso que tuvimos frío. Lelia está de seis meses. Lo peor ya pasó, porque le da mal el embarazo en los primeros tiempos...

Le hice notar que por las patas de la silla donde está sentada la abuela empiezan a subir ramas de la santarrita que ya le cubren parte de sus piernas. Le tapan los huesos, donde ya le comieron las hormigas... Van más lentas ahora que a Rolo se le dio por perseguirlas. Pero no creo que hayan parado un solo día de llegarse hasta la abuela...

Lelia y Petronila se pusieron a lavar los platos. Arnaldo tomó el diario y se dirigió al baño. Sólo cuando tomó la máquina de afeitar y vio su rostro enjabonado, quedó perplejo al observar los surcos incipientes de la frente que irían profundizándose con el tiempo hasta formar arrugas dolorosas alrededor de las cejas, bajando luego hacia los ojos y las mejillas marcadas por dos líneas que arrojan sombra sobre la comisura de sus labios, cuya expresión, le disgustó. Tenía un quiebre cínico y humillado.

Prendió un cigarrillo y volvió a encontrarse en domingo, un domingo apacible y sin altibajos.

-¡Arnaldo!

-¿Qué hay? -responde sobresaltado.

-¿Te quedaste dormido o que...? Ahora se nos va a hacer tarde para ir al cine.

-¿Dormí? ¿Qué hora o qué es?

-Cerca de las ocho y la película empieza a y media.

-Me visto enseguida.

-Ya vamos a llegar tarde ya otra vez...

Ya en el baño, Arnaldo vuelve a mirarse con desasosiego, pero es el de siempre. Se peina.

-Haceme el favor de limpiar el peine después de usar o si no tengo que ir sacando tu pelo que queda entre los dientes... Me parece que se te cae el cabello...

-Yo suelo limpiar. Además, la que tiene caspa sos vos...

-Hay, pobrecito... -se burla Lelia-. Apurate, ¿querés? Ya son las ocho y veinte.

-¿Y Rolo?

-Se va a quedar con Petronila porque tiene sueño.

Minutos después salen presurosos en dirección al cine de barrio que queda a dos cuadras de su casa. La primera película ya había comenzado.

-Te dije que era tarde -observó Lelia-, permiso..., permiso, por favor...

-Y qué querés que le haga. Me hubieras llamado antes... Andate más allá porque no veo nada de la cabeza ésta.

-Del fondo de la sala llega un silbido. Se sientan. Minutos después, Lelia cambia otra vez de sitio con su marido. Del fondo salen dos silbidos agudos.

-Hace calor -dice Arnaldo.

-Es porque llegamos recién, nomás.

-¡Shhh!

-Bueno, callate -susurra Arnaldo.

-¿Sabés a quién he visto esta tarde?

-¿A quién?

-No vas a adivinar nunca -hace una pausa y cuando se convence que Arnaldo es incapaz de adivinar, agrega-. A Pastora, la chica que vivía enfrente de nuestra casa..., ésa a la que venían a buscar a bocinazos... ¿Te acordás?

-Ah, sí, claro... ¿y qué te dijo?

-Se casó.

-Ah...

-Tienen una nenita de un año... amorosa.

-¿Estaba con ella?

-Sí.

-¡Shhh!

-Bueno, callate. Después me contás todo.

Una pareja se ubica frente a ellos.

-Yo no veo nada -dice Lelia moviendo la cabeza de un lado a otro, con inquietud-. Vení vos aquí, ¿querés?

-A la pucha... -dice Arnaldo, mudándose de lugar.

Del fondo de la sala se escucha una voz fuerte y desagradable que les grita:

-A ver si se sientan de una vez... ¡hijos de vidriero!...

¿Cómo llegamos a esto? O mejor ¿cómo llegué yo, a esto? Me lo repetí tantas veces y obtuve tantas respuestas en el transcurso de mi vida que al final casi se volvió un lugar común el preguntarme ¿cómo llegue a esto?

Es una pregunta capciosa, no es casual, suele surgir en oportunidades ingratas, al descubrir la consecuencia de nuestros propios actos, cuando se nos obliga a reconocer el presente como una puntada más en el delicado tapiz que vamos tejiendo cada día.

A mí se me desbarrancó la pregunta golpeándome con fuerza. Me tome la cabeza entre las manos y exclamé en voz alta, en una especie de grito profundo y desgarrador que se abrió paso en mis entrañas antes de deshacerme en un mar de lágrimas de increíble amargura y desesperación:

-Dios mío... ¡cómo llegamos a esto!

Fue cuando Irene ya no pudo levantarse más. Ella vivía en una ecuación insoluble donde todo fue sumando hasta llegar al momento anegadizo de no hacer otra cosa que permanecer tendida en la cama, con los ojos entornados, yendo cada vez más profundo hacia vaya uno a saber qué abismo de desolación.

Tal vez yo ofrecía un cuadro aún más patético viendo a Irene sumergirse en esa bruma desconocida. No sé. Sólo veía adherirse a su piel el dolor causado por las llagas horribles que se iban formando en sus muslos, en las nalgas, en la espalda. Era como un purgatorio de espanto donde ese cuerpo prefería permanecer calcinado en el fuego de su piel carcomida, sarmentosa y hedionda en vez de acabar con todo... Su cuerpo vivía el suplicio de su propia vida deshaciéndose en purulencias que envolvían a la habitación en la emanación fétida de sus necesidades primarias, sólo superada por el olor más espeso y rancio del horror.

No sé cuánto tiempo estuvimos así hasta que esa humillación de carne mancillada adquirió la beatitud que se apoderó de ella.

Una tarde, presa de desesperación al observar impotente su martirio, se me ocurrió quitarla al patio, ubicarla bajo a santarrita que estallaba en vivos colores luego de la lluvia de la tarde anterior. Esperaba que el frescor del patio le proporcionara algún sosiego..., en realidad no esperaba nada, perseguido como estaba desde días atrás de los alaridos desgarradores que escapaban de su garganta, más atroces aún a aquellos que no escuché cuando abría la boca ante mis ojos desorbitados y frente a ella yo con Anita colgando en mis brazos, la cabeza exánime y sus cabellos sucios de sangre y tierra de la calle. Grotesca, como una muñeca destrozada. Esa vez no escuché sus gritos. Ahora sí. Ésa loca y aguda repetición del dolor que no comprendía era más desesperante que la angustia consciente del tormento que no pudo soportar al vernos.

Se mantuvo expectante. Los alaridos cesaron y sus ojos abiertos y desorbitados, contemplaron fijamente una profundidad que vibraba a mis espaldas. Yo también quedé anonadado. Sentí que la tensión de sus tendones endurecidos se aflojaban y le invadía una extraña calma. Una misteriosa paz.

De pronto, viniendo de otros tiempos, de siglos atrás, con su antigua voz, dulce y cantarina, entonó la vieja cancioncilla que le gustaba tararear mientras realizaba los quehaceres de la casa:

para qué tantas flores...
si no son para mí...
esta niña de mi alma
que me muero por ti...

Irene permaneció sentada en la silla, tranquila, repitiendo una y otra vez el estribillo tonto de esa vieja canción y sentí que me iba adormeciendo. Acaso la calma de ese rostro plácido que escrutaba un nuevo horizonte fue la causa por la cual me dejé envolver también

en el claroscuro de la tarde que caía y dejé flotar a mi espíritu en las serenas aguas que después de tanto tiempo se acercaron a mis playas y sin darme cuenta, quedé dormido.

Al despertar era noche cerrada. La brisa que me acariciaba movía a su vez las hojas de la santarrita y entre las ramas de los mangos creaba un tenue leit motiv en homenaje al día que había expirado.

Irene mantenía los ojos abiertos entre las profundas ojeras que los enmarcaban, pero ya sin el espanto que anteriormente se reflejaba en ellos. Persistía a mi lado pero estaba lejos, fuera de mi alcance.

Reprimí un bostezo, era todo tan extraño. No comprendí esa metamorfosis que se desarrolló mientras dormía. Me sentí despreciable. Irene ya no estaba, pertenecía a un vacío real y casi tangible que brotaba de su mirada perdida y no sin sobresalto, descubrí que yo también empezaba a avanzar por el árido camino de la soledad.

Asomarme a su abismo me causó vértigo y se adueñó de mí un miedo atroz. Estaba solo, hundido en la profunda caverna llena de muchas cosas, yo era cada una de ellas.

¡Hace tanto tiempo de todo!

Se abrió con violencia el portón y el camión salió disparado dejando atrás los rostros impasibles que observaban el desplazamiento del vehículo a través de los largos corredores penumbrosos que bordeaban el pulcro sendero que conducía al portón.

Esas facciones impávidas resultaban desconcertantes y más semejaban máscaras que rostros humanos. Los cuerpos permanecían inmóviles, cubiertos con túnicas blancas que circundaban sin gracia sus figuras escuálidas. Y nada, en esa atmósfera pesada, cargada de humedad y olor a desperdicios, ofrecía un aspecto halagador para Rolo, que sentado en el camión, se iba dejando poseer de un extraño desasosiego.

Hubiera preferido no estar allí, en medio de esa desolación y ese aroma dulzón, como a olor de muerto, más desagradable que la hediondez de desechos de albañal o cualquier otra fetidez que conociera.

Cuando notó que el vehículo se movía, tuvo que echar a correr. Por un momento sintió, o al menos le pareció, que varias manos se extendían hacia él en un vago intento por detenerlo. Pero Rolo era ágil y mucho más rápido que esos espectros abúlicos clavados en su sitio donde al parecer estaban desde mucho tiempo atrás, a juzgar por los bolados renegridos de sus túnicas, que llegaban al suelo. Las baldosas eran más oscuras que las que se vislumbraba bajo ellas cuando la brisa agitaba la tela y dejaba ver el pequeño círculo que protegían.

Sin embargo, nada cambió y Rolo ya no estuvo seguro que hubieran intentado extender las manos hacia él para capturarlo. Fue sólo la ingrata sensación de no querer pensar en la posibilidad de seguir en ese sitio.

Alcanzó al camión unos metros antes que éste cruzara el portón de hierro que los separaba definitivamente de las figuras inmóviles.

Ni bien salieron, el portón se cerró. Rolo percibió como un suspiro resignado y rabioso detrás suyo. No volvió la vista y casi se sintió feliz.

-...pero si sólo eran figuras -se dijo-. Figuras ridículas con túnicas blancas. No me podían hacer nada -sin embargo, seguía retumbando en sus oídos la voz monocorde y gangosa que mientras estuvo dentro del patio resonaba en todos lados sin poder localizar su origen, repitiendo sus convocatorias a un cierto Fanel al que daba instrucciones.

-Fanel es el ángel -se dijo Rolo-, el que lleva a los muertos hacia el otro lado...

-Fanel..., Fanel -decía la voz sin inflexiones, lenta, implacable...

Ahora le toca a Eduardo: «Fanel..., Fanel...», fue entonces cuando Rolo comenzó a correr tras el camión que rodaba hacia la puerta.

Rolo va en la carrocería y observa el féretro. Negro, cerrado, que vibra con cada barquinazo del camión en los incontables baches del pavimento sobre el cual se desplaza a gran velocidad.

El chofer sigue insistiendo en que esa noche era peligrosa para el objeto que se ve obligado a transportar.

Enciende un cigarrillo y fuma nervioso, sin apartar los ojos del camino que se abre ante los faros del vehículo en una interminable avenida flanqueada de eucaliptos.

La gran velocidad hace que la vegetación, de altos troncos blancuzcos se enciendan y apaguen como en una anhelosa urgencia, en sentido contrario al del avance del camión.

-El cajón está bien tapado -dice Rolo.

-Tenemos que llegar antes de medianoche -exclama el chofer- no es para estar en la calle después de la medianoche.

El niño observa con atención cada movimiento de la caja, que se desgarran a los costados cuando roza las paredes de la carrocería del vehículo. Allí está metido, desde su muerte, el cuerpo de tío Eduardo.

-Es la noche de los difuntos -masculla el chofer-, es la noche de los difuntos -su voz suena quebrada por el miedo-. No teníamos luego que salir...

-Es que yo le prometí sacarle a pasear para que no se sienta tan solo en su nicho - exclamó Rolo-. Él me dijo que no se hallaba cuando estaba solo, entonces yo le prometí que le iba a sacar a pasear de vez en cuando, ¿sabés?

-Pero justo hoy... -se lamentó el chofer-. ¡Justo hoy!

La noche adquirió un tono lila, amoratado, que impresionó a Rolo por el aspecto desapacible de esa incandescencia transparente y fría.

Comentó con el chofer:

-Qué raro que está el color ahora, ¿verdad?

-Es que se acerca la hora de los difuntos -respondió el hombre apretando el acelerador- y falta mucho todavía para llegar al cementerio. Tu tío hace demasiado poco que se murió y ha de estar todavía en el cadáver... Hoy se va a despertar, seguro... Tenemos que llegar antes y meterle en su nicho otra vez... ¡justo hoy!

-No importa si se despierta -exclamó rolo-. No me va a hacer nada porque me quería, ¿sabés? Yo también le quería mucho a tío Eduardo.

-Eso no importa -respondió el hombre-, los muertos no se acuerdan de nada. ¿Vos no sabés que no tienen memoria? Todo es negro y oscuro en su cabeza..., ya no es más tu tío... ¡es un muerto! Hay que tenerle miedo, sobre todo en el día de los difuntos. Entonces sí que es peligroso...

-Me dijo que iba a estar muy triste si uno le enterraba y después nadie no le iba a sacar de vez en cuando... Así me dijo: de vez en cuando, sacame que a pasear...

-Yo siempre suelo trabajar así para hacer pasear a los parientes muertos -observó el chofer-, pero nunca este día...

Como el vehículo arrojaba una humareda espesa, a Rolo le resultaba imposible ver hacia atrás y la calle desaparecía tras el humo, que semejaba una cortina que ocultaba algo o como si nunca hubiera existido lo que quedaba atrás. No tenían otra opción sino la de seguir adelante en esa interminable avenida de eucaliptos pálidos, sin calles transversales, silenciosa y densa, llena de baches y por donde sólo circulaban ellos. Nadie más que ellos, los árboles altos de piel manchada y la avenida prolongada siempre en un nuevo horizonte similar al que se acababa de recorrer.

Un salto de la carrocería aflojó la soldadura de la tapa del ataúd, que comenzó a golpetear rítmico sobre el perímetro de la caja causando un martilleo que, leve al principio, se hacía más intenso con las constantes sacudidas.

-Se va a abrir -pensó Rolo-. ¡Se va a abrir! -gritó para que le escuchara el chofer.

-¡Ay, Dios mío... Dios mío...! -fue todo lo que éste atinó a responder mientras se santiguaba-. Estamos bien jodidos, entonces...

Inesperadamente la tapa cayó a un lado y dejó al descubierto el cuerpo del tío Eduardo envuelto en su mortaja blanca. El color del rostro macilento, amarillo verdoso, se iluminaba

en esporádicos destellos cuando caían sobre él los rayos lilas provenientes de algún lado. Conservaba la misma expresión del día del velorio, antes que soldaran los costados de la caja.

La tarde del entierro lo hicieron mirar por última vez al tío Eduardo, ya dentro del cajón, a través del vidrio de la escotilla que le deformaba el rostro y lo empequeñecía a causa de la ilusión creada por el cristal. Se le antojó que el tío Eduardo se iba ahogando en el humo causado por la soldadura que quedó flotando dentro del ataúd. Sintió que ahora aspiraba ese olor mezclado con el de las flores repulsivas y chamuscadas que quedaron dentro de la caja y que fluía hacia él, ahora que el féretro estaba de nuevo, abierto.

-Tiene algo que no tenía antes -pensó Rolo.

Era algo concreto que acongojaba, algo que no podía definir. Observó las facciones del muerto que volvía a estar en contacto con el aire. Le parecieron menos rígidas. El semblante estaba recubierto de una jalea pastosa que lo volvía repulsivo, pese a que al principio no quiso aceptarlo, porque sin duda eran las facciones del tío Eduardo, sólo que más viejas, con arrugas más profundas a las que recordaba el niño. En la comisura de los labios se había grabado un rictus cruel y en medio de la frente observó también un fruncimiento que nacía en los cabellos secos y grises y descendía casi vertical sobre la frente para desviarse luego hacia la ceja izquierda, sumando a la expresión del muerto un gesto duro y adusto que Rolo no recordaba.

Se asustó cuando creyó percibir en el rostro del cadáver un movimiento independiente al causado por el incesante traqueteo del camión.

-No se puede mover porque está muerto -se repitió en voz alta y luego dirigiéndose al chofer, agregó:- ¡Se abrió el cajón!

No escuchó ninguna respuesta. Tal vez ni la hubo. De golpe, el camión dobló velozmente una esquina, la primera que aparecía en el largo trayecto.

De los oídos y la nariz del tío Eduardo escaparon cuatro hilos de humo blanco que olían a jazmín. A jazmines podridos.

Esta vez fue notorio el movimiento de las comisuras de los labios que se torcieron hacia abajo en una mueca dolorosa.

-¡Se mueve! -gritó el niño.

-Te dije luego que era la hora -exclamó el chofer.

Se apoderó del aire una frialdad espesa y nauseabunda. Los labios del muerto se separaron con esfuerzo y abrió los ojos (acuosos y fríos) clavando en Rolo una primera mirada de estupor (¿queriendo ubicarse, recordar dónde estaba?) que enseguida cambió por otra maligna. Se sentó. El camión seguía corriendo. Las facciones de Eduardo conjugaron

la misma expresión de odio que transmitían sus ojos (vítreos). Lanzó un grito ronco, de animal (pero más horrendo) y sus dedos huesudos se apoyaron en los bordes del cajón.

Abrió la boca (desmesuradamente abierta) y arrojó el humo que sobraba en sus pulmones. Rolo aulló de espanto.

El muerto introdujo sus dedos en la boca y estiró dos dientes que se desprendieron sin dificultad. La encía sangró un líquido viscoso que se deslizó desde los labios hasta el sudario ensuciándolo con una mancha repelente. Estiró otro diente y de nuevo fluyó de las encías el mismo líquido. Sus ojos, inyectados en sangre, no se apartaban del niño.

-¡Se levanta! -gritó Rolo-. ¡Se levanta!

Aparecieron las verjas del cementerio y los cipreses de su entrada en el mismo momento en que Eduardo tendía hacia Rolo dos manos apergaminadas, llenas de grietas y cuya piel, reseca por el tiempo del encierro, colgaba en pingajos en los nudillos de los dedos, transparentando los huesos. Que la sostenían. Rolo retrocedió diciendo:

-Soy yo, tío Eduardo, soy yo -pero se dio cuenta que era tarde.

La garganta del muerto emitió otro bramido. Rolo quiso empujarlo pero al hacerlo sus dedos se hundieron en el vientre flácido del cadáver y allí quedaron aprisionadas sus manos, pese a los esfuerzos que hacía para liberarse.

Cientos de gusanos comenzaron a reptar por sus brazos. El muerto abrió la boca para tragarlo.

Nos fuimos creando como dioses
Nos fuimos creando

Dioses enardecidos de sí mismos
Dueños de lo eterno y lo profano
Nos fuimos creando

Arcilla informe
Que aprendió a cruzar el cosmos
De infinitos siderales

Como dioses

Perennes en el sueño y la vigilia
Por la furia del amor unidos

Como dioses

Abismos de soledad
Enigma de dos mundos

Convertimos
El tiempo prestado que tuvimos
En santuario del instante peregrino

Nosotros
Al irnos creando el uno al otro

Como dioses.

-Casola es un autor que me fascina -exclamó Elvira, dirigiéndose a Eduardo luego de leer en voz alta el poema-, dice tantas cosas..., es como si me estuviera hablando a mí. Lo siento...

-Romántico del siglo pasado -manifestó Eduardo con cierto aire petulante que no pasó desapercibido para Elvira.

-De todos modos, lo que dice me llega al corazón -lo miró de soslayo y sonriendo, agregó-: me parece que le tenés celos, ¿eh, mi amor?

-¿Celos? -Eduardo dejó La Tribuna que estaba leyendo y la miró directamente a los ojos-. ¿De un poeta?... ¡Alabado sea el Santísimo!... Por favor, Elvira. La poesía es buena, sin duda, para emocionar a algunas damas enamoradas..., y medio románticas... Pero ¡te aseguro que no tengo celos de ese poeta!...

El otro día encontré el viejo libro de poesías con los que Elvira solía entretenerse leyendo cuando se sentía triste. Algunos poemas son emotivos, sin duda. El autor habrá sido muy joven cuando los escribió, porque los desgarres que se observan en alguno de ellos sólo se padecen en la juventud, por ejemplo, es inimaginable que alguien con más de veinte años escriba:

Amar es comenzar un nuevo día
Con el alba rompiendo sin saber
Qué penas, qué sueños, qué alegría
El tiempo no puede ya prever.

Amar es un poema presentido
El acaso de un sueño al despertar
Es canto mudo aún dormido
Es un amplio horizonte sin trillar.

Amar es presagio de la vida
Destino oculto a develar
Un hito, un punto de partida
Un velero haciéndose a la mar.

Amar es un juego de dos almas
Incompletas, ansiosas por volar

Sin que importen ni el viento ni la calma
Donde todo está por comenzar.

Poco antes de separarnos, Elvira me escribió una dedicatoria en el librito, algo ajado ya por el uso que ella le daba. Para ser sincero, a mí, Casola, siempre me pareció de lo más cursi. Fechó, firmó y me lo regaló.

Tu cuerpo,
Esa extraña dimensión del tiempo
Ese ansia, esa vida,
Esa agreste orografía de anhelo y de dolor,
Límite y santuario,
Mítica galaxia,
Unidad de espacio y tiempo.

Tu cuerpo:
Esa obsesión de cada día.

Pensaba Lelia:

Dormir siempre me pareció obsceno, como si te estuvieran acariciando y de repente se abre la puerta y entra alguien y te ve..., no sé, siempre sentí esa sensación extraña al despertarme, como si hubiera estado haciendo algo impúdico y me pillaran, indefensa y desnuda...

De cualquier manera, me parece una falta de decencia eso de dormir y después despertarse en la cama, pegajosa, sudada, abrir los ojos y ver el techo, casi siempre con el hombre todavía durmiendo a tu lado y unidos en esa promiscuidad que dan las sábanas.

Ya sé que parece medio raro, pero yo siento así. Ha de ser por eso que me choca leer en la calle «Dormitorio» o «Pensión» o bien «Hospedaje», porque está mal eso de exhibir así, tan abiertamente, esa debilidad blanduzca e íntima... Todo el mundo sabe que más tarde o más temprano tenemos que acostarnos a dormir...

Cuando despierto suelo quedarme quieta para escuchar a mi alrededor esos ruidos que nunca faltan en una casa.

Arnaldo duerme su sueño apacible, soñando vaya una a saber con qué, sin conciencia, tendido allí, muchas veces sin que la sábana lo cubra del todo... siento ganas de levantarme pero permanezco tendida a su lado observándolo de manera despiadada. Escucho su respiración y miro su cuerpo semidesnudo, expuesto, inerme ante mi curiosidad.

Me desasosiego y pienso: yo también estuve así hace un rato. Pero ya no puedo conciliar el sueño, sobre todo si es medio cerca del amanecer y la claridad comienza a filtrarse entre los pliegues de la cortina mal cerrada.

Le observo mover los labios en un ronquido silencioso. A veces lo tapo, otras no. Me pongo a pensar acerca de esta hora de la madrugada... ¡cuánta gente estará durmiendo, igual que él...! A pata suelta, como se dice.

A veces se pega por mí... y yo me acerco más a él. Otras veces lo aparto... Es más rutina que deseo de llegar a algo... y, sin embargo, cuando recién nos conocimos, el contacto con su cuerpo significaba algo especial para mí. Necesitaba estar con él..., estar juntos, besarnos y acariciarnos como desesperados para terminar haciendo el amor en cuantas formas imaginables se nos ocurría..., que vamos a probar así..., que nunca todavía no hicimos así, en una constante carrera por alcanzarnos mutuamente, sudados, ansiosos, olvidados de todo lo que no fuera ese momento, esa lucha por alcanzar el placer que al venir revienta agitándonos en los postreros instantes del desahogo final, con la inercia voluptuosa que de a poco se sosiega para convertirse en una ternura plácida, con la respiración todavía agitada, después de dominar el grito que a veces quiere escapar de mis labios. Él lo acallaba siempre con un último beso, goloso, girando luego hacia su lado de la cama, exhaustos antes de comenzar a acariciar su pecho que subía y bajaba, recobrando el ritmo de su respiración.

Conversábamos después. De cualquier cosa: de la experiencia reciente, de nuestras amistades, de lo que hacían, de cualquier cosa hasta que el sueño se apoderaba de nosotros sin dejarse sentir.

Los años transformaron esos primeros meses de pasión en una relación más tranquila. Mi embarazo de Rolito nos volvió maduros... Cuando ya estaba grande, tan grande que apenas podía moverme, él me tomaba con delicadeza, cuidando de no lastimarme y hacía concesiones porque yo no sentía nada, pero me gustaba saberlo satisfecho. Soy una egoísta..., yo le decía que no, que me hacía feliz saber que me deseaba a pesar de mi panza y lo fea que estaba. Él me decía que me veía más linda. A una le gustan esos pequeños piropos de alcoba que empiezan a escasear con el tiempo.

De todos modos, el solo hecho de estar acostada y si es verano sí que sudada, me resulta molesto y se me da por analizar cómo duerme Arnaldo, ni que fuera un espécimen de laboratorio y yo la científica tratando de descubrir en ese cuerpo que duerme a mi lado, la razón y el secreto de lo que se llamar amor...

No tenía que haberme embarazado de nuevo..., al fin de cuentas, nuestra situación económica deja mucho que desear... Rolito en la escuela cada día con más gastos. A veces me da la impresión de que Arnaldo ni se da cuenta de lo mal que andamos y cree que la poca plata de su sueldo puede alcanzar para comer, vestarnos y a veces ir al cine o a comer un asadito.

Para mí que no se da cuenta. Él cree que le van a salir esos negocios medio raros que anda tramando no sé con quién, pero lo cierto es que hasta ahora todos sus negocios fueron pistola..., y si no fuera por el tío Eduardo, estaríamos todavía en ese pagüiche lleno de cucarachas de donde fue a sacarnos el pobre viejo..., el pobre viejo y la pobre vieja, y mis pobres viejos que no sé cuánto hace que no los veo... Han de estar siempre sentados uno frente al otro, conversando, sin preocuparse por nada, porque no les importa nada. Ni una vez vinieron a visitarnos. Ni cuando nació Rolito.

-¿Y a qué hora comen o duermen tus viejos? -preguntó Arnaldo en susurros, caminando detrás de Lelia.

-No sé... -respondió la chica, también en susurros y tomándole de la mano para guiar a Arnaldo a lo largo del pasillo- no hagas ruido ¡carajo! -musitó Lelia cuando Arnaldo tropezó con una baldosa que sobresalía del piso.

-Bueno -dijo Arnaldo-, pero alguna vez tienen que moverse de donde están, supongo...

-Se han de mover, me imagino -respondió Lelia con tono malhumorado-, pero no sé cuándo. Y no sé por qué te ha de importar eso...

-A mí no me importa -respondió Arnaldo conciliador-, es una rareza nomás...

Me molestan los ruidos que hace Arnaldo antes de dormir.

Conozco cada uno de sus movimientos. Es un ritual sin variantes... Se sienta sobre el larguero de su lado, se quita los zapatos y las medias, que deja bajo la cama. A veces encima de las otras que no retiré todavía, y hasta suele tener el tupé de decirme que se están quedando duras y van a caminar solas, como si yo no tuviera otra cosa que hacer sino arreglar su desorden.

Dobla una punta del libro que está leyendo (siempre está leyendo algún libro), lo coloca sobre la mesita de luz, se quita los lentes que coloca bajo la cama. Nunca se me ocurrió preguntarle por qué no los guarda en el cajón de la mesita, pero seguro que ha de tener una explicación (él siempre tiene una explicación para todo) y luego apaga el velador.

Cuando lo veo al tío Eduardo, tumbado sobre el catre donde se acuesta de siesta me dan ganas de irme lejos de su cuarto caliente, lleno de ese olor áspero y asfixiante que tiene la humedad absorbida por sus papeles y diarios viejos y el baúl medio destartado donde guarda, no sé para qué, unos trapos hediondos que podía haber regalado cuando todavía se podían considerar como ropa y ser útiles a alguien, hace quince años atrás.

Si despierto sobresaltada antes de amanecer, sola en medio de la noche, rodeada de tanta gente durmiendo me pregunto cuál habrá sido la causa de mi sobresalto. Por lo general el susto pasa pronto y si fue una pesadilla, no la recuerdo -nunca recuerdo mis sueños-, y Arnaldo se ríe de mí diciendo que soy demasiado materialista y no dejo un resquicio para la imaginación, a la ilusión, pero no es eso ¡cuántas ilusiones fui dejando por el camino!

Y pensar que hay personas que cuentan los sueños de una semana o un mes atrás. Supongo que modificando algo, pero cuando se encuentran dos soñadores y comienzan a intercambiar opiniones acerca de sus aventuras nocturnas, como si fuesen acontecimientos ocurridos en la realidad, permanezco fascinada escuchándoles abrir paréntesis y conjeturas acerca de sus perplejidades ante la narración de las deshilvanadas historias de sus sueños.

Pero desde mi punto de vista, dormir no constituye una aventura atractiva.

Ya de criatura a veces hasta me daba miedo ir a la cama. Me sentía ansiosa si mamá o papá no se quedaban a mi lado. Antes que cayeran en ese hábito de conversar, claro. Solía abrazar mi almohada y comenzaba a sudar, hasta en invierno. Ese hábito hizo que muy pronto mi almohada y toda la cama despidieran un olor a sudor, acre y punzante que a veces recuerdo con desagrado y hasta con temor.

Dormir es un cuerpo indefenso tendido en una cama, casi siempre semidesnudo y mostrando, sin saber, su frágil estructura. Es un odio aquietado, como un muerto. Sólo permanece la figura conocida.

No sé..., me choca tanto ver a tío Eduardo cuando duerme, porque existe algo impúdico en su actitud y no porque duerma en calzoncillos. De niña y de jovencita tenía otra imagen de él. No era este anciano indiferente a todo, reconcentrado, queriendo hacer creer que desea morir. Falso. Me di cuenta hace tiempo del miedo terrible que siente hacia la muerte. Cuando más destaca el hecho de estar harto de la vida, de su enfermedad, comprendo lo que quiere decir. Está aterrorizado, consciente de estar ya muerto...

Todos lo estamos, en realidad, pero nadie cree demasiado en ello. El caso de tío Eduardo es diferente: su edad, el cáncer, sus dolores tremendos. Vive envuelto en un horror indescriptible..., no ha de ser fácil vivir con la pregunta ¿hoy? ¿mañana?

Hace un mes que no sale más a sentarse con la abuela, bajo la santarrita que ahora cuelga por todos lados. Parece una planta mendiga y harapienta, en vez de ser verde, lozana y floreciente como la recuerdo de mi infancia cuando solíamos venir a visitar a los tíos Irene y Eduardo en aquellos domingos luminosos de sol cuando mamá no tenía ganas de quedarse en casa y con entusiasmo nos preparábamos para la visita a los tíos, donde siempre había cocido con leche, galleta kokito y manteca.

Entonces era diferente.

Caminábamos desde casa hasta la de los tíos y cada vez la calle constituía una aventura nueva, inédita, ya fuese en verano o en invierno. Aun en aquellas tardes nubladas, grises y frías de julio, cargadas de nubes y presagios y desenvolviéndose en una quejumbrosa tristeza que sólo muchos años después, siendo ya mujer, pude identificar con el aspecto más delicado de la melancolía.

Pero entonces, cuando realmente transitaba a través de aquellas tardes, desconocía esta palabra y las sensaciones se deslizaban a mi lado como las casas y las calles.

¿Cómo iba a comprender entonces la fragilidad de esos días?

¡Si cada uno de ellos era una eternidad abierta entre dos noches!

Arnaldo también duerme en calzoncillos, sólo que siendo más joven que tío Eduardo y mi marido, me resulta por eso menos chocante, supongo.

Mirando bien, nada ha cambiado. La casa es la misma, amplia y despintada, alta y con telarañas en los tirantes y en las esquinas del techo donde se ve el maderamen a causa del cielorraso desprendido que, por lo visto, no va a ser reparado.

Y para mí, este barrio es de éstos que nunca se modifican. Desde mi infancia hasta hoy, si se construyeron dos casas nuevas, es mucho. El mismo empedrado, las mismas veredas de piedra loza, la mayor parte de ellas rotas y gastadas, horadadas por la lluvia que las habrá ido carcomiendo de a poco, digo yo.

El vecindario sí, se renovó algo, aunque no demasiado. Doña Raquel sigue yendo al mercado y se queda a conversar conmigo o con cualquier conocida que encuentra en su camino. Siempre tiene alguna historia inocente que contar en su mal castellano. No es maliciosa. Es una judía dicharachera y jovial, de carácter diferente al su marido, parco de palabras y adusto, pero buena gente, también.

Doña Elisa, en cambio, es la que sabe todos los chismes del vecindario. Todas las historias sabrosas del barrio: de las sirvientas y de las señoritas, de las damas y de las verduleras, de los señores y del zapatero y el área de sus conocimientos no se reduce a la manzana. Sabe muchas cosas ocurridas a cinco o diez cuadras a la redonda, aunque raras veces sale de su casa.

La recuerdo desde que era pequeña. Ella apoyada en su muralla y alguna otra mujer en la vereda intercambiando secretos.

Nada cambió demasiado y sin embargo, todo es diferente. Yo soy una mujer casada, con un hijo a punto de terminar la escuela primaria y mi segundo embarazo a cuestas, sin mayores dificultades y hasta menos molesto que el de Rolito, que me hacía vomitar todo el día.

Ahora no. La criatura se mueve un poquito y me despierta a veces durante la noche, pero fuera de eso, estoy bien. A lo mejor esta intolerancia mía hacia el pobre tío Eduardo no es sino consecuencia de mi estado y me va a pasar cuando llegue la cigüeña..., pobre viejo, también. Si gracias a él nos salimos de esa cobacha llena de bichos donde estábamos...

Soy una desagradecida, ¡caramba! Si es su casa, al fin de cuentas, y si quiere dormir en pelotas, ¡por qué no va a hacerlo también, si se le antoja!

Estaban en el barcito habitual, limpio y discreto donde se reunían para conversar cuando deseaban estar juntos y sentirse uno al lado del otro. Sentirse, nada más.

Volvimos a vernos con Elvira en diciembre, tres meses después de decidir separarnos. Por fin de año, le dije...

Hablamos por teléfono, salimos juntos, conversamos y, por último, hicimos el amor, convencidos ambos del error que ello significaba a esta altura de nuestras relaciones, pero sin la fuerza necesaria para resistir la tentación de volver a unir nuestros cuerpos que desde casi dos años atrás venían compartiendo el idioma de la piel.

Levantó hacia mí esas facciones cadavéricas, distendiendo los labios en una sonrisa de reconocimiento. Exhibió sus dientes, largos, blancos, desnudos hasta las raíces en la cara descarnada que mantenía fija en mí sus ojos de mirada horrorosa, para luego volverse hacia la cuna en la que sumergió las manos huesudas, rebuscando entre las cobijas que protegían su tesoro y extrajo de ese lecho frío, la pequeña almohada de nuestra hija, recubierta torpemente con el vestido de su último cumpleaños que yo había escondido en el fondo del ropero.

Y ese atado de algodón y funda acurrucó en sus brazos, desentendiéndose de mí, para volver a canturrear la canción de cuna

Niños vienen, niños van,

Rápidos sus pasos dan

Marchando van

En hileras

Con sus caras placenteras..., trala la..., tralalá, tra la la la lá...

De a poco Irene resurgió lentamente de ese letargo y sus labios volvieron a ser labios, sus mejillas, mejillas, sus ojos dejaron de ser cavernas de un esqueleto como se me figuró al verla al trasluz de una luz imaginada, para convertirse en otra oquedad que al contemplar me causó una punzada dolorosa, pues en su mirada perdida pude intuir la sima de su recién adquirida soledad, ese vasto campo sin árboles ni pájaros, ese desierto de abrojos y espinas por donde iría a transitar un camino cada vez más apartado a la isla donde yo permanecía anclado a causa de la cordura que me permite soportar el dolor, convivir con el miedo, aferrarme al segundo horror que sostiene al hombre sin permitirle sucumbir.

La cuna hamaca terminó su función.

La pequeña almohada vestida de cumpleaños no era sino una grotesca caricatura a los pies de esa mujer que ante mis ojos sufrió la metamorfosis que la transformó en una bolsa de huesos y pellejo.

La miré perplejo, profundamente, en un afán no sé si altruista o mezquino por querer traspasar la barrera de sus ojos, con lo que yo también me perdería en ese universo de olvido.

Estiré una silla porque me sentía exhausto y quedé largo tiempo concentrado en la contemplación de esa mujer que la noche había convertido en sombra.

Tal vez quedé dormido, consolado por ese olvido que nos es permitido, pues un arrullo suave me hizo concentrar de nuevo la atención en el bulto casi invisible de frente a mí, del cual provenía la tonadilla absurda, sin misericordia, con la que Irene cruzó el ancho río del dolor.

De la rama una rosa
De la rosa un clavel
Del clavel una niña
Que se llama Isabel...
¿Para qué tantas flores
si no son para mí...?
esta niña de mi alma
que me muero por ti...

Para Rolo, el embarazo de Lelia constituyó un contratiempo molesto. Se sintió desplazado, víctima del mal humor de la mujer que día y noche vomitaba.

Sin embargo, la única evidencia de que estaba el otro eran los plagueos de mamá, el agua del inodoro tras recibir el desayuno, el almuerzo o la cena y las quejas constantes que no entendía del todo pero de las cuales el culpable era ese hermano nuevo.

Comenzó a tenerle rabia, a matar más hormigas y a tomar más prisioneras.

A veces las soltaba en el patio y prendía un fósforo para quemarlas de a una y disfrutaba al verlas achicharrarse.

Después de desocupar las celdas, iniciaba la persecución de nuevas víctimas para encerrarlas en ellas. Otras veces, se entretenía siguiendo el sendero de los insectos y les derramaba agua hervida desde una pava, creando un arroyuelo lleno de cadáveres.

Una tarde encontró un pedazo de carne con ciento de hormigas prendidas a él y tratando de llevar el alimento a sus cavernas. Las roció con alcohol de quemar y les prendió fuego lo que las convirtió en una breve tea de llamas azules hacia arriba y roja en la base, que se consumía velozmente hasta acabar transformadas en pequeñas carbonillas y antorchas crujientes sobre el pedazo de carne quemada.

Después de hacerlo se sentía más tranquilo. Las cárceles repletas, con prisioneros que soportaban una vida de tormentos, de luchas sin sentido, obligadas a desplazarse sobre los cuerpos sin vida de sus compañeras.

Fue la peor época, porque nadie se sentía seguro y entrar a las prisiones significaba la muerte.

Nadie pudo huir jamás de las botellas y los pocos liberados morían horas después a causa de las terribles torturas del verdugo.

La crueldad del monstruo, lejos de aplacarse, volvía día a día a las persecuciones, destruía las viviendas, asesinaba inocentes. Un terror sordo y paralizante se apoderó de la ciudad subterránea. Eran días de espanto ante el horror de ocupar las celdas o caer víctimas del fuego o el agua hervida. La miseria brotaba como los hongos blancos en el patio.

Pero antes de los primeros fríos, comprendieron que las escasas provisiones serían insuficientes para conservar viva a la comunidad y decidieron salir en grupos dispersos y numerosos, en el afán de eludir la vigilancia que se había vuelto implacable y aun a riesgo de caer fulminadas en el intento.

Enfrentaron el terreno de la guerra que se había convertido en una pesadilla de cuerpos destrozados y escombros entre las viejas construcciones. Tan grande era el espanto que las más sensibles debían apartar la vista y concentrarse en su misión de huir y acarrear, sin concederse la menor distracción hacia ese espanto inexplicable del cual habían caído víctimas y cuya causa les era desconocida. Pero las incursiones fueron fructíferas. Lograrían sobrevivir.

Sólo más tarde descubrieron que la facilidad del triunfo sólo presagiaba el desastre definitivo cuando éste se abrió ante sus ojos y se les hizo evidente la última maldad que tomaba cuerpo en el propio alimento envenenado.

El invierno llegó sin piedad, con aullidos del este y llovizna. Adornado de harapos, hambre, nubes oscuras, ojos negros y cuerpos ateridos.

En la calle permanecían dando vueltas las hojas secas y la casa adquirió su aspecto de mayor melancolía del año.

Las lágrimas de la abuela, que lloraba constantemente, se congelaban en sus pupilas y a la luz de los rayos de un sol desleído, apenas tibio, volvieron su mundo un caleidoscopio de figuras deformes.

Las pocas hormigas que lograron huir se perdieron en laberintos de cavernas cada vez más profundas. Lo dejaron todo. Los prisioneros, olvidados en las botellas, terminaron por congelarse y el patio volvió a ser un campo yermo y desolado donde gemía el viento entre las ramas desnudas y el cuerpo de la abuela, que tiritaba sin cesar.

De súbito, me veo acompañado de una larga hilera de figuras silenciosas. Camino por un sendero sombrío sobre el cual casi flotamos ingravidos, con el suave deslizar de los pies sobre el colchón de gramilla que nos sirve de ondulante alfombra de pelos vibrátiles y nos empuja hacia el farallón que levanta su figura enhiesta y tenebrosa al fondo del paisaje.

Me distraía observando a mi alrededor sin detener mi avance. No podía hacerlo, movido por esa correa sin fin, dócil, anhelando poder asir con la memoria todo el amplio escenario nebuloso de matices inveterados que iban de uno a otro lado, de arriba para abajo y de izquierda a derecha, ejercitando esa silenciosa danza de crepúsculos instantáneos y resplandores blancos que estallaban de repente entre la densa niebla que envolvía a la torre cada vez más cercana y medrosa.

El silencio es aún más compacto que la oscuridad. No tiene resquebrajaduras. Conformar una suerte de pared invisible que limita nuestros pasos en medio del desierto opresivo de alrededor. Me causó la impresión de no estar envuelto en un solo silencio sino en medio de algún inexplicable aquelarre formado de ruidos dispares y vesánicos, tan ensordecedores y

agónicos que al mezclarse en quién sabe qué armonía de contrapuntos y cacofonías, daba origen en el aire a esa densidad arcaica que lo envolvía todo en una ominosa sensación húmeda y pringosa aferrado a nuestras formas a medida que transitamos grabando en el suelo la huella de nuestras pisadas, que enseguida desaparecían bajo las huellas de los pies que venían detrás de cada uno de nosotros.

La fila semeja un ondulante gusano en lenta procesión por la cuesta que bordea el farallón que ya se imponía por su alta mole vertical, lisa, sin grietas ni salientes. Se me antojó artificial, de superficie demasiado suave para haber sido obra del viento que nos envuelve sin reposo. Demasiado perfecto para ser el producto de la naturaleza.

Me sobresalté ante la evidencia de que ese cuerpo y ese sendero estaban marcado por el afán de perfección que sólo puede nacer del hombre. Ésta era su creación originada al principio de los tiempos.

Apoyé con respeto la palma de mi mano izquierda contra la superficie tersa de la pared y la sentí fría, sudada recubierta de pequeñas gotas de humedad que se adhirieron a la palma de mi mano, creando en mí la desagradable sensación de acariciar la exudación de un cadáver reciente. La aparté con rapidez y vi que varias sombras hacían lo mismo.

Algo debe haber en la cima, me dije, volviendo la cabeza hacia atrás para contemplar una vez más el paisaje de pesadilla que se flanquea la mole. Estaba ya a media altura y las nubes espesas tropezaban y se deshacían contra nuestros rostros. Los resplandores nos cruzaban en continuos latigazos de luz que causaban una ceguera breve pero intensa al transformar las sombras en brillantes teas tragadas de inmediato por la oscuridad.

Me recordaron la vieja hornalla en la que cocinaba Irene, cuando éramos jóvenes. Soplaba y apuraba el fuego con la pantalla deshilachada y sin mango, con las puntas de sus crines medio quemadas y con las que empujaba y repartía los carbones más ardientes y rojos hacia los costados. Al soplar en la boca de la hornalla, el fuego cobraba vida y las pavesas centelleantes escapaban por todos lados, como luces de artificio, con un crujido breve y amenazador que arrancaba carcajadas de Irene y Anita, que a veces salía corriendo, presa de un falso susto al ver cómo las cenizas encendidas la perseguían.

Cuarenta muertos

Y nosotros huyendo, cobardes y aterrorizados tras la masacre. Ateridos de horror ante la visión de esos cuerpos tendidos en la ribera. Cuerpos..., cuerpos y sangre sobre la arena blanca, coágulos hediondos calcinados bajo el sol del mediodía.

Y nosotros, huyendo.

Cuarenta muertos quedaron en la playa luego que los soldados del gobierno encontraron al grupo de Gavilán acampado cerca del Jejuí Guazú. Él supuso una traición de los guardias que custodiaban los accesos de la selva hacia el ribazo donde después de encender la hoguera, se entregaron al descanso.

Llevaban una semana de marcha forzada entre el bosque y el pantano que formaba el río Salado, entre la enmarañada vegetación y las selvas de lianas, el camalotal, la extensa sabana húmeda y peligrosa, las antiguas picadas llenas de mariposas multicolores e infectadas de los mbarigüí que no daban reposo a los intrusos que atravesaban esa selva casi virgen en su eternidad de verde y marrón.

El próximo asalto podría definir la lucha, que en su etapa final ya llevaba un año. Asunción quedaba sólo a dos jornadas de marcha. Lo peor ya se había hecho.

Desde la remota compañía de San Pedro donde pasó su infancia y su juventud, Gavilán estaba ahora al frente de un cuerpo de seiscientos veteranos fieles y bien armados, dispuestos a entrar en la capital y derrocar al régimen de horrores que suponían agonizante.

Cuarenta muertos.

El río continuaba sin interrumpir el gorgoteo de su paso en medio de la umbría vegetación de sus márgenes que descendían en una espesa inclinación vegetal como saludando a los guerreros que avanzaban en medio de esa desolación poblada de vida.

Pero aguas arriba, sobre la playa arenosa del Jejuí Guazú, caldeada por el sol, los cuarenta cadáveres insepultos se pudrían en su anónima humanidad de cuerpos mutilados (¿por qué tuvieron que hacerlo?). ¿Por qué ese ensañamiento? ¿Qué ganaron con eso? ¿No era suficiente matar?

La revolución había alcanzado casi la puerta de la victoria y ahora retrocedía para hundirse de nuevo en la selva de donde había salido. ¿Y los otros grupos? ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Y en Asunción? ¿Qué habrá ocurrido en Asunción?

¿Qué irá a suceder ahora?

Y la pregunta principal ¿por qué luchamos como... qué? ¿Como bestias cebadas en sangre humana? ¿Como enajenados? Para conseguir ¿qué? ¿El poder? ¿Cuánto tiempo se puede sostener el poder sin volver a utilizar los mismos métodos contra los enemigos? ¿No hay indulgencias?

Enfrente está el horror, aún más espantoso que la muerte brutal, aún más terrible que las imágenes del pasado con las que a veces uno tropieza dentro de su memoria. El horror está delante, peor a cualquier otro miedo, no importa cual. El horror está en dar el siguiente paso, oír la frase siguiente, ver el próximo rostro, acabar al siguiente enemigo. Lo que está después de todo, eso es el horror... El seguir viviendo.

Los cuarenta cuerpos ya no cuentan. Para ellos acabó todo. En cambio, a nosotros se nos abren las alternativas de nuevos días hasta sucumbir en algún paraje del bosque o junto a un arroyo, o en un rancho donde la traición de un compañero o el valor de un soldado enemigo nos alcance, y al exhalar el suspiro postrer, estoy seguro que todo carece de importancia. Hasta uno mismo y su ideal, sus sueños o su codicia...

Lelia:

La conciencia del dolor es una constante reiteración de la marca primeriza, la señal inicial que es el premio y el castigo de nuestra especie, la diferencia que nos distanció de los demás, el estigma de Caín.

Te habrás dado cuenta, Lelia, que nos movemos de un lado para otro, siempre en el océano sin playas de dolor. Te hablo del sufrimiento espiritual. Sólo el ser humano puede sentirlo ¿te das cuenta?

Cuanto nos afecta a lo largo de la vida vibra con las ondulaciones provenientes del sufrir, de la angustia y la desilusión. Hasta el amor, aun el más apasionado sólo conduce al dolor. El acto mismo del amor: ¿no es acaso otra expresión engañosa y sutil de ese farsante de mil rostros, una trampa abierta entre quienes en ese instante se consideran transportados a otros mundos de felicidad, de comunión absoluta? Como si fuesen dignos, por gracia de ese acto, de acercarse a lo sublime...

¿Qué es, Lelia, ese incesante ir y venir, esa búsqueda desesperada de algo que nunca terminamos de encontrar sino la fuga hacia algún puerto o playa donde descansar de la inacabable consecución del dolor, esa llaga permanente que hace de nosotros los representantes... o debería decir, los orgullosos representantes de la especie?

¡Qué sandez, Lelia!

¿Te podés imaginar a la humanidad sin dolores? ¿Qué sería de ella?

En primer lugar, dejaría de ser la que conocemos ahora. Si nos quitan el sufrimiento, si se nos libera de la alternativa del dolor, ¿qué nos sobra? Nada. Nos sería imposible soportar una permanencia vacía y sin sentido, sin justificaciones, pues has de observar, Lelia querida, que nuestra única explicación es el dolor. La conciencia del dolor. Su persistencia. Sin él, no tendríamos nada con qué agotar el tedio a que se vería reducida nuestra existencia. Es el motivador de nuestras acciones. Sin el dolor, careceríamos de motivos para seguir adelante y nos reduciríamos a ser otra especie de animales, sujeta a sus necesidades físicas, pero ignorantes del sentido del dolor como fuerza motivadora...

Y ¿a qué viene todo esto? Te has de estar diciendo..., te lo digo: me llegó esta captación de golpe..., no sonrías, querida mía, te estoy viendo con esa sonrisa torcida y escéptica tan tuya... ¿Creés que no te conozco?

Seguramente soy una de las pocas personas que te conocen bien, lo que se dice bien, y aunque no quieras reconocerlo, en el fondo sabés que es así... bueno.

¿Por qué no respondés a mis cartas, Lelia? A veces me lleno de incertidumbre, preguntándome si las recibís, al menos, si las lees..., si han significado algo para vos... y tu silencio se vuelve un nudo casi insoportable de indiferencia y soledad.

De dolor que no puedo compartir ni amortiguar.

Pero ya ves, cómo siempre me aparto del tema. Divago. Es tan difícil escribir, hablar con alguien que es casi un fantasma... ¡ay, Lelia! ¿por qué evitás contestarme?

Te diré algo: vino de golpe, como una especie de conciencia.

Estaba sentada en el departamento después de volver de la oficina y sostenía en la mano el whisky con soda que me había preparado... entre paréntesis, ¿conocés ese poema dedicado al trago? Te lo transcribo porque te va a gustar.

Del whisky, es ámbar su color
Ámbar, me decías
Y recuerdo sin rubor
Tu mirada, cuando lo hacías.

En el ámbar se combinan
Soda, whisky y hielo
Anuncio de tu amor, el cielo
Que ni el tiempo ni el olvido, minan.

Tiempo que se ha ido
Elevo mi vaso de whisky, hielo y soda
Tiempo que se fue
Brindo por lo que aún la vida me dé.

Y ante el cáliz sacramental conjuro
Con resplandeciente loa
Para concluir esta Oda
Del pleamar maduro.

¿Y? ¿Qué te parece? Bien, te cuento nomás que tenía preparado mi trago. Todavía no estaba encendido el televisor. No me corría ninguna prisa por hacerlo. Sabía que papá no iba a regresar temprano y vos sabés que cuando empieza a brillar ese aparatito, vos desaparecés confundida con las imágenes.

Tenía ganas de tomar un trago, sentarme en el sofá, recoger las piernas y permanecer allí, perdida en mis pensamientos, dejando flotar esos ensueños que con tanta libertad van y vienen cuando una logra la calmosa compañía de sí misma y estás segura de no ser molestada.

Tomé algunos sorbos, me relajé, recosté la cabeza contra el respaldo del sofá y volví a llevar el vaso hasta mis labios.

Fue entonces cuando ocurrió. Me vino a través de esos ensueños. Irrumpió en mí cual un varón ansioso que espera de la hembra su reacción ante el primer impulso de la pasión, cuando la dulzura del beso aún se sostiene adherido a los labios y la urgencia del deseo irrumpe flotando alrededor de los cuerpos como un aura brillante y tembloroso, presto a

integrarse a su sola unidad cósmica, física y espiritual, cuando desaparece, arrebatada por el furioso vendaval del amor.

Estaba frente a mí, Lelia, te lo aseguro, era un cuerpo vivo, radiante. El dolor..., el dolor es hombre, me dije como una idiota, sin entender lo que me pasaba ni qué estaba diciendo, sólo recuerdo estas palabras porque las dije en voz alta.

Estuvimos juntos toda la noche. Me poseyó varias veces y yo me entregué a él como nunca antes lo hice con nadie. Fui suya por entero, como sólo se puede ser con un hombre determinado..., aunque antes hubieran existido otros... No cuentan, no existen, y entre las brumas, desesperadamente, llegás a captar tu elección, que encontraste a tu hombre..., el hombre.

Él apareció así, Lelia, esa noche. Ya sé que parece tonto, pero en esa entrega ofrendé lo mejor de mi ser. Supe que sólo podría volver a darme como lo hice esa vez, sólo con mi amante misterioso, el dolor.

Pero no volvió. A menos hasta ahora.

Te escribo para dibujar un estado de ánimo extraño, una emoción, una experiencia digna de análisis, en mi opinión. Vos sabés bien que no soy una soñadora y mucho menos una romántica, por eso, estoy segura que vas a creerme si te digo que lejos de ser una experiencia espiritual e indefinida fue algo material, físico, una sensación tangible de la cual disfruté inesperadamente.

No sé qué podrás pensar, pero fue así.

Lelia: respondeme pronto, por favor.

Te quiere,

Aidée.

La experiencia va sumando, agrupa y sintetiza situaciones, las mezcla en continua mutación de hechos, de palabras y emociones que conforman en su conjunto, la personalidad de cada uno.

Si Eduardo no hubiese recorrido del principio al fin el largo camino de sufrimientos y alegrías que fue su vida, no sería el que conocemos, sería otra persona.

Hay quienes piensan que en el inacabable devenir de acontecimientos existe cierta predestinación, una discreta administración del destino del cual nadie escapa. Cada alma, con sus tribulaciones, va acumulando en su entidad periférica las experiencias ganadas y se sirve de ellas para manifestar su existencia.

Sin saber realmente quién es, nadie deja de ser lo que es, actuando según la mayor o menor formación adquirida en el medio en el que le toca desenvolverse: la educación, las

premisas morales, los prejuicios inherentes a la cultura a la que pertenece y en especial, al modo de enfrentar esas múltiples circunvoluciones de la fortuna y la desgracia hermanadas siempre en un mismo denominador común donde lo que se podría prever, es impredecible, los cuidados que se toman son insuficientes y el celo resulta fútil, ya que si alguna vez el resultado de alguna programación es el esperado, muchas más se dobla el destino empujando a quienes participan de él a un violento e inexplicable giro, que en oleaje brutal, transforma la placidez del paisaje anterior en un vasto campo desolado, en un océano de abandono, de desesperanza, sin asidero para la salvación.

Eduardo no era fatalista, pero algunas veces, sentado en la penumbra de la sala de la habitación, legó a sentir el peso de una existencia que sobrepasaba su posibilidad de control y sus fuerzas.

Cuando acabó su relación con Elvira anduvo varias semanas como un sonámbulo, agobiado por el flujo de los recuerdos, de la imagen de la mujer amada, su rostro, el timbre de su voz, las expresiones acostumbradas, esa manera de ser, pese a que Eduardo comprendía (y Elvira también), que la relación tendría que acabar alguna vez.

-Sabíamos que se tenía que terminar -le dijo ella cuando el hombre le propuso separarse.

-Ya sé, Elvira, pero me duele... Yo te quiero, Elvira.

-¡Yo también te quiero! -siguió un largo silencio quebrado sólo por el sonido de la respiración que cruzaba la distancia a través del teléfono.

-Mejor así, Eduardo.

-Perdoname, amor...

-Pero si no tengo nada que perdonarte -respondió ella con voz clara y tranquila-. Todo lo nuestro fue demasiado hermoso, Eduardo. Acordate de eso nomás.

Siguieron los días, pasaron dos meses. Esta vez no se levantaron las treguas. Por fin Eduardo se convenció que la ruptura era definitiva, no como en otras oportunidades en las que Elvira, desenfadada y jovial, volvía a llamarlo para hacerlo rabiarse y después de unos cuantos escarceos terminar uno en los brazos del otro, con esa ternura profunda y cómplice que los envolvía cuando se volvían a encontrar luego de la separación.

Esta vez, al comprender que no volvería a ser como antes, Eduardo se sintió preso de un horror frío que circulaba por sus venas congelando y destruyendo cuanto encontraba a su paso.

Sintió miedo. Pero era un miedo diferente. Ubicuo, animal, cierto estado de inconsciencia que lo enfrentaba a ese fantasma del pasado inmediato, a la ausencia de lo que hasta hacía poco fue su alegría y su razón de ser, aun comprendiendo que lo mejor para todos era esa situación.

Comprendió que estaba en medio de una soledad completa, absoluta, sin ambages, sin esperanzas, una soledad alucinada y alucinante, un universo de soledad al cuál se veía arrojado y dentro del cual debería girar, como un cometa loco, sin destino, sin explicación, arrojado al vacío de su propia conciencia, de su propio dolor, de su abandono ante la ausencia de aquello que significó una razón de ser, un cuerpo, una mujer como cualquier otra pero del todo diferente a las demás, y sintió nacer un sordo rencor sin destinatario.

Una mujer que llenó el vacío de sus días, de sus hasta mañana, de sus hola qué tal, sus cómo te va, sus palabras insensatas, sus deseos agotados, su yendo hacia mañana con el único afán de contar un día más, de haber cruzado incólume la barrera de otras veinticuatro horas que se repetirían de nuevo y sin embargo, debería haber algo más. No pudo aceptar que esa mujer, a la que amó, fuera el final de su vida. ¿Acaso ella no lo había amado?

-Sos un gran egoísta, mi amor.

Desde luego, siempre fui un egoísta. Nunca pensé en los demás, me complazco en regodearme con la alegría, la satisfacción de mis deseos, mi sensualidad.

-Te quiero, mi amor, te quiero -exclamó Eduardo conteniendo los sollozos que pugnaban por salir de su garganta.

-Yo también te quiero -respondió Elvira-. Me duele, me siento sola. Es algo que no me ocurrió jamás, mi amor. Lloré como una criatura porque algo tan lindo como lo nuestro no pueda ser...

-¡Ah! -ironizó Eduardo- creí que el llorón era yo, que a vos estas cosas no te hacían mella.

-Eso es lo que vos creés -encendió un cigarrillo y clavó en él esos ojos, expresivos, teñidos de un iris verde oscuro enmarcados bajo sus cejas arqueadas.

-¡Claro que te extrañé!... de repente me aparecías en cualquier parte...

-Entonces en qué quedamos...

-Te amo...

-Yo también, Elvira. Te amo.

Eduardo supo que la única soledad absoluta era la suya. No existía ni existiría otra como ésa. Tomó el libro de poesías que le había regalado Elvira y leyó:

No presagiaba tu amor
Mansedumbre o caudaloso río;
Eras, mujer,
La dermis ansiosa de tus labios,
El dolor mordiente del camino

Vida:

Del verbo sustantivo que conjugo en mi vivir de cada día.

Verbo:

Presencia presentida

A cada instante

Y consumida

En el fuego fatuo

-repitiente-

Del verbo el sustantivo de tu nombre

Vuelve como un niño

Que busca y da

Ternura, sin saberlo.

No lo dijiste,

Lo ignorabas:

Tu amor es el raudal que arrastra y que desborda

Formando las cascadas del olvido

¿Existió la posibilidad de ser felices? ¿Qué diferencia habría de habernos encontrado antes que fuera demasiado tarde para los dos? Elvira era una mujer formada cuando nos conocimos, madura, centrada. Acaso porque teníamos temperamentos distintos fue que surgió la llama que nos volvió amantes tan completos e íntegros el fuego que nos devoró por completo.

No pude, sin embargo, entregarme del todo a ese mayor que reconocí como mío en esa mujer extraña, temblando en mis brazos en esa entrega absoluta con la que gustaba hacer el amor, sin términos medios, y era esa misma entrega, el frenesí de su deseo, ese saber que era mía en los segundos en que ambos éramos sorbidos en un arrebato al sentir sus gemidos de placer y mi estremecimiento postrer, era entonces, por ironía cruel de nuestro destino, cuando la sentía más lejana, más ajena.

¿Hubiéramos sido felices?

La verdad es que de habernos conocido antes, ni ella ni yo seríamos las mismas personas. Éramos tan opuestos, Elvira y yo. Sin ser productos acabados (¿quién lo es!) nuestra formación espiritual, la experiencia que acumulamos a lo largo de la vida, nos llevó a coincidir, caprichosamente, en los hermosos días de ese amor hecho de sufrimiento y alegría.

¿Cómo puede uno juzgar si está bien o mal lo que hace cuando usa como atenuante el argumento del amor que sintió hacia otra persona? ¿quién es el culpable? ¿quién es inocente? ¿Existe un culpable y un inocente?

Raras veces, creo, un hombre y una mujer pueden llegar a sentirse tan unidos y a la vez tan distantes como ocurrió con Elvira y conmigo. Cada encuentro era casi un desafío. Cada separación un resquebrajarse en las arenas movedizas de nuestro amor.

Sin embargo, tanto ella como yo buscábamos esas horas presentidas, esos encuentros, la conversación o la cena, las despedidas rápidas o la locura de terminar haciendo el amor una vez más en su habitación...

-Hay que sentir, Eduardo -me decía-, por eso yo no hago preguntas. Te siento...

-Yo también te siento, Elvira, ¡claro que te siento! Pero quisiera escucharte decir que me quieres con mayor frecuencia.

-Y ¡para lo que sirven las palabras! -respondía terca-. Hay que sentir.

-Ya sé..., y te siento.

-Y bueno..., ¿entonces?

La tristeza acompaña a la ausencia, eso es inevitable. Cualquier ausencia y de pronto, las nuestras se hicieron comunes y repetidas.

Tuve que empezar a vivir sin su amor. Sólo en medio del bullicio de mi alrededor, sin tregua para encerrarme a solar y dejar a la memoria, ese pájaro errante y desasosegado que vuelve reiterativo, para arrancar en cada picotazo un trozo del alma ya agonizante y exánime, logrando apenas insinuar otra trémula agonía al sentir tu esencia, imaginando los días futuros sin tener a mi lado el aliento acedo de tu boca cuando después de fumar unes a la mía, ni tu carne, envuelta en el aroma penetrante del perfume habitual que emana de tus senos ansiosos de caricias, en las fugaces horas que fueron nuestras, lejanas aunque perseverantes en sus reflejos sobre la espesa bruma que va y retorna en pleamares nacidos de las profundas corrientes de un mar silencioso, sin los quebraciones de luz que era tu presencia, abatida a mi lado, respirando todavía el anhelo disperso que corrió entre nuestras manos y persiste en descubrir algún placer, olvidado al descuido, mientras duró la embriagadora realidad de estar juntos, asidos a la felicidad donde nos buscamos desde el principio, mirándonos a los ojos que ya no vemos, hundiéndonos mansamente en esa laxitud completa que precede al sueño y durante la cual tu imagen se desdibuja dejando en la retina su brillo, un destello tras el silencio que cubrió tu voz.

Cuando cerraba el año, Eduardo comprendió que una etapa de su vida se encontraba definitivamente cerrada. Lo aceptó con dolor, como si en medio del calor de los últimos días de noviembre se hubiera formado en él, la fría costra de una emoción cada vez más lejana e inasible.

Abrió la puerta cancel y al hacerlo le golpeó el calor de la casa, aposentado en ella tras el encierro de todo el día. Un calor húmedo acompañado del olor dulzón a cosa vieja proveniente de sus libros y revistas guardados en la deslustrada biblioteca de la sala, pero en especial, y eso creía él, a causa de lo vetusto de todo cuanto se guardaba allí adentro: ropas viejas impregnadas de naftalina, colocadas al descuido en el viejo ropero del juego de dormitorio matrimonial, los arcones donde decidió meter todas las pertenencias de Irene cuando se convenció que ella estaba mejor en el patio bajo la santarrita florecida, el baúl verde, donde quedaron escondidas las pequeñas prendas y juguetes de su hija muerta, así

como el conjunto mismo de los muebles, el techo carcomido por las termitas y del cual chorrea día y noche un polvillo negro, la humedad de la lluvia traspasando las tejas movidas o rotas y las uniones agrietadas de las paredes, todo sumaba su aliento para acabar por constituir una masa de aire concentrada, densa, que se desplaza en círculos concéntricos, sin renovar jamás su masa, siempre la misma dentro del espacio de las altas habitaciones.

De golpe todo se deshizo y estuvo de nuevo en movimiento, sin voluntad, yendo hacia la luz mortecina que se perdía a lo lejos en la profundidad oceánica de la niebla y las imágenes informes entre las que él mismo no pasaba de ser otra sombra.

-¡Vos siempre hacés lo que querés! -gritó Irene con la voz quebrada y luchando contra el llanto que le apretaba la garganta-. ¡Vos te creés el rey de la creación y no te importa nada de mí ni de tu hija ni de nadie! ¡El rey! A ver, todo el mundo tiene que rendirle pleitesía. Yo no tengo ni para comprarme un calzón y él anda gastando por ahí, emborrachándose y seguro que con una mujer, por eso venís después aquí y te hacés el enojado, vos sí que..., con ese olor asqueroso a alcohol que tenés siempre.

De lejos llegaron hasta él el sonido de las voces que en otras oportunidades le hicieron huir con miedo, con desesperación, atemorizado de encontrarlas y al mismo tiempo sin valor suficiente para escapar y alejarse de ellas, sin tomar la decisión que pudiera cambiar de una vez el rumbo de su vida.

-Nunca hiciste nada para que pudiéramos mejorar, para alcanzar por lo menos un poco de comodidad, algo que me diera la posibilidad de realizarme como mujer. A vos no te importa nada... Claro..., con tus libros y tus amigos de café es suficiente... Y te sentís halagado porque de vez en cuando viene a jugar al ajedrez el cura ése... ¡monseñor!

-Y claro, don Eduardo tiene una conversación culta e interesante y le invita al viejo cura a tomar whisky y a comer la rica cena que prepara su esposa, es decir, su sirvienta, porque él es el rey, es el señor don Eduardo -abrió con rabia una de las puertas del ropero de donde cayeron al suelo algunas ropas-. ¡Aquí está la vida de su señora esposa! ¡Remiendos y ropas rotas! ¡Porquerías! ¿cuántos años hace que nos casamos? ¿Y qué conseguimos tener hasta ahora? Esta casa que se está cayendo a pedazos y estos trapos que ya dan vergüenza. A mí vos no me quitás ni a la esquina. ¿Te doy vergüenza? O no querés que te vea tu mujer conmigo... Eso es, ¿verdad? Tenés otra y no me podés ver más, estás harto de mí, ¿verdad?, pero como siempre, sos un cobarde y no te animás a dejarme. ¿Vos creés que no me doy cuenta? ¡qué tu hija ni qué nada! Sos un cobarde, como siempre fuiste y recién ahora me doy cuenta..., recién ahora, Dios mío, y yo que pensaba otra cosa. Creí haberme casado con un hombre completo, decidido... ¡Así eras antes!

Eduardo bajó la cabeza y cerró los ojos. En la otra pieza lloraba Anita, asustada con el griterío. Sintió una opresión ardiente en el pecho y el estómago ácido y pesado.

-Siempre procuré hacer lo correcto -se defendió-. No soy un hombre ambicioso. Vos tampoco parecías ser una mujer así. Es doloroso descubrir que los dos estábamos equivocados. Te aseguro, Irene, que yo también estoy desilusionado. Nada, nunca, nada

pudo haberme desilusionado tanto como lo que dijiste. En tu opinión, entonces, soy un fracasado...

-¿Y qué otra cosa puede ser un tipo como vos, sin ningún objetivo en la vida? Vos lo único que querés es estar ahí en tu negocio todo el día y después venís aquí y te sentás a leer cuando venís temprano o borracho perdido después de tus francachelas que decís que son reuniones. Y quién va ir adelante así, recorriendo bares con esos vagos de tus amigos, hablando pavadas y emborrachándose como cerdos... Y yo, en casa. Claro, la mujer en la casa, el rey hace lo que se le antoja. Su mujer a remendar y a cuidar su hija. Esa criatura no ha de saber ni que tiene padre... ¡sí ni te ve por días!... ¡Qué infeliz soy, Dios mío, por haberme casado contigo y por creer que alguna vez podríamos llegar a ser por lo menos, gente... ¡Te odio!

-Qué lástima Irene -dijo Eduardo sin levantar la vista que mantuvo clavada en el piso.

Salió de la habitación. Levantó de paso una de las sábanas que había caído del ropero y se dirigió a la sala. Se tumbó en un sofá y encendió un cigarrillo. Se dejó sorber por la calma de inconsciente laxitud que precede al sueño y captó, antes de traspasar el umbral, el inmenso silencio que desde hacía un tiempo, se había apoderado de la casa y daba la impresión de ir cambiando su fisonomía.

Eduardo no pudo cerciorarse, pues quedó dormido.

La actividad del día no logró disipar del todo su malestar. Tal vez era un sueño, se dijo, aunque estaba seguro de haber percibido con los sentidos despiertos, esa agitación leve y constante, esas pisadas quedas pero firmes recorriendo sin urgencia los misteriosos vericuetos subterráneos de la casa grande, vieja, de ladrillos cansados y memoria invisible, acosada de achaques y miserias desconocidas para él mismo pero que se le imponían a manera de rechazo, como suele ocurrir cuando se penetra el aliento de ciertas casas extrañas.

-Estoy soñando despierto -se dijo Eduardo hacia las diez de la mañana, mientras tomaba su cafecito habitual en el Polo Norte, rodeado de parroquianos-. Los plagueos de Irene me están volviendo loco. Es poco probable sentir a las hormigas deslizarse... Vaya con la imaginación y las cosas que le ocurren a uno después de pasar una noche durmiendo en el sofá.

Esa noche volvieron a dormir juntos e hicieron el amor después que Irene lloró algo y él la acurrucó en sus brazos, dándole seguridad de su amor.

Cuando despertó al día siguiente, Eduardo no recordaba ya el susurro producido por el deslizarse de las hormigas, que durante la noche terminaron una nueva galería de intercomunicación entre dos túneles que venían cavando desde meses atrás y cuya cámara principal se encontraba justo debajo de la cama donde el día encontró a Eduardo e Irene abrazados y muy juntos, a pesar del calor que comenzaba a cruzar por la ventana abierta sobre el patio, asperjado de rocío y donde la santarrita lucía su vestuario de flores lozanas y denso ramaje verde, colgando hasta el suelo en jirones de color.

Antes de levantarse, Eduardo se apretó más a Irene, que respondió acomodando su cuerpo a la posición del marido y lanzó un pequeño gemido de satisfacción descansada.

El sol quebró la penumbra de la habitación con un haz angosto e indiscreto. Era de día.

La creación coloca en el camino del espíritu creador, trampas y jugarretas.

A veces, como una mujer bonita y honesta, pero coqueta, deja al enamorado acercarse y lo convierte en un elemento accesorio de su decorado, cuando el admirador responde al esquema que la bella gusta ofrecer a ese público social, mezquino y ocioso, siempre dispuesto al chismorreo y a la maledicencia, en especial si a la mujer en cuestión nunca se la pudo descubrir sin el velo de honorabilidad que la engalana, aunque por sus actividades sociales, culturales o de beneficencia se vea rodeada de hombres que en opinión de esos observadores ociosos, son mucho más interesantes, jóvenes o atractivos que el marido de la dama.

Ella sabe de todo esto pero finge desconocerlo. Le sirve de alimento a su vanidad, destaca el brillo de sus ojos, hace más atractiva su sonrisa y se transfigura cuando el nuevo galán expresa hacia ella un interés mayor a lo aconsejado por la prudencia.

No obstante, sigue consciente del juego al que vuelve a lanzarse como tantas veces, acaso recordando las pocas oportunidades que tuvo de perder ese rígido control de la mirada, la sonrisa y sus deseos, para recorrer desbocada por la pradera verde y esplendente de la pasión triunfante o la árida y gris de la melancolía creada por esas aventuras que alguna vez pudieron ser y quedaron aplacadas por su temperamento de mujer decente, su formación espiritual o simplemente, fiel al viejo amor silencioso y persistente, tenaz, surgiendo de las profundidades del alma como un guardián celoso pero discreto que sólo se manifiesta cuando la caída es inminente.

La creatividad es, sin duda, una mujer bonita, honrada, coqueta y escurridiza que si bien puede ceder al impacto de la pasión, casi siempre conserva su cualidad abstracta y lisonjera, juguetona hasta ciertos límites, dulce, sin ser empalagosa, acariciadora e insinuante sin volverse procaz.

Entonces el creador, el iluso o ilusionista, avanza a tropezones por una larga galería de espejos donde cada tanto se bifurca el sendero, abriéndose a otros nuevos pero idénticos, que reproducen la silueta amada, ya más cerca y enseguida más lejana, sonriente y hermosa, prometedora y sutil, dejando en el aire el aroma del perfume de su cuerpo y tras esa invitación, el cazador se adentra en el laberinto de espejos que trasforman su propia imagen y acaba por perder la noción de su identidad, convertida en una nueva ilusión.

A mí siempre me gustó escribir, y a veces la imaginación me absorbe tan completamente que me descubro construyendo castillos en el aire, creando mundos inverosímiles o aventuras fantásticas cuyas fronteras son los ensueños y por cuyos lindes me dejo arrastrar.

Entonces me convierto en una canoa que flota a la deriva en la inmensidad del mar.

Sin embargo, aun cuando me gusta divagar (esta palabra es más apropiada que soñar para describir mis escapadas), nunca he perdido el contacto con la realidad, como suele suceder con los auténticos poetas, que viven su universo de irrealidades reales y de realidades falsas, aun cuando los tiempos que nos toca vivir, tan ausente de romanticismo, no permiten que el común de los mortales se aleje demasiado del pragmatismo obligado de cada día, en especial si el sujeto es una persona con obligaciones, compromisos que cumplir y documentos mensuales que levantar.

Descubrí la gran aventura de escribir siendo una criatura.

Hasta casi puedo fijar con exactitud la oportunidad cuando se develó ante mí el misterio y me resultó asequible, o tal vez fueron cierta timidez y una marcada introspección de mi carácter, las causas que influyeron más en mí para buscar en este silencioso mundo de la creación, un paliativo a mis falencias.

Pero no es una investigación psicológica acerca de mi carácter lo que me empuja a desarrollar estas líneas sino la conciencia de saber que cuanto acontece y sigue, son diferentes formas de encarar la vida, de administrar las emociones, de desenvolverse en el amor, dominar los deseos, evitar el egoísmo y en fin, de vivir en la propia compañía, a lo que se ve obligado cada ser humano.

Ocurre que cuando se publica una obra, sea novela o cuentos y más raramente poesía, ya que ella es de por sí una expresión subjetiva e íntima, los lectores en general y los amigos del autor en particular, se acercan a él sonriendo con socarronería maliciosa, como alguien que comparte un secreto embarazoso y le lanza de sopetón: «Esta novela (o este cuento) es biográfico, ¿verdad? A vos te pasó lo que estás contando», o bien «ésa experiencia tiene que ser de tu vida real, o si no, no ibas a poder contarla así ¡tan bien!, con tanto lujo de detalles y exponiendo con claridad y entusiasmo las diversas peripecias de tus personajes».

Al principio me sentía cohibido o irritado.

Cuando apareció mi primera novela y me encontré arrojado a ese mundo que tanto deseaba conocer y a la vez temía, debí enfrentar el aluvión de preguntas y conjeturas creadas alrededor de la obra, no porque fuera demasiado valiosa o importante sino porque la gente es curiosa y le gusta meterse en la vida ajena, la mayor parte de las veces con malicia, otras sin ellas, pero siempre escarbando para saber qué ocurre tras la puerta de esas pequeñas ciudadelas de cada familia, detrás de cuyos muros se desenvuelven tragedias, comedias, dramas, germinan locuras, se apaciguan males, se esconden taras vergonzosas o vergüenzas inconfesables. Amor, odio, envidia, misericordia, humillación, humildad, dedicación, fe, risas, llanto, dolores y alegrías. Todo ello bullendo, todo vivo, todo girando dentro del constante ciclo de vida, muerte y resurrección.

No sabía qué responder y tartamudeaba, explicando que algunas cosas podrían considerarse como autobiográficas y otras no, pero que sin embargo, eran también vivencias personales, sin que hubiesen ocurrido nunca; que la primera persona del singular no expresa el yo que soy yo, y a veces, un personaje hablando en primera persona es menos

el autor que otro a quien éste hace hablar en tercera persona, con todo lo cual terminaba haciéndome un lío tremendo y mis interlocutores acababan convencidos que lo peor de lo narrado en la historia eran cosa mía y lo bueno y noble, producto de mi imaginación.

Con el tiempo me despreocupé cada vez más de la opinión de los lectores, escurriéndome siempre que me fue posible de aquellos conocidos interesados en profundizar más allá de la palabra escrita y la idea encerrada en ellas. Les respondía con cierta sorna insolente, que al autor no se debería conocer, pues los prejuicios del lector influyen sobre los juicios que se forma de la obra, lo cual, a más de ser injusto para el autor, es inmoral por parte del lector, quien tendría que leer la obra como si el creador no fuera aquel Pepito, que cuando era chico se sorbía los mocos, que en su adolescencia fue la víctima de los muchachos del vecindario y después ya maduro, se convirtió en uno de esos tráfugos advenedizos de los que tanto abundan por ahí.

Los personajes de esta historia, por ejemplo, darían sobrados motivos para interrogar: ¿está describiendo sus propias experiencias? ¿trata de esconderse tras alguno de los personajes en particular o, fuera de la ambientación no existe, en esta novela, otra cosa que el relato imaginario de situaciones que buscan plasmar una época, hacer una descripción de costumbres, sin que participe el autor sino en estos paréntesis abro una y otra vez en la narración por el simple placer de introducirme en las paginas de la historia?

Hay un poco de cada cosa.

Los personajes flotan, al principio de una novela, como sombras inestables e indefinibles, algo semejante a las imágenes de un sueño, el cual al despertar, deja la vaga sensación de su ocurrencia y uno recuerda luego, horas después y ya en medio del trajín cotidiano, que muy poca o ninguna relación guarda con lo soñado en la noche pasada.

De golpe se pregunta, pero ¿cuándo ocurrió esto? o ¿dónde lo conocí a este tipo de quien ahora me acuerdo tan claramente? Enseguida se cae en la cuenta de estar reviviendo el sueño de la noche y ese mundo oscuro y subterráneo, donde el pensamiento fluye libre, cuando dormimos, retorna para asediarnos con la astuta insistencia que suelen tener los niños cuando se proponen conseguir algo de los mayores.

Después de cierto tiempo ya están viviendo en la obra, como los hijos que tienen con algo de irresponsabilidad indolente algunas parejas que miran, desorientadas, el fruto de sus refocilos, como si éstos no fueran el resultado natural del apasionado desenfreno de sus horas de amor.

Y cuando están afuera, sobre la tierra, vivos y exigentes, ¡es otra cosa el canto con la guitarra!

Hay que alimentarlos, educarlos, enseñarle buenos modales, darles comprensión y cariño y, por supuesto, dedicarles tiempo.

Luego maduran, se rebelan contra la autoridad paterna, antes absoluta, hasta que por último, en una forma u otra, se independizan, para crear nuevos grupos dejando atrás y fuera de sus vidas, a sus progenitores.

Los hijos de la creación artística no se apartan demasiado de este esquema. Al principio, toda obra no es sino una nebulosa informe, lejana, desconocida.

El progenitor vive su tiempo inconsciente de la existencia de ellos. Tiene sus propios problemas que requieren atención inmediata y urgente: hay alquileres que pagar, cuotas de colegio, ropa y zapatos, reuniones en el club, discusiones con los amigos, política, fútbol o mujeres. Temas repetidos, es cierto, pero de invariable actualidad y que absorben por completo la atención del creador, aun cuando en lo más profundo de su cosmogonía, signados por el destino, se vayan gestando los estratos espirituales de nuevos cuerpos que pronto estarán listos para ver la luz a través de ese padre frívolo e indiferente, que aunque los alimenta en su seno, ni siquiera los presiente.

A veces ocurre un aborto, o varios.

Aunque por lo general destruyo los originales que no me satisfacen cuando van llegando a la tercera o cuarta páginas, hubo casos en que aferrado a una idea, hice todo lo posible por darle vida, aun consciente de estar manipulando un cadáver. Era inútil, pero yo no quería reconocerlo aun consciente de la inutilidad del esfuerzo, porque una materia inerte no es más que eso, materia muerta, no importa los adornos que uno quiera endilgarle.

Sin embargo, hay ocasiones en que soy más empeinado que una mula aunque no quiero reconocerlo. Esa cualidad me llevó a avanzar una vez en un camino que lo sabía bien, no conducía a ninguna parte y terminaba perdiéndose en la maraña espesa e infranqueable de su nulidad. Sólo al tropezar con esa barrera decidí detenerme y reconocí mi error, abandonando ¡por fin!, la carrera insensata.

Fue así que destruí cerca de doscientas cuartillas mecanografiadas de una novela que había expirado, a lo sumo, después de la quinta página. Terminé por arrojar todo a la basura. Habían pasado dos años.

Para entonces tenía comenzada esta novela, pero los fantasmas que se movían dentro de ese universo me resultaban artificiosos y vagos y por lo mismo, no les prestaba demasiada atención.

La terminé rápido, con rabia y cierta frustración por haber perdido a quien consideraba un buen hijo, esa novela aniquilada que ni llegó a tener nombre, a diferencia de ésta que primero tuvo nombre y luego apodo y éste es el momento en que aún no la pude concluir.

Después de unos años de hacerle dormir el sueño de las letras, la gramática y la ortografía (supongo que en su mundo onírico éstos serán los sueños y las pesadillas de un trabajo literario), la saqué de la gaveta de los papeles viejos, donde también están esperando poesías, cuentos iniciados y sin terminar, algunos apuntes muy interesantes de finales inesperados y originales que sólo necesitaban un argumento que los hilvanara, pues muchas

veces me acosan los finales de algo que no está principiado y otras veces, trabajos de brillantes inicios quedan arrumbados en la susodicha gaveta a causa de que no encontrarles el final adecuado.

Pero guardo todo, por si acaso.

Leí pues el Segundo horror de arriba abajo y me produjo una decepción tan profunda que estuve tentado a destruirla, al igual que a la otra, pero me contuve.

Como un padre afectuoso me dediqué a ella. Volví a mirarla con cariño. Sí, había cosas que se podían salvar. La idea general era interesante. Los personajes también, pero por otro lado, tuve que soportar páginas y páginas tediosas que eliminé sin misericordia.

Por un año no la volví a leer. En esa época no escribí una sola línea de temas literarios. Nada. Me dediqué a otros trabajos más lucrativos. Las letras fueron condenadas a un ostracismo cruel. Hasta dejé de frecuentar los lugares donde habitualmente se reúnen los muchachos. Fui perdiendo contacto con ellos. En una palabra, me hice humo.

Sólo más tarde volví a comenzar. Desempolvé los papeles -y lo digo en sentido estricto- pues estaban bastante sucios. Leí la novela. Corregí algunas cosas, taché otras, agregué nuevos capítulos y tras meses de dedicación, esas sombras difuminadas e informes de personajes a quienes conocía en alguna de sus facetas personales, adquirieron contornos cada vez más nítidos.

Aquellos a que me acompañaron desde muchos años atrás, como Rolo, Lelia, la abuela, Arnaldo y Eduardo, fueron avasallados por la presión de las sombras casi perdidas de otras épocas.

El propio Eduardo, que era casi una proyección, se apoderó de la historia por más de dos años alimentándola con su vida y su amor obsesivo hacia Elvira. Y ella, gracias al poderoso conjuro de Eduardo, que salvando las barreras de la tumba y el tiempo la trajo de nuevo a la vida, dejó de ser un momento escurridizo e insignificante, perdido en el encuentro en una calle de Asunción de dos ancianos que fueron amantes en su juventud, para adquirir sus personalidades propias y exigentes de las cuales ya no pude escapar.

De ese mismo haz surgió Irene de entre las tinieblas de su ensueño perpetuo sentada bajo la santarrita florecida y se transformó en una mujer joven, la esposa a quien Eduardo no pudo abandonar y que se hundió en el infinito abismo de su desolación cuando la desgracia abatió sus alas sobre ella.

El mismo Ilaudino Gavilán dejó de ser un estereotipo para ocupar lugar preponderante en el aguafuerte de la historia al escapar de las entrañas verdes de la selva hasta que un buen día los encuentro a todos aquí, a mi alrededor.

Irene bebiendo una naranjada con Rolando y Soledad del Niño Jesús, en tanto Eduardo fuma meditabundo. Algo alejado forman corrillo don Fermín, su esposa, Ilaudino Gavilán y Anita. Reían de los chistes que contaba Gavilán -no le conocía ese aspecto. Faltaba Elvira,

que por lo visto sigue enojada conmigo porque no encontré la forma de que se salga con la suya, llevándose a Eduardo, como ella quería y la transformé en una vieja fea y algo atolondrada.

Pero fuera de ella, todos estaban allí, esperando a ver cómo seguía la cosa, cuchicheando entre sí y lanzándome cada tanto miradas de soslayo, como divirtiéndose a mi costilla. Susurraban frases insinuando algún modo de salir del atolladero en que nos encontramos y que motivó esta reunión.

Quieren ayudarme cuando me encuentro así, sin ideas y cuando hasta su propia existencia me resulta molesta, por no decir desagradable. A veces puedo controlarlos. Me basta con fruncir el ceño y enseguida callan y me observan sorprendidos, reconociendo mi autoridad, pero en otras ocasiones, como ésta, vienen todos juntos, como actores en huelga en demostración de fuerza, para protestar contra su jefe al que consideran demasiado tranquilo o indolente.

Entonces me veo obligado a ceder algo a cada uno de ellos y el resultado es una serie de apuntes inconexos, hechos a toda velocidad. Alguna idea que se le ocurrió a Lelia, el desánimo de Arnaldo, un destello fugaz que ilumina otro pasaje de la vida de Eduardo, bosquejos del destino de Rolo o alguna hecatombe en el solitario viaje interior de Irene, que es susceptible y con frecuencia se enfada conmigo y me dice:

-Desde que me hiciste sentar bajo la santarrita me parece que hasta te olvidaste de mí. ¿Te ha de gustar a vos estar aquí y que te coman las hormigas? ¿Jhe? Decime... ¡Y sin que a nadie le importe si vivo o no! ¿Qué te parece?... ¿Te va a gustar a vos?

Trato de apaciguarlos, los engatuso, les digo que para qué van a ponerse así, si me conocen desde no sé cuánto tiempo. Cuántas veces nos detuvimos, les digo, acaso porque me absorben otras preocupaciones y me veo obligado a dejarlos temporalmente de lado. Los mimo, en especial a Anita que se disgusta porque siendo uno de los personajes que determinan el curso de la novela, le corresponde tan poco sitio en ella. A veces, y en especial si estoy tranquilo, vuelven a visitarme las sombras aquellas a las que destiné un lugar muy transitorio y casi mítico en esta obra. Tengo que explicarles que aun cuando su aparición es esporádica, sin ellos sería imposible construir el edificio que llegó a este punto y ya es irreversible, que no tienen por qué molestarse si no los desarrollo más, que está bien así porque si no la novela se volvería un mamotreto insoportable que nadie querría leer y eso resultaría contraproducente para todos, pues si se lee, aunque el lugar que le corresponda en ella sea breve, es importante, etc., etc.

Nos miramos una vez más en silencio y les dije:

-Bueno, pónganse serios de una vez... ¡qué embromar! De lo contrario no vamos a ir a ningún lado...

Se callaron mirándose unos a otros y volvieron a ocupar el lugar que les correspondía, aunque Anita se alejó mascullando entre dientes algo que no pude entender y supongo que no habrá sido nada halagüeño para mí.

Eduardo terminó de fumar y Arnaldo se sirvió un vaso de agua.

-No es que queramos crearte problemas, viejo -dijo Iludino Gavilán acariciándose el bigote en forma de acento circunflejo que se dejó crecer cuando terminó la revolución-, sólo que a veces nacen algunos resquemores que vos no podés entender...

-Si es por eso -dijo Eduardo- yo soy el que tendría que estar más molesto, pues a mí me condenó de entrada a ser una especie de pasado sin esperanzas y aunque aparezco por todos lados, lo hago como un espectro. A mí no me ocurre nada. Toda esta historia cuenta lo que me sucedió alguna vez..., a mí ni siquiera me deja alternativas.

-Es que vos estás muerto -le dijo bromeando Arnaldo-. Yo en cambio, soy un personaje antipático y medio tonto, que va y viene sin hacer nada.

-Y a mí me pintás como a un monstruo persiguiendo hormigas... ¡Yo jamás las quemaría ni las metería en botellitas para que mueran enterradas!... No creo que le caiga simpático a nadie que lea tu novela...

Se abrió la puerta y entró Aidée toda sofocada.

-Tengo una idea genial que darte -exclamó-, pero después que se hayan ido todos los curiosos, ¿viste? -miró a su alrededor. No podía quitarse el acento que se le pegó en Buenos Aires-. Estos pichones siempre se están quejando y no aportan nada positivo -agregó haciendo un mohín de despecho- y a mí, la verdad, la verdad, hace tiempo que me tenés olvidada. Se te hizo muy larga la historia que contás de los otros... Ya te digo. Te vas a llevar una sorpresa con lo que te voy a decir. Te dará la solución de cómo terminar la novela -los demás se volvieron hacia ella protestando y hablando todos juntos. Levantó la mano-; no se enojen, pichones, que lo que voy a decirle a Casola no me lo capitó para desmeritarlos en nada, al contrario, al contrario...

Terminaron por alejarse y entonces Aidée se sirvió un trago, fumó uno de mis cigarrillos y tomando entre las suyas mis manos, me explicó cuál era su idea.

-Es difícil llegar a una conclusión si uno sigue tus consejos, Aidée -le dije-. Tenés que considerar que apenas nos conocemos vos y yo...

-Porque me tenés olvidada, pichón, ¿viste? -respondió haciendo un coqueto mohín-. Nunca me quisiste demasiado. De eso ya me di cuenta.

-No, no -me apresuré a responder mirándole directo a los ojos-, sos vos la que nunca toma una forma definitiva. Es la primera vez que nos encontramos. Te conozco un poco por las cartas que le solés enviar a Lelia..., pero son bastante oscuras ¿no te parece? Eso no me vas a negar. Es como si quisieras esconderme algo...

-Para mí que esas ideas te las metió Lelia en la cabeza..., y Lelia, bien mirada, no pasa de ser un ama de casa adocenada, como tantas, una señora gorda más... Yo soy en cambio

una mujer independiente ¿viste? Tengo experiencia de la vida en Buenos Aires que vos no conocés, perdoname que te lo diga, pero las dos veces que estuviste por allí..., lo hiciste como turista..., ¿viste? Nunca viviste el ambiente, ¿me entendés?

-No... -respondí pensativo, mirando cómo revolvía con un dedo el hielo de su trago de whisky.

-Entonces ¡no podés juzgarme!

-Ni pretendo hacerlo, Aidée. Te voy a ser sincero. Te tengo hasta un poco de miedo.

-¿Miedo? -exclamó asombrada levantando las cejas y llevándose el vaso a la boca-. ¿Por qué miedo, pichón? Pero si yo te quiero mucho. Lo que pasa es que nunca te molestaste en acercarte a mí y me buscás, sin embargo, en todas esas mujeres que parecen monigotes que se mueven de aquí para allá en tu novela... Por eso es que ahora estás atrapado y no sabés qué hacer... Yo no te pido nada, o casi nada..., sólo quiero que me tomés más en cuenta y no tratés de hacerme desaparecer como tantas veces. A mí también me gustaría vivir contigo..., pero no es lo que pensás ni mucho menos. Soy una mujer como cualquier otra..., y no digo que mejor porque podría parecer vanidosa. Piola, si querés...

-No digo lo contrario -respondí sonriendo.

-¿Alors?

-Entonces, nada -respondí-. Vos estás un ratito aquí y después te vas... Si me entusiasmará contigo tal vez me comenzarías a gustar y voy a querer conocerte mejor... Podría convertirme en una especie de Eduardo... -insinué sin dejar de sonreír.

-Los paisajes de Eduardo son los senderos de la muerte. Yo, en cambio, estoy viva. Probablemente sea la única mujer en tu novela, realmente viva. Conozco las alegrías del amor, las tristezas del desengaño. Anduve por caminos tortuosos hasta llegar a vos... No sé por qué me rechazás, si desde un principio estuve a tu lado. Tanto como Rolo o Arnaldo o Eduardo y hasta más que algún otro de esos nuevos personajes que metiste ahora en la novela... -bajó la voz hasta hacerla un susurro- como ese campesino revolucionario medio loco que no sé de dónde lo sacaste... Yo te acompañé siempre y eso por lo menos ¡tenés que reconocerlo!

-Sí -respondí-, estuviste conmigo desde el comienzo.

-Y una vez hasta llegué a vivir con Lelia y Arnaldo. ¿Te acordás de eso, pichón?

-¡Claro que me acuerdo! -respondí algo irritado por su insistencia-. Yo me acuerdo de vos muy bien...

-Y nunca te fui simpática. Eso es lo que ocurre. Cuando buscás la forma de hacerme participar encontrás algo que te molesta y como te es más fácil, me hacés vivir en otro país y tengo que enviarle a Lelia esas cartas que a más de uno habrá hecho pensar que no estoy

del todo en mis cabales -hizo una pausa-, pero no estoy enojada contigo. ¿Me servís otro traguito, por favor? Gracias.

Se nos acercó Eduardo con un gesto burlón en el rostro y me dijo:

-¿Y después? ¿Vuelvo a mi divertido lugar de esparcimiento? ¿Qué hay de nuevo, Aidée? Qué gusto verte por aquí, después de tanto tiempo. ¿Qué chismes corren por Buenos Aires? Debe haber cambiado mucho desde la última vez que estuve por allí.

-¡Claro que cambió mucho! -respondió Aidée distraída-. Vos estuviste en la época de las vacas gordas.

-Ahora sólo me queda recordarlo, encerrado en un ataúd -comentó Eduardo mirándome con intención.

-Es una manía que tiene el autor de esta novela -comentó Aidée-, nos hace existir a todos pero en el pasado. Miedos secretos, digo yo..., obsesiones no superadas. ¿Culpa, tal vez?

-Es una búsqueda -la interrumpí ya molesto, porque me daba cuenta que el whisky estaba haciendo su efecto-. La búsqueda de la razón de ser del amor. Yo creo que el amor es lo único de positivo que tenemos en el mundo. Cualquier clase de amor. La mayor parte del tiempo somos seres indiferentes. Vamos de un lado a otro haciendo cosas, diciendo cosas, argumentando sin ton ni son, sólo para no quedarnos callados, queriendo silenciar nuestras conciencias que desea hablarnos en un diálogo franco, señalarnos defectos e imperfecciones que todos tenemos dentro y son mucho más espantosas y repulsivas que los defectos físicos, fáciles de localizar y hasta curar.

-Nadie puede eludir sus culpas ni escapar de sus recuerdos -dijo Fermín.

-Los recuerdos somos nosotros -terció Eduardo encendiendo un cigarrillo-, los únicos reales.

-Y todo está tan quieto... -dijo Irene- tan helado y quieto... y yo estoy obligada a seguir por esos corredores... y desde el punto en que me encuentro, en la perspectiva que los veo, los rostros queridos no me parecen afectuosos sino malignos, como si me odiaran y quisieran hacerme daño.

-¡Desolador! -exclamó Aidée con aire irónico y llenado de nuevo su vaso-, pero sigo insistiendo en que a mí me tuvieron injustamente alejada... ¿Vos me tenés miedo?

-Sí -respondí sin mirarla.

-Preferís hacer como si no nos conocemos.

-Sí.

Suspiró, se puso de pie y se alejó de nosotros que la miramos viendo como se le hacía dificultoso el caminar, balanceándose levemente de un lado a otro.

Salió dando un portazo y sin volver la cabeza. Todos quedamos en silencio.

Los camiones irrumpieron con violencia atravesando las calles calcinadas por el calor de enero en una de sus siestas más agobiantes.

El día anterior, cerca de la seis de la tarde, las últimas escaramuzas concluyeron con el triunfo total y aplastante de la revolución sobre los baluartes del gobierno que aún ofrecían escasa resistencia, casi de compromiso y con deseos de llegar al final de esa guerra civil loca dirigida por un gobierno de imbéciles incapaces de comprender la grandeza de Iludino Gavilán.

**TRIUNFA LA VERDAD, TRIUNFA EL PUEBLO. LOS MÁRTIRES DE LA JUSTICIA
¡VENCIERON!**

Esa revolución que al principio no pasaba de meros ataques desordenados de hombres y mujeres hambrientos contra los centros de abastecimiento del gobierno, bastante bien surtidos, en especial en los puntos donde tenían concentrados los grupos de incondicionales dirigidos por comandantes que juraron fidelidad ciega a sus amos y movidos por intereses personales que no tenían ninguna grandeza.

La revolución comenzó cuando la presión de las injusticias se hizo abominable y la angustia fue tan desesperada, ante la magnitud de la miseria en que se revolcaba el pueblo, que sacudiendo su abulia de siesta inconclusa, hamaca y cuchillo, caña, mujerío y guitarra, empezó a moverse, primero, con reticencia, con la inercia propia de una gran roca por largo tiempo inmovilizada, amordazados bajo el peso de un poder tiránico y autoritario, sumado a la particular manera de ser, su idiosincrasia pasiva y acomodaticia, ladina y haragana, más dados a estarse ahí, sin hacer nada y sin el impulso de ambiciones que fueran óbice para buscar un modo de vida mejor, la que de todos modos, les era desconocida.

Los abusos y arbitrariedades del poder que al principio sólo afectaba a quienes se oponían abiertamente al régimen comenzaron a extenderse hacia pacíficos habitantes del campo destruyendo sus capueras, robando sus gallinas matando las vacas lecheras (siempre flacas y abusando o maltratando a sus mujeres y a sus hijos).

El pueblo se vio forzado a reaccionar, casi a disgusto, pues nuestros campesinos de piel morena es, con su forma de ser alegre y despreocupada, hospitalaria y gentil, más dado a la haraganería que a la lucha.

El alma del pueblo, sin embargo, es una masa imprevisible, tumultuosa, vivaz, despierta, como el mismo vientre fértil de un volcán ardiendo en lava humana, inesperado y cruel.

Esa raza mestiza que conservó a través de los siglos el carácter de su origen, mezcla explosiva de aventurero español y hembra selvática, encargada de transmitir a sus hijos no el respeto hacia el hombre que lo engendró sino hacia la tierra roja y la sangre pura de temperamento indómito.

Casi sin influencias foráneas, se encerró la raza morena dentro de la voluntaria celda creada por la tupida vegetación de sus selvas que formó y desarrolló el carácter de ese hombre y esa mujer originarios del blanco conquistador, ambicioso, sin escrúpulos, casi siempre cruel, y por contraste dueño de una fe a toda prueba, obtusa, basada en la creencia sincera del alma y su salvación más que en los representantes mundanos que los acompañaron, tan torcidos como ellos o más, aun cuando de en medio del pantano surgieran aquí y allá algunas flores solitarias nimbadas con la aureola de la santidad.

La india, aportó su parte, sumisa en apariencia, era el motor de esa raza de hombres nómadas, hieráticos, de rostros carente de sonrisa y cuya densidad intelectual superaba en mucho la vasta ignorancia de sus conquistadores y cuya lengua, tan rica en matices y sonoridad, no pudo ser aplastada por la palabra extranjera del invasor, sosteniéndose incólume en su pedestal secreto.

Lengua única, que no pudo ser abatida ni por los capitanes de la conquista quienes conscientes de su propia impotencia, terminaron por adoptarla como idioma.

La conjunción de esa retorcida herencia blanca, mezcla de astucia encubierta no menos retorcida del natural de estas tierras, creó en su crisol la nueva raza, conjunción de flor silvestre y resplandor de espadas, de ambicioso materialismo y sutil trascendencia, casi siempre mimado por la mujer que ve en su hombre a otro hijo egoísta, ella abnegada, siempre dispuesta a dar lo mejor de sí y el hombre, adormilado a causa de la interminable siesta de sus días, abotagado de tanto escuchar el chirrido de la cigarra, el canto de las aves, el denso susurro del matorral, de pronto se levanta violento, armado del puñal que reivindica o el machete que exige venganza, dispuesto a enfrentar aun la muerte cuando presente el peligro que quiere arrebatarse lo que es suyo, lo que ama: su mujer, su tierra, sus hijos, su reposo.

Así. La revolución fue adquiriendo cuerpo.

Una crueldad aquí, otra arbitrariedad allá, el abuso del poder por parte de los hombres endiosados por los culícidos de su alrededor, embriagados de poder, incapaces de discernir, en sus obtusas mentes entre lo conveniente y lo peligroso, convencidos de su impunidad, fueron cavando cada vez más la profunda fosa de su propia perdición.

Cuando Ilaudino Gavilán logró reunir a sus primeros seguidores, todo el país era un hervidero de rebelión. El andamiaje estaba podrido y no existía posibilidad de encauzar ni detener la descomposición. El cadáver, aún con apariencia humana, supurando hediondez,

se hallaba carcomido por miles de gusanos gordos y estúpidos que ni siquiera se percataban de la carroña con que se alimentaban.

El día que entraron los camiones, las paredes de las fachadas de las casas de la ciudad cambiaron de aspecto de la noche a la mañana. Parecía como si durante las horas de la oscuridad, se hubieran abatido sobre los restos aniquilados de los defensores del régimen destrozado y fugitivo, miles de manos sueltas de sus ataduras, para expresar, en esa primera oportunidad que se les ofrecía después de tantos años de silencio, toda la esperanza y el odio cautivo que los sostuvo, aguantando de firme los embates del poder alucinado y enfermo que, en sus postreros estertores, fue aún más cruel e implacable en su insensato afán por mantenerse sobre la fetidez del pantano creado por el mismo poder que ahora los devoraba.

Cada inscripción en las paredes semejaba, con sus trazos gruesos y chorreando de pintura, profundas heridas abiertas en las fachadas de las casas de las viviendas del centro y de los alrededores, donde se podían leer mensajes que decían:

VIVA GABILÁN

PRESIDENTE ILAUDINO GAVILÁN

FUERA LO LADRONE

BIVA LA LIBERTAD

VIVA LA PAZ

La ciudad entera respiraba el aire olvidado de la tranquilidad.

Cuando la última escaramuza acabó, ya lejos de la casa de gobierno y de la policía, que se había rendido, cayó sobre la ciudad un silencio espeso, intranquilo, tenso. Los rumores corrían de zaguán a zaguán, de portón a portón, arrastrados por el viento suave que empezó a soplar hacia las ocho de la noche.

Casi no se veía a nadie por las calles, más desiertas y calladas que nunca, luego de la euforia general. Protegidos tras las persianas cerradas o a través de las rendijas de las ventanas, los curiosos veían algunas figuras deslizarse furtivas bajo la sombra de los balcones y las marquesinas. Otras veces grupos de hombres que pasaban gritando consignas y hurras que repetían el nombre de su líder o lanzando vituperios contra el tirano derrotado y sus cómplices.

Después de casi cuatro años, la revolución había triunfado.

LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA LLEGA A ASUNCIÓN. LOS MÁRTIRES ESTÁN VENGADOS. ILAUDINO GAVILÁN ORGANIZA SU GABINETE.

Profundas disputas entre los políticos y el jefe de la revolución triunfante reducen la credibilidad de su objetivo. ¿Respondía Gavilán a intereses inconfesables?

El poder se divide. Los políticos exigen espacios y réditos para sostener al gobierno de Gavilán.

A poco de concluir la revolución triunfante de Ilaudino Gavilán, los diferentes partidos políticos que son tradicionales en nuestro país, se enfrentan en una nueva lucha por hacerse de lo que dan en llamar espacios de poder.

Tanto los derrotados, que ahora niegan su compromiso con el anterior gobierno como los opositores, que desean ubicarse lo mejor posible, hacen gala de su participación en la caída del régimen.

Ilaudino Gavilán se muestra indeciso.

GAVILÁN NO PUEDE EXPLICAR CIERTOS ACONTECIMIENTOS DE SU REVOLUCIÓN

Los políticos, al expresar que son conscientes de su deber para con la Patria, objetan a Gavilán que no haya recurrido a ellos para organizar su esquema de gobierno.

Algunos personeros del antiguo régimen, acusan al actual presidente de hechos de barbarie y crueldad para con los soldados que, al decir de ellos, «no hacían otra cosa que cumplir con su deber».

«Las gloriosas fuerzas armadas de nuestro país, laureada con la gloria de sus héroes, no pueden ser objeto de vejaciones y ofensas lanzadas por un advenedizo de la política como es Gavilán (Ilaudino). Somos nosotros los políticos que entendemos de la administración del país quienes hemos de cargar sobre los hombros la responsabilidad de su reforma democrática».

GAVILÁN SE EXCUSA

El jefe de la revolución triunfante reconoce su incapacidad para gobernar por no haberse adecuado a los requerimientos de los políticos que saben más que él acerca de las conveniencias del pueblo y sus necesidades.

Los políticos destacan la ingenuidad del líder revolucionario.

EL PASADO NO EXISTE

Así lo asevera el nuevo jefe del Parlamento que recurre al buen criterio de la clase política para administrar el caos al que sumió Gavilán al país con su insensata revolución.

«No podemos supeditarnos a las alucinaciones de un caudillo que sólo se interesa en el bienestar del pueblo descuidando las necesidades de la clase política.» Así se expresó uno de los líderes del Parlamento, saliendo al paso a las declaraciones inconsultas de Ilaudino Gavilán, conocido como subversivo que quiso imponer ideas propias en lugar de asumir las universalmente aceptadas de la política y la convivencia armónicas con el ejército y la iglesia.

Los representantes de todos los partidos políticos de la República, en un acto realizado frente al Panteón de los Héroes, luego de la entonación del Himno Nacional y un homenaje floral a los caídos en la infausta revolución comandada por Ilaudino Gavilán -un campesino ignorante y obtuso, surgido de las masas populares y que alcanzó cierto renombre con el golpe de estado que derrocó al gobierno anterior, puso en claro la vocación de los políticos que olvidando sus diferencias ideológicas, se unieron en un abrazo de hermanos, dispuestos a darse mutuo apoyo, señalando que las palabras de Gavilán, que hace hincapié en la necesidad de servir al pueblo de la República, es mera demagogia, la cual no debe entrar a formar parte de un gobierno consolidado con la sangre de tantos paraguayos a quienes debemos todos el homenaje eterno de recordación y gratitud.

Se hará una misa en la catedral en memoria de los mártires caídos durante la revuelta de Gavilán, que enlutó a tantos hogares paraguayos. Uno de los oradores manifestó en un encendido discurso: «No necesitamos más héroes, necesitamos políticos solamente interesados en la cosa pública», recalcó.

GAVILÁN SE ESCONDE Y LUEGO HUYE

El revoltoso Ilaudino Gavilán, luego de verse envuelto en una serie de situaciones que no supo explicar, huyó del país, temeroso acaso de que la justicia encuentre en él al causante de tanto sufrimiento en la población civil de la República.

Los grupos políticos que se hicieron cargo del gobierno insisten en señalarlo como el causante principal del golpe que derrocó al gobierno constituido. Se comenta que representantes de diferentes tendencias políticas están en negociaciones para distribuirse los cargos de un modo armónico que permita el desarrollo nacional, libre de advenedizos y alucinados.

Un parlamentario manifestó «tenemos pruebas suficientes para afirmar que Gavilán no quería otra cosa sino levantar a los nobles y sacrificados campesinos para que éstos, una vez armados, tuvieran suficiente fuerza para derrocar a las clases políticas, indispensables para la buena administración de la República».

Y el mismo destacado ciudadano se pregunta «¿qué sería de un país donde no haya políticos?»

LOS POLÍTICOS ACUSAN A GAVILÁN DE SUBVERSIVO Y COBARDE LUEGO DE SU HUIDA

Tras aclarar que su postura es la de un demócrata intransigente, el representante del gobierno constituido manifestó que Gavilán ha dado una vez más muestra de su cobardía al huir de nuestro país para no afrontar los cargos que los grupos políticos y las fuerzas armadas le plantean.

No podemos seguir soportando a alucinados que se creen semidioses, dijo el político en cuestión. Nosotros somos los únicos que podemos salvar a la Patria, porque somos los políticos, los únicos interlocutores válidos para analizar y discutir las necesidades del pueblo, porque comprendemos cabalmente el profundo sentido del pueblo y las necesidades emergentes de su condición de campesinos varias veces frustrados por engañosos líderes como Gavilán.

Se sintió ingrátido.

Era todavía capaz de percibir la presencia de su masa informe, ajena a él a pesar de haberlo cobijado durante tanto tiempo en un tiránica y veleidosa unión entre lo más espiritual y lo más físico revolcándose con las pestíferas emanaciones del tembladeral de pasiones y mezquindades de su cuerpo.

Supo que ahora llegaba la separación definitiva y le embargó cierta melancolía, semejante a aquella dulce y triste que se apoderaba de él cuando las tardes de invierno se revisten del abrigo denso y gris de las nubes y las calles permanece húmedas a causa de la llovizna que sin falta acompaña al viento del este.

Ya no más desasosiego, ni dolores para ese cuerpo inerme, sin expresión, sin emociones, una figura de alfarería que busca reproducir en sus facciones de músculos muertos, las huidizas expresiones de la vida, esa constante mutación del semblante inquieto e insatisfecho del alma escondida en su interior.

No más inquietudes, ni dolor, vibraciones alertas al placer o al sufrimiento. En fin, la presencia absurda de su ausencia.

Una vez sepultadas las casi insoportables angustias del amor, la voluptuosa satisfacción del deseo, la búsqueda renovada de sensaciones para los nervios tensos, la piel, esa vasta superficie que nos limita y nos faculta a percibir la sensualidad de la vida, las flores de la primavera y las voces tiernas de los niños mal pronunciando las palabras, la risa de las mujeres llenando el aire de grandes carcajadas cadenciosas, satisfechas de felicidad por tantas cosas sencillas y agradables que motivan en ellas la contagiosa algarabía de su risa, no queda nada.

¡Qué lástima!

Eduardo captó ese sentimiento separándose de él. Diluyéndose en el humo de coloración azul que ascendía después de rodearlo un instante. Qué lástima no poseer capacidad para apreciar mejor ese maravilloso concierto en medio del cual somos arrojados al nacer. Ese mundo concreto de bosques y seres vivos, de sonidos infinitos en su variedad y mutación, en sus vaivenes de luz, como luciérnagas que ondulan en la oscuridad de la noche campesina como estrellas alucinadas de una cosmogonía ignota.

Habría sido una oportunidad que se me ofreció, sentado en la penumbra de una lámpara a kerosén, que iluminaba desde la pieza de hospedaje nuestras figuras expuestas al rocío, conversando de cualquier cosa, el río corriendo cerca con su murmullo invisible, con el vaso de caña áspera cortada con pomelo y refrescada con abundante hielo, observé (estaba allí, no tuve más que fijarme en ella) una nebulosa de luciérnagas, algunas inmóviles en su sitio, otras desplazándose en circunvoluciones medidas y ajustadas a una lógica superior a mi corto entendimiento.

Se diluyó el resplandor de la tristeza causada por esa conmiseración tardía y ello permitió a Eduardo expandirse más, surcando a velocidad constante la cavidad abierta en el enigmático éter que lo sorbía sin percatarse de ello.

El miedo, en varios tonos de gris y cierto tinte que lo hace repulsivo y pringoso se posesionó de él por un instante. Eduardo captó la presencia de un violento estremecimiento, más intenso que esos escalofríos que tantas veces le causaron la paralizante conciencia de ir cayendo en el abismo sin fondo de un sueño espantoso mientras su corazón se encogía, atrapado por las redes crueles del miedo. Era eso, esa luminiscencia opaca que escapaba alrededor suyo, ese humo cada vez menos denso. Despreciable, se dijo Eduardo, vano y despreciable miedo que ni siquiera posee la espontaneidad del horror, ni su grandeza. Es apenas una culebra fría y obtusa, tan desagradable a la vista que al sólo pensar en la posibilidad de un contacto ya se incrementa la repulsiva sensación de su forma pastosa y repelente.

Se diluyó como antes la lástima y siguieron separándose de Eduardo y de su cada vez más incierta realidad los distintos colores que antes integraban el viejo cuerpo que yacía lejos de él.

Él era esos colores difuminados. Él era ese amor y esa tristeza, esa breve sensación de ausencia. Todo se fue dispersando mientras avanzaba por un espacio silencioso que le permitía conocer (libre ya de casi todas las pesadas capas de su personalidad), cual era el sustituto de esas costras terrestres: la calma invariable, la quietud luminosa del vacío. Esa caverna sin recuerdos, sin los dédalos de la memoria, el final de ese largo purgatorio cuyo comienzo fue señalado por la sorpresa que sustituyó todo tipo de conjeturas, hijas espurias del raciocinio humano, tan ágil en su dialéctica como ingenuo en cualquiera de sus síntesis, humanas también, hasta alcanzar este nuevo estado de conciencia clara, sencilla, la anhelada paz que tanto había perseguido, la felicidad completa y límpida, ese ser Eduardo, transparente, sin colores bellos o repulsivos que hasta entonces lo habían conformado dándole nombre y apellido, forma e historia, existencia al fin, de la que carece ahora, de vuelta a su origen primero, a su realidad fundamental, pasando de ser Eduardo a ser esa unidad sin memoria, sin comienzo ni final, integrado-desintegrado, siendo todo al dejar de ser, una vivencia absoluta, un espíritu original de regreso. Eduardo sin Eduardo, luz sin emisor, despertar al amanecer crepuscular y retorno a la completa entropía del alfa y el omega.

Toma tiempo el ser olvidados, Eduardo, siempre dejamos algo que de nuevo nos hace surgir a la vida cuando esa gente que nos conoció, nos amó, nos tuvo envidia, odio o desprecio, vuelve a recordar, por casualidad, lo que alguna vez fuimos. Toma tiempo, Eduardo, que todos esos recuerdos desaparezcan, que todas aquellas personas y a veces hasta sus descendientes nos olviden por completo.

Sólo entonces puedes librarte de ese universo opaco, denso y sin luces al que te viste arrojado, donde tuviste tiempo para revisar, como en un caldo de cultivo, todas las contingencias de tu vida, hasta sus más inocentes segundos, hasta los recuerdos más ocultos.

Allí estuviste, Eduardo, recorriendo tu sendero, revisando las cuentas que quedaron pendientes. Vuelves a tu madre para poder constituirte en lo que eres, una onda, una renovada posibilidad, otro círculo con otro radio que volverá a perderse en el ruidoso mundo de los sentidos, de la realidad manifiesta de dolor y angustia, de amor y alegrías, de esperanza.

Se sintió en paz. Un silencio inmenso lo abarcó todo y se deshizo hecho hilachas en la inmensidad abierta a un universo desconocido e inexplicable, tras cuya integración, sólo existe el misterio.

Eduardo había desaparecido.

La cabeza de la muñeca de trapo decapitada le sonrió al entrar:

-Hola, Arnaldo -dijo con voz de falsete-. ¿Ya venís?

Estaba en la cuna de Rolo (el cuerpo en el suelo, de cualquier forma, desparramado), y a su alrededor, con los ojos cerrados, las cabezas de Lelia, Petronila y Eduardo teñidas de un color verde pringoso.

Cerró la puerta y se recostó contra ella.

La escena se le antojó grotesca pero no dijo nada. Los ojos de la muñeca -botones verdes- colgaban de sus cuencas de tela, descendiendo el de la izquierda hasta la boca sostenido por un hilo.

Arnaldo se acercó para ver mejor.

Pisó el cuerpo de trapo y la sonrisa desapareció de los labios de la muñeca y se transformó en una mueca de dolor.

-¿Te duele? -preguntó.

-A ellos también -respondió.

Se fijó pero ninguno de los otros rostros cambió de expresión.

-No sienten nada -dijo Arnaldo con acento despectivo.

-Les duele pero no se pueden mover -dijo la muñeca que volvió a sonreír cuando el hombre levantó el pie de sobre su cuerpo de trapo-. Gracias -dijo como disculpándose-, yo no tengo la culpa..., pero siento igual...

-¿Qué les pasó? -hizo un gesto con el mentón señalando las cabezas.

-Estaban aburridos, entonces vino Rolito y les dijo si no quieren sacarse los brazos o una pierna. Si te vas a la otra pieza vas a encontrarlos... Están todos esparcidos porque Rolo se

aburrió de jugar y los dejó así, tirados en cualquier parte. Pero enseguida vas a saber de quién es por su forma.

-¿Y Rolo?

-Se fue al patio.

Arnaldo pasó a la otra habitación. Allí vio que dos piernas de un mismo lado descansaban sobre la almohada de su cama. Las manos de Lelia, con las palmas hacia arriba, sostenían las de Petronila.

Vio el torso de Eduardo ubicado en la silla, pero no pudo hallar, con la ojeada rápida que hizo, el resto de las partes.

-Yo tenía miedo que ya hubieran llegado esos tipos y me estén esperando -dijo Arnaldo en voz alta-. Quieren que cumpla lo que les prometí o que les devuelva su plata... y no tengo.

Se fueron sumando los compromisos y a Arnaldo le parecía que el mes se acortaba hasta que no supo discernir entre el principio y el final de cada uno de ellos.

Frente a su casa lo esperaban sus acreedores, quienes al verlo acercar, se dirigían hacia él armando una algarabía infernal de gritos y reclamos que acabaron por convertirse en el entretenimiento diario de los vecinos, ya que al acercarse la hora de volver Arnaldo a su casa, los vecinos se acomodaban en la vereda con alevosa hipocresía, queriendo dar a entender que su presencia en los sillones o el estar apoyados en las murallas de sus casas era algo fortuito.

Cuando por fin Arnaldo lograba entrar a su hogar, allí lo esperaba Lelia llorando.

Comenzaba a recriminarlo por su desgracia de ella y la inutilidad de él, atormentándolo hasta en la cama, donde volvía a llorar un poco, tratándole de desgraciado e inútil hasta que quedaba dormida.

Esto siguió así hasta el día en que se deshizo todo ante los ojos aterrorizados de Arnaldo.

Los marcos de las puertas y ventanas de madera empezaron a desprenderse en explosiones silenciosas. Del vientre de la madera salían en tropezos los cupi-i, desordenados, negros y repulsivos montones con sus panzas blancuzcas, los que por años habitaron el interior de la madera carcomida, ocultos en ella.

Contuvo un grito y salió al patio, viendo cómo los insectos se apoderaban del piso y las paredes, libres al fin en esa libertad horrorosa de moverse sin un plan definido, pesadas y torpes, cruzándose en sus caminos o agrupándose sin objeto, en conciliábulos extraños.

-Rolo dijo que iba a venir ahora después para ponerle bien, pero seguro que se olvida. Él con lo único por lo que piensa es para hacerle sufrir a esa su hormiga cuera que rejunta por ahí -le llegó la voz de Petronila, desde la otra pieza.

-Es capaz que lleguen y ya no va a haber nadie para atender la puerta y decirles que no estoy -susurró Arnaldo, restregándose las manos y haciendo sonar los huesos de sus nudillos.

-La vez pasado también jugaron pero Petronila y Lelia nomás. Se ríe mucho. Petronila puso las piernas de Lelia sobre la cama, muy separadas, después los brazos también alrededor de su cintura y cuando estaba descuidada...

-Me dijeron que tenía veinticuatro horas. Les prometí que iba a estar listo pero no pude y ya gasté la plata. Ayer me estuvieron esperando a la salida. Yo tardé pero lo mismo..., seguían allí.

-A veces es por Rolo que quiere jugar Petronila -siguió diciendo la muñeca-. Le acaricia, siempre está que le quiere besar y abrazar, pero vos no ves luego nada..., ¿verdad?

-Si no les devuelvo la plata van a comenzar a gritarme otra vez y es capaz que se entere el jefe. Pero ya gasté todo..., no sé qué lo que voy a hacer -Arnaldo se sobresalta al escuchar que golpean a la puerta-. ¡Ahí ya vienen!

Los golpes se repiten fuertes e insistentes y hasta él llega el sonido de voces airadas, llenas de amenazas. La cabeza de Petronila abre sus ojos y los deja clavados en Arnaldo.

-Yo les quiero -dice quejumbrosa-, vos nunca vas a poder darle lo que tengo..., lo que soy..., lo que siento...

-Vas a ser siempre eso que estás ahí -dice Lelia sin abrir los ojos-, ¡un pelele miedoso!

-Tengo que irme. Son capaces de romper la puerta -escucha el ruido de vidrios que caen-. No pude cumplir..., no tengo la culpa. ¿Por qué tengo que ser yo el que pago todo? Cuando consiguen lo que quieren ni me saludan después..., ni me miran, me tratan como si fuera una mierda...

-Sos un inútil que no servís para nada... Tenés miedo de tu jefe, tenés miedo de esos asquerosos que te pagan... tenés miedo hasta de...

-¡Hipócrita! -grita Petronila-. Te hacés el honrado y sos un sinvergüenza vendido. Si te pide que te ponga de cuatro ¡te va a poner también!

-¡Chupamedia!

-¡Infeliz!

La muñeca rompió a reír entre aullidos. Las bocas de las otras dos cabezas seguían insultándolo sin cesar. Arnaldo observa sus labios abrirse y cerrarse como ventosas y las lenguas rosadas ir y venir entre los dientes, revolcándose bajo el paladar para escupir nuevos insultos. Sólo Eduardo sigue con los ojos cerrados y con la piel verdosa en su palidez incierta.

-Me tengo que ir -dice Arnaldo y pasa a la otra habitación.

Las piernas de su mujer se cruzan ante él y lo hacen trastrabillar hasta casi caer al suelo. Se mueve inseguro y sale al patio. Escuchó todavía las risotadas de la muñeca de trapo y las exclamaciones airadas de Lelia y Petronila.

Rolo se volvió a mirarlo, sin sonreír. La abuela pasó sobre él sus ojos ciegos, tendiendo una mano macilenta y huesuda que sostenía un puñado de hongos blancos.

De la garganta de Lelia escapó el vómito verdoso que la venía atormentando y al chocar contra el piso se esparció salpicando las botamangas del pantalón de Arnaldo.

-¿No querés agua? ¿Un poco de agua? Jhe...

-Sí.

Lelia cerró los ojos y tras sus párpados explotaron destellos intensos y dolorosos. Sentía retortijones en la boca del estómago. Le traspasó otro punzada que la tiró hacia atrás, mordiéndose los labios para evitar un grito. Sudaba.

-Voy a llamar un taxi para llevarte al hospital -dijo Arnaldo.

-¡Papá... papá! -gritó Rolo-. ¿Qué le pasa a mamá?

-Nada -responde Arnaldo-. Andá a jugar en el patio. Mamá se siente mal. Ya va a venir tu hermanito..., por eso nomás..., bueno, andate...

El niño mira el rostro húmedo, las mejillas pálidas, los labios temblorosos y el cuerpo tenso que vuelve a levantarse el tronco y la cabeza para vomitar de nuevo.

-Ahí viene otra vez -gime la mujer-. ¡Ay, Dios mío...!, Arnaldo -se toma del brazo del marido-, decile a esta criatura que salga. No aguanto más.

-Andate, Rolito, tu mamá se siente muy mal -el niño obedece de mala gana yendo hacia el patio donde minutos antes interrumpiera la cacería de hormigas.

-Y justo hoy que no está Petronila -se queja Arnaldo-. Voy a llamar un taxi.

-No..., no me vayas a dejar sola, Arnaldo. Ahora está pasando un poco. Traeme otro vaso de agua, por favor ¿querés?

-¿Te pasó?

-Sí -lo mira-. Voy a prepararme.

Faltan tres días.

Ya no es un hombre. Sólo carne, manos crispadas y la cabeza que golpea sin cesar contra la almohada empapada de terror.

Faltan dos días.

Vive envuelto en la fetidez que emana de su cuerpo, del orín y la defecación incontroladas de su organismo demente.

Ayer ya se estuvieron peleando ya otra vez. Se pelean mucho por ahora y yo tengo miedo cuando gritan. Ayer me levanté y me fui a su pieza porque me asustaron. Papá gritaba como un loco y mamá también, pero llorando y le decía sí porque era así y porque lo que ya no le quería más a ella ni a su hijo, que ella no tenía ni bombacha para ponerse y él sí que andaba por ahí con mujeres y le veía todo el mundo, que a él no le importaba luego porque se cree no sé qué y es un pobre infeliz que no tiene ni dónde caerse muerto. Papá gritaba como un loco y le decía cosas feas. Yo no entendí pero sabía que eran cosas feas por la cara de mamá y porque la boca de papá se movía como siempre que le dice groserías. Repetía y repetía no sé qué de Petronila y le contestó que por lo menos le daba calor (o amor), no entendí bien porque hablaban los dos juntos. Entonces fue que papá agarró la frazada nueva y tiró en el suelo hacia el patio y mamá le dijo ¿por qué no alzás la frazada nueva para que no se descomponga? Cuando me vieron que les miraba y lloraba, ella dijo mirá cómo está tu hijo y él tu hijo ha de ser, entonces me puse más triste y tuve más miedo todavía porque ninguno quería que yo sea su hijo...

Se pelean mucho, siempre igual y dicen lo mismo, ella empieza a llorar o grita más fuerte. Al día siguiente no se hablan. Papá suele venir a dormir conmigo -pero tampoco me habla- o si no viene mamá. Ayer, después que se pelearon, mamá agarró la frazada que papá tiró en el suelo y vino a mi pieza. Yo me callé pero seguía teniendo miedo cuando sentí los ruidos que papá hacía en la otra pieza. Mamá se mueve despacio ahora que está tan grande. Ayer durmió conmigo. Seguía haciendo ruido con la nariz. Hoy no se hablaron. Comimos temprano, antes que papá venga y nos acostamos para dormir la siesta. Yo no quería pero me callé. Cuando están así, mejor no digo nada. Si es posible, mejor que no te vean luego. Por eso estuve jugando en el patio con mis hormigas. Agarré muchas que se subían por la pierna de la abuela.

Cuando me cansé de estar solo en el patio, salí a sentarme en el cordón de la vereda. Hacía un poco de frío y mis manos estaban heladas. De vez en cuando me agachaba para tomar alguna piedrita y la tiraba contra la columna que está enfrente de la casa de doña Elisa. Pasó también doña Raquel que venía del mercado, con su bolsón y su cabello enrulado que parece que no se peina nunca. Se quedó a charlar conmigo. Cuando me ve, ya se queda a hablar conmigo de cualquier cosa, un ratito. Es una vieja buena, siempre me está

regalando caramelos o galletita, cualquier cosa. Pero siempre parece despeinada y mal vestida.

Le visto a papá cuando venía y tuve miedo otra vez porque seguro que no se van a hablar. Me tocó la cabeza y me dijo hola. Tiré otra piedrita contra la columna y acerté. Hizo un «tan». Después entré a casa. Mamá me llamó y me dijo que duerme la siesta. No sé qué hacer, no tengo sueño y me aburro así. Dentro de un rato me voy a levantar y me voy a ir al patio. Por suerte hoy no tenemos clase.

-Ya hice pedir el auto.

-Y no tenemos nada..., ni un camisón.

-Te voy a comprar uno cuando estés internada.

-Quedate conmigo, Arnaldo -dice la mujer entre sollozos.

-No me voy a ir a ninguna parte. Doña Elisa va a pedir el auto. No te preocupes.

-Me pasó más..., pero tengo un feroz malestómago. Te dije luego que estábamos sobre la hora.

-Y..., bueno, Lelia, vamos a arreglarnos. Cuando te deje en el hospital voy a ver de conseguir dinero para comprar las cosas.

La mujer va y viene colocando sobre la cama pequeños trozos de tela de diversos colores. Culeros, pañales, una sabanita bordada con la figura de Bambi, el escarpín que había sido de Rolando, dos baberos. Hace un paquete con todo y lo coloca en el bolso de plástico sin agarraderas.

-¿Eso es todo lo que tenemos? -preguntó Arnaldo-. Cuando iba a nacer Rolo había el doble por lo menos...

-Ya te dije -respondió Lelia sin mirarlo-. No pude comprar nada. Apenas pude tejer esta colchita y todavía no terminé -Lelia se sienta en una silla para dominar la punzada que recorre su cintura y de sus labios escapa un sonido tenue, inarticulado.

-Viene otra vez...

La bocina del taxi suena en la calle.

Falta un día.

Pudieron sentarlo en la mecedora de mimbre y bañarlo. Vio a su alrededor caras conocidas y descubrió en ellas que lo observaban con miedo. ¿Le tenían miedo a él? ¿Por qué?

-Hoy me siento mejor -dijo don Eduardo cuando volvieron a acostarlo en la cama limpia.

-Qué suerte, tío Eduardo -exclamó Lelia sin sonreír.

-No me acuerdo de nada -dijo el enfermo.

-Ahora tiene que descansar, don Eduardo -comentó Arnaldo.

-Sí -respondió Eduardo-, estoy cansado... ¡tan cansado!

-Ahí ya está el coche.

-Esperá que pase un poco más..., no puedo...

-Aguantá un poquito más..., vos siempre fuiste guapa..., mamita.

El dolor se abre en sus entrañas con una nueva explosión de galaxias enloquecidas que giran ante sus ojos.

De nuevo suena la bocina.

-Andá decile que espere -Arnaldo se dirige hacia la puerta con el bolso de las ropas.

-Está pasando, dame el brazo, me parece que ya puedo caminar.

-No te apures, si querés esperar más...

-No, mejor vamos ya...

Llegan a la calle. El chofer abre la puerta del vehículo. Lelia sube. Rolo mira la hormiga que tiene entre los dedos. La coloca en la palma de su mano y el insecto, patas arriba, se agita, hundido en un huequito de la línea del corazón. Es un torbellino. Levanta la cabeza, el trasero negro, mueve las patas. Rolo comienza a reír divertido. El auto se aleja. Vuelve a presionar el pulgar sobre el insecto. Quita el dedo y ve un pequeño ovillo inerte.

-Se habrá muerto -piensa, pero enseguida los movimientos de la hormiga recobran urgencia con el terror ciego del que sabe que su muerte está cercana-. Si la aplasto, se muere y va a seguir estando en mi mano, después la tiro. Pero vive todavía, mueve las patas y vive, un minuto más. Cuento hasta cien y después le aprieto fuerte y se muere. La tiro al suelo y me olvido de ella. Pero ahora está viva y quiere huir para seguir viviendo...

-Cuenta:

-Uno..., dos..., tres..., cuatro...

-Creo haber elegido el camino correcto, el más conveniente para todos -dijo Rolando dirigiéndose a quienes lo escuchaban con atención-, para ninguno de nosotros esta vieja casona tiene valor sentimental. A mí en especial, me resulta hasta odiosa. Ana Inés ni siquiera la recuerda. Creo que vivió dos o tres años en ella, ¿verdad? -exclamó dirigiéndose a su hermana, que estaba frente a él-. ¿Cuántos años tenías cuando ocurrió la desgracia de papá? Dos o tres, lo máximo...

Al entrar a la casa, ninguno de ellos observó nada en particular, a no ser las viejas paredes despintadas, los vidrios rotos, empañados por la suciedad, las esquinas recubiertas con densas capas de telaraña, que llegaban hasta el cielorraso.

Algunas puertas, cuyos goznes estaban rotos, no se podían ni abrir ni cerrar del todo y el patio se había transformado en un impenetrable muro de malezas.

-Ha de haber hasta víboras aquí -exclamó Ana Inés con cierto aire de desprecio que encubría el temor-, no sé cómo nadie pudo vivir alguna vez en una casa como ésta...

Del sitio donde se acumulaban antiguos muebles provenía el olor nauseabundo de papeles y desperdicios olvidados dentro de ellos. Papeles viejos, libros y diarios enmohecidos y apelmazados, cuyas hojas, soldadas unas a otras, era imposible separar sin destruirlas.

-Son de la época en que vivíamos aquí -dijo Rolando.

-¿Y de eso cuánto hará? -quiso saber Ana Inés.

-Ya te digo..., vos habrás tenido dos años más o menos cuando nos fuimos de aquí.

-Mirá, éste es un libro de poesías -exclamó Ana Inés abriendo por el medio el tomo de hojas soldadas unas a otras-, se puede leer algo todavía, pese a que la humedad casi ha borrado las letras, escuchá:

Quando vibra tu cuerpo
Se encienden los lapachos
En agosto florecidos
Y al ser dos
En esa soledad tan nuestra
Brotó el brillo que ciega los sentidos

Al calor de los cuerpos
Las soledades se hacen una
Y somos tú y yo
-Desconocidos-
En esta primavera
Que desnuda su anhelo
Y oculta su desvelo

De esas soledades
De tu cuerpo y del mío
Brotó la chispa
Y me dio vida.

Nadie le prestó atención. Ana Inés arrojó el libro entre otros papeles viejos y se sacudió las manos.

-¿Y desde entonces no se volvió a ocupar la casa? -preguntó asombrado el hombre de la inmobiliaria que estaba cerrando el trato de compra venta.

-No -respondió Rolando-, ni se volvió a abrir. La verdad es que nunca nadie entró más aquí. Mire nomás usted la muralla del fondo, la que da a la otra calle... Se habrá caído hace años, cuando una de las plantas de mango se derrumbó sobre ella. Yo ni me enteré hasta unos días atrás cuando hablé con usted para cerrar el trato. A lo mejor los vecinos ni saben a quién pertenece ahora esta casa. Todo el barrio está cambiado. Es un lugar comercial y creo que ese programa de propiedad horizontal que tiene su inmobiliaria va a resultar un éxito total.

-En la planta baja pensamos construir un supermercado -explicó el hombre-. Sobre él irán cinco pisos de oficinas y luego la torre de diez pisos más para departamentos. Será uno de los edificios más altos y de mayor categoría de la ciudad.

-Buen negocio para todos es buen negocio siempre -terció el marido de Ana Inés.

-Sin duda -dijo Rolando-. El terreno es grande y la ubicación inmejorable. Sale a ambas calles. Supongo que pronto van a comenzar la demolición de este cucaracherío -expresó Myriam, sonriendo.

-Bueno..., si el doctor firma mañana los papeles, creo que la demolición se iniciará el lunes -opinó el de la inmobiliaria.

-Mi esposa siente especial aversión hacia este caserón viejo -dijo Rolando sonriente-. Así que iré a firmar mañana, de modo que no queden ni rastros de su existencia. No sé por qué le tomaste rabia -dijo dirigiéndose a Myriam.

-Me da escalofríos -respondió la mujer, sacudiéndose.

-De cualquier manera, tuvieron suerte, doctor, de no llevarse una sorpresa desagradable -comentó el de la inmobiliaria-. Algunos propietarios que como ustedes dejan sus casas abandonadas, cuando deciden ocuparlas o quieren venderlas, se encuentran con que en ellas están afincadas una o más familias y aparte de descubrir eso, tienen que enfrentarse con problemas judiciales los que de suyo son engorrosos y a veces, les plantean hasta recurso de amparo y los dueños legítimos son tratados como monstruos de inhumanidad por una prensa escandalosa, amarilla, cuyo máximo triunfo consiste en mantener a sus lectores al tanto de cuanto chanchullo le hacen a la gente decente, ya que no pierden oportunidad de mostrar a los desamparados e indeseables inquilinos en fotografías que exhiben su patética

situación de desamparo..., gentuza de la peor calaña, digo yo..., pero ahí están y los legítimos propietarios convertidos en comidilla de la ciudad, vapuleados por unos, defendidos por otros -los menos-, pues con esa astucia artera que les es propia, los periodistas transforman lo que no pasa de ser intromisión en la propiedad privada, en un melodramón que envidiaría la tele, donde los villanos son aquellos a quienes asiste todo el derecho del mundo de disponer lo que es suyo.

-En realidad -terció el marido de Ana Inés-, yo ni sabía de la existencia de esta propiedad... Vos nunca hablaste de ella -dijo dirigiéndose a su mujer.

-Para decirte la verdad, mi amor -respondió Ana Inés-, ya ni me acordaba hasta que vino Rody a decirme que estaba con ganas de venderla y era preciso que diera mi aprobación - hizo una pausa-, al principio me quedé mirándole como una boba, ¿verdad? -dijo dirigiéndose a su hermano-. No tenía idea de a qué caserón se estaba refiriendo. Después me explicó que era la casa de los viejos, que se estaba viniendo abajo y que creía el momento oportuno para venderla, pues el barrio se había transformado en un centro comercial. Y con el auge de las construcciones que hay ahora, podríamos sacar buen dinero por la casota ésta...

-Y tenía toda la razón del mundo, señora -dijo el de la inmobiliaria-. Desde luego que el doctor es nuestro cliente desde hace años y en más de una oportunidad nos cupo apreciar su sagacidad en los negocios.

Todos lanzaron una carcajada.

-Después Rolando habló conmigo -dijo el marido de Ana Inés-, me explicó que nunca volvió a pensar en la casa, que era algo así como una reliquia de familia, ya que fue propiedad de una especie de tío abuelo de su madre y ella nunca quiso separarse del inmueble, aunque tampoco volviera por allí desde la muerte de su marido, a quien yo no conocí... Doña Lelia sufrió mucho. Sí, sufrió mucho mi pobre suegra con esa espantosa parálisis que la tuvo atada a una silla los últimos años de su vida...

-Lo cierto es que esta casa se viene abajo -dijo Ana Inés, mirando de un lado a otro.

-A Jorge le gustó la idea -dijo Rolando dirigiendo una mirada a su cuñado y volviéndose luego al de la inmobiliaria-, y hasta le pareció una suerte haberla tenido olvidada por tanto tiempo, pues ahora este lugar vale mil veces más que hace tres años.

-Date cuenta nomás Rolando -dijo Jorge con entusiasmo-, hace cinco años no hubieras sacado gran cosa del terreno. Sin duda la propiedad es valiosa, ancha de fachada y comunicando dos calles importantes... Ideal. Fijate nomás que en ese lapso ya se levantaron varios edificios de departamentos y oficinas. Dentro de una semana van a venir las máquinas y en un año nadie va a recordar que alguna vez existió esta casona..., el avance implacable del progreso y la civilización... -agregó con cierta pedantería.

-Vamos, hombre -rió Rolando de buena gana-, que no estás frente a tus electores ni haciendo campaña proselitista...

-Lo que dice el señor es muy cierto, de todos modos, don Rolando. Es más, ya tenemos clientes interesados en las oficinas y cuando arranque la construcción, se van a pelear por las reservas -dicho esto, el hombre estrechó las manos de los demás, despidiéndose de ellos-. Lo esperamos en la inmobiliaria mañana, doctor. Yo tendré todos los papeles listos para su firma..., si puede ir con usted su hermana, adelantaríamos mucho las gestiones -sonrió por primera vez-, para mí también es un negocio satisfactorio. Me significó un ascenso... usted tiene fama de ser un cliente difícil, doctor.

-Las malas lenguas -dijo Rolando riendo-. Mañana estaremos los dos por la inmobiliaria.

Cuando el hombre se retiró, Rolando se puso serio y dijo como pensando en voz alta:

-Cuando papá murió, mamá ya no quiso vivir más en la casa.

-Le resultaría muy doloroso -opinó Myriam-. Hasta a vos te resulta penoso recordar esa desgracia -agregó-, ni siquiera el fallecimiento de tu madre fue tan duro...

-Es diferente -dijo Ana Inés-. La muerte de mamá era algo previsible.

-Sí, lo de mamá fue diferente -quedó pensativo-, tantas cosas suceden y uno ni se da cuenta del tiempo transcurrido. Uno se pregunta, al mirar hacia atrás ¿qué necesidad tenía de hacer esto o de que ocurriera esto o lo otro?

-Los recuerdos son como los puercoespines -acotó Jorge-. Creo que lo leí en algún lado. Siempre están clavando sus espinas, te encuentres donde te encuentres. El puercoespín lanza sus púas que a veces clava en sitios muy dolorosos como al acertar el lugar de las cosas que se dejaron de hacer con un ser querido, algún pequeño favor, esas condescendencias que por lo general les negamos a nuestros padres, no sé por qué, pero es así... Son púas de puercoespín.

-Sí -respondió secamente Rolando.

Cada pareja subió a su automóvil y se separaron dándose sendos besos de despedida.

Comenzaba a oscurecer.

-Y qué querés que te diga, Rolando -exclamó Jorge-, no sé..., es tu casa... Ana Inés y yo estábamos convencidos que ustedes formaban una pareja bien avenida.

-Llega un punto en que ya no es posible seguir, Jorge. Uno aguanta lo más que puede. Por el hijo, por la familia, por el qué dirán, pero llega el momento de sentirse harto y entonces ya no hay nada que hacer. Todo está acabado.

-Tal vez existe alguna posibilidad...

-No, ya está decidido -Rolando encendió un cigarrillo-. Yo ya trasladé las cosas indispensables a un hotel hasta tanto acabe este maldito asunto de la separación..., no tengo inconvenientes en que Myriam lleve lo que le corresponde..., y hasta algo más ¡con tal que me deje en paz!

-Todo comenzó con ese asunto de las hormigas -exclamó Miryam entre sollozos-, no sé cómo, Ana Inés..., no sé ni por qué... No entiendo más nada. Lo único que sé es que estoy desesperada.

-Pero así tan de repente -intervino Ana Inés-, éstas cosas pues no surgen así nomás..., se van armando..., tienen su proceso -hizo una pausa para aspirar el humo de su cigarrillo - Jorge, servile un whisky a Myriam, por favor.

-Gracias -dijo Myriam-, para mí todo fue tan sorprendente... Un balde de agua fría...

-Ahora se aclaró todo -exclamó Jorge dejando su saco en el respaldo de una de las sillas del comedor-, Rolando anda con una mujer mucho más joven que Myriam..., la pobre... ¡Así de simple! De ahí viene todo este lío.

-No te puedo creer -dijo Ana Inés.

-Ayer lo vieron cenando muy orondo con la joven dama...

-¡Dios mío!

-Con lo que te quiero decir que para este asunto no hay remedio. Al menos, por ahora... Cuando a un hombre de su edad le da por ahí... ¡la cosa es brava!

Ana Inés quedó pensativa.

Rolando abrió la puerta de su auto, un hermoso Volvo Sedán color azul eléctrico, con aire acondicionado y equalizador Pioneer de cuatro parlantes que había hecho colocar al mes de adquirido el vehículo. Apretó el casete y después de dos primeros acordes el aire se llenó de la voz tibia de Daniela Carrá.

Encontrarnos tú y yo

Es un juego fantástico
El amor es más que amor
Como en un sueño mágico

A Rolando le gratificaba sentir bajo sus manos el volante cubierto con un protector de cuero y bajo sus pies los pedales, en especial el acelerador que, apretando a fondo, transformaba al vehículo en un bólido, aun cuando dentro de él, con las ventanillas cerradas, casi no se percibe la increíble velocidad de doscientos kilómetros por hora con que se desplaza en la ruta.

Descubrirnos tú y yo
Palmo a palmo, idénticos
Es vivir más que vivir
Es vivir todo al máximo

Era algo más de las siete de la noche. Oscurecía y la gente, sudorosa y cansada, se dirigía a sus casas. Los restaurantes comenzaban a llenarse. Él tenía una cita con Marina.

Tuvo varias semanas de depresión después de haberse concretado su divorcio con Myriam. No podía dormir y cuando lo hacía, llegaba hasta él el rostro serio y sin expresión de Rolito mostrándole una botellita llena de hormigas que corrían desesperadas dentro de ella. Despertaba sobresaltado, transpirado. Permanecía por largo tiempo sentado en su cama, en la oscuridad, reponiéndose de lo que le resultaba una pesadilla pavorosa.

-Te quiero dedicar una canción, Rolando -le dijo Marina algunas semanas después de conocerse-; para mí, es la única que vale la pena de la colección..., pero expresa mis sentimientos hacia vos..., inequívocamente.

-Ah -exclamó Rolando-, Daniela Carrá...

Cariño mío..., cariño mío...
Dos aguas van formando un mismo río
Tu sueño se va haciendo sueño mío
Y ya no hay diferencias entre tú y yo...

-Ésta que te dedico, se llama «Yo no sé vivir sin ti».

-Bueno... -dijo Rolando- el nombre ya me gusta.

Yo no sé vivir sin ti
No sé cómo decírtelo
Porque uno como tú
No podría inventármelo...

Encendió el motor que rugió con toda su potencia dando cumplimiento a la orden. El aire acondicionado llenó enseguida el ambiente y el auto se desplazó raudo entre el tráfico y la gente.

Por la tarde cayó un ventarrón seguido de aguacero y granizos. Fue tan súbito que empañó a los transeúntes sin darles tiempo a protegerse. La tormenta se apaciguó tan de repente como había empezado y permitió que el sol, antes de ocultarse, lanzara esos rayos anaranjados que marcan un contraste destacado entre la luz y las sombras.

De golpe se derrumbó la noche y se encendieron los faroles de células electrónicas que reaccionan ante cierto nivel de oscuridad.

Ya lo habían hecho antes, engañadas por la noche artificial creada por la tormenta y daba risa ver a los focos encenderse y apagarse cada vez que resplandecía un relámpago.

Los riachuelos aún corrían por la calle, el agua seguía goteando de las cornisas y la gente volvió a transitar, conversando, riendo o sólo yendo de un lado a otro. Se posesionó de Casola la sensación de hallarse incrustado en alguna ciudad extranjera.

Estaba en el centro cuando se vino el chubasco y entró a una librería cualquiera donde se entretuvo hojeando los libros y revisando sus precios pero sin intención de comprar nada. Había salido esa tarde para cumplir con algunos menesteres atrasados. Llevaba puesto el viejo impermeable de plástico, incómodo y caliente pues al sudar se le pegaba a la piel de los brazos. Se mojó como todos porque no tuvo tiempo de encontrar protección y el cabello sobre la frente y goteando dentro del impermeable le confería un aire descuidado y de abandono.

Miré a mi alrededor sin ver a ningún conocido. Me sentí fuera de lugar, inmóvil junto a una columna de la esquina en medio del ir y venir de tantas figuras que no me decían nada.

Podría haber pasado por otro atardecer lluvioso de verano pero no era así porque me sentía preso en la esquina donde me encontraba y aunque intenté, no pude obligarme a dar un paso.

Poseído por la hora, cuanto se cruzaba frente a mi mirada atónita adquiría una vivencia particular, pero sin encontrar en ello ninguna magia o premonición.

Como si fuera invisible, veía a los demás, los escuchaba sin entender sus palabras, adquirirían personalidad un segundo y luego desaparecían. La gente, los autos, las vidrieras, el denso clamor de la ciudad que me orilla remoto enfrentándome de golpe a esa desconocida llena de ruidos y edificios nuevos.

Se apoderó de mí una ansiedad sorda y desesperada que me hizo recurrir a una gran fuerza de voluntad para no extender la mano y asir del brazo a cualquier transeúnte, hombre o mujer que pasaba a mi lado, sólo para cerciorarme de ellos.

Con los cabellos canosos caídos sobre la frente, mi impermeable demasiado grande y el haber estado en la esquina por más de una hora ya me volvía bastante sospechoso y si le tomo a alguien del brazo, es capaz que grite, pensé. Decidí que estaba de más en ese lugar.

Extraje un cigarrillo y lo prendí. Di unos pasos. Crucé de vereda y una vidriera me reflejó. Al principio no pude identificarme. Después me reconocí en el rostro adusto que me observaba desde el vidrio. Un rostro trajinado de arrugas que naciendo en la frente descendían a ambos lados de mis mejillas arrastrando su aridez de arroyos secos y olvidados. Era un rostro opaco, nublado, sin sonrisas.

Esas calles, esas luces, esas vidrieras, esa gente, simbolizaban mi paso irreversible, mi camino transitado, mi pretérito sin vida dentro de la nueva ciudad, ruidosa, rica y miserable a un tiempo, brillante, llena de automóviles de lujo y de niños mendigos, de hombre y

mujeres cargados de ilusiones o, como yo, observadores desplazados del concierto, sin penas ni alegrías demasiado profundas que pudieran integrarnos al ritmo incesante y devorador de la noche de la ciudad.

Me encaminé a casa yendo con pasos lentos. Las calles volvieron a adquirir su modorra antigua lo que las hacía más acogedoras. Caminaba con la cabeza gacha viendo deslizarse bajo mis pies las baldosas irregulares de las veredas. Escuché risas y palabras, vi a niños que corrían, chicas y muchachos tomados de las manos, parejas cobijadas en la penumbra de los portones y zaguanes sombríos por la oscuridad creada por la copa de los árboles.

Al llegar a casa fui directo al escritorio. En la mesa de trabajo me esperaba una montaña de papeles. Los aparté y tomé un lápiz para anotar lo que se me había ocurrido durante el camino de regreso.

«Cuando Rolito comenzó a juntar hormigas y las fue encerrando en botellitas vacías o bajo las bocas abiertas por la sed de algunos vasos viejos de la alacena, sus padres habían llegado a un punto irreversible de su relación. Ni Rolando ni Myriam se soportaban más y sin atreverse a dar un corte definitivo a su matrimonio, llevaban una vida de insostenible tensión que explotaba sin motivo valedero, por cualquier nimiedad, haciendo de la vida del bonito departamento que tenían en uno de los edificios más modernos y caros de la ciudad, un infierno limitado por sus cuatro paredes.»

«Era una siesta ardiente, como son siempre las de enero, abotagadas por el zumbido de los autos que corrían desahogados, perdidos en la multitud.»

Me detuve.

Ya no quedaba nada por decir y me sentí muy solo sentado frente a esos papeles acumulados a lo largo de los años y que después de tanto leerlos y releerlos, acabaron por convertir su compañía en una necesidad física para mí. Algo ineludible desde el despertar hasta la noche. Eran exigentes y me obligaban a prestarle atención, a intuir o al menos presumir el oculto secreto de su existencia inmaterial.

Pero entonces no eran papel sino seres vivos que hasta ocupaban puestos importantes en mi vida diaria distrayéndome de otras que podrían ser de mayor beneficio para mí.

A veces me ponían nervioso, hasta lograban sacarme de mis casillas. A veces hasta tuve que interrumpir alguna actividad para tomar lápiz y papel y hacer veloces anotaciones, en cualquier lugar. Era lo que deseaban. Que anotara sus recuerdos, sus ilusiones o sólo sus caprichos de momento.

Ahora la novela está concluida y ya ninguno de los personajes volverá a interpelarme, a requerir mi atención, a luchar para sobresalir y volverse más concreto y definido, para captar mi interés o merecer mi amor.

Se transformaron en letras, en palabras, en frases.

Y a quién les importa, fuera de mí, que los tuve en mi regazo, que los vi nacer y alimentarse, después sufrir, los vi hundirse en la desesperación del sin sentido de sus vidas, destrozarse para avanzar (¿hacia dónde? ¿para qué?), a veces sin comprender sus reacciones, sus emociones. Quise acompañarlos, darles consuelo, evitar que se hirieran de un modo irreversible y con tanta saña que no pudieran volverse atrás. Pero eso ¿a quién importa?

-Ahora ya no tengo nada -dije en voz alta, recostándome contra el respaldo del sillón de mi escritorio y con la mirada lejana.

Pese a la futilidad del esfuerzo, quise agregar un capítulo más, ¡como si ello importara a la historia! Luego cerré los ojos, cansado, con el cansancio injustificado que no proviene del accionar físico sino del esfuerzo cotidiano por evitar un derrumbe moral, una depresión conducente a enfrentar el absurdo vacío de encontrarme frente a mí mismo, sin poder escapar, con una conciencia exigente que trata de demostrar que todo el esfuerzo fue en vano, un desgaste inútil que podía haber sido mejor aplicado.

Suspiré y guardé los papeles llenos de signos extraños que no me decían nada. Eran letras... Volví a recostarme contra el respaldo del sillón y clavé los ojos en el cuadrado que estaba frente a mí, sobre la repisa donde guardo algunos de mis libros.

Pero no veía nada.

Epílogo

La abuela Irene dejó sobre la silla, donde había estado leyendo bajo la santarrita, la última novela de Rolando. Se apoyó en el bastón que esperaba recostado contra la mata de la planta que lucía brillante y florida después del aguacero de verano que cayó en la madrugada haciéndola resplandecer en centenares de flores brillantes.

-Habrás visto... ¡hay que tener tupé! -exclamó sin dirigirse a nadie, mientras el sol que atravesaba la red de ramas y flores y resplandecían cada vez que se reflejaba en la blanca cabellera de la anciana-. Eso de tomarme de modelo para una novela y dejarme sentada en el patio haciendo que me coman las hormigas, ya me parece demasiado. Es una falta de respeto... ¡caramba!

-Doña Irene -llamó Petronila-. Tenés que prepararte porque dentro de un rato ya ha de venir la gente.

-Ya sé -respondió la abuela, sin dejar de rezongar-, pero si Rolando cree que le voy a permitir vender la casa porque me hizo un personaje inmóvil y estúpido en este su cuentito. ¡Ahí sí que está muy equivocado!

-¿Qué decís, ña Irene? -preguntó Petronila desde el corredor- no te escucho...

-Y cómo vas a escuchar si cada día estás más vieja y más sorda vos también -musitó la anciana-. Te digo que ya me voy... ¿Preparaste todo?

-Claro abuela -respondió Petronila con orgullo-. Si para festejar tu cumpleaños que es esta fiesta...

-¡Ja...! -exclamó la vieja-. ¡A quién se le ocurrió que a mí me interesaba festejar mis 87 años...! En mis tiempos, por lo menos se le preguntaba a la gente si quería o no quería hacer algo... Lo que pasa es que ahora Rolando quiere vender la casa y se hace guau-ú el que se interesa por mí... Pero no es así... Basta leer la novela esa que me regaló para ver que lo único que le interesa es ganar plata... ¡Y el papelón que nos hace pasar a todos...! ¡No respeta nada!

-Pero parece sique a don Rolando le resulta bien su novela... Ayer leí nomás en el diario que ese crítico que es tan argel dice que é interesante...

-Los críticos no dicen cualquier cosa... Petronila, vení a ayudarme. La sirvienta se acercó ofreciendo el brazo.

-¿Vamos a comer strogonoff de pollo?

-Sí, abuela.

-Esa comida le gusta más a Rolando que a mí -gruñó la anciana.

-Bueno, abuela, pero el homenaje no es para vos...

-Hum... Bueno, de cualquier manera, Petronila, ya es hora de prepararnos. Son cerca de las 10, ¿verdad?

-Más, ña Irene..., cerca de las 11 sique ya es...

Las dos entran a la gran pieza que hace de comedor y sala al mismo tiempo. La mesa está puesta. Un auto estaciona en la vereda.

-Ahí ya está viniendo Rolo con su hijo..., ese mitaí cada día está más cabezudo.

-Sí. Tiene cuatro años ya, me parece...

-Y bueno...

Detrás del Volvo de Rolando estacionó otro auto del cual bajaron Ana Inés con sus dos hijas y su marido. Se saludaron en la calle y todos juntos se encaminaron hacia la casa de la abuela.

Petronila fue hacia la puerta cancel para darles entrada y la abuela Irene se dirigió a la cocina, todo lo a prisa que podía, para controlar los últimos detalles, como solía decir.

El primero en entrar fue Rolito, que con la espada de plástico en la mano y dando gritos extraños se dirigió al patio, no sin antes dar un esquivo beso en la mejilla de la abuela Irene que tuvo suerte en no caer al piso cuando lo atrapó en su alocada carrera.

-Hola, abuela -exclamó distraído y se zafó de las manos de la vieja-. ¡He Man...! -exclamó y se abalanzó contra el espacio vacío del patio.

-Ana Inés y sus niñas -exclamó sonriendo Rolando-, ya quisiera yo tener dos niñas tan bonitas...

-Lo único que te digo, Rolo -dijo la abuela-, es que no me gustó nada la historia de tu novela y mucho menos que vendas la casa... ¡A eso quería llegar!

-¡Abuela! -exclamó Rolando- no seas una crítica tan terrible para mi pobre novela...

-Ni qué novela ni nada... -respondió la anciana, viniendo desde la cocina con sus pasos bamboleantes ayudados por el bastón-. ¡Ja...! Toda mi vida la pasé en esta casa y ahora la quieren tirar como si fuera... como si fuera...

-Un trapo viejo -terció Jorge.

-Eso..., eso mismo.

-Pero abuela... -dijo María Inés- si vos no querés no se va a vender nada...

-Desde luego, querida..., desde luego -respondió la vieja lanzándole de soslayo una mirada astuta-, ya lo creo que no...

Rolito pasó corriendo como una exhalación gritando:

-¡Éste es el poder de Greyscol!

-Ni el poder de Greyscol me va hacer firmar nada que no quiera -acotó Irene-. Después de tanto tiempo y después de todo lo que pasó... Ah, ¡no señor!

-¿No queré un whiky, don Rolando? -preguntó Petronila servicial.

-Sí, gracias -respondió Rolando encendiendo un cigarrillo. Después de echar unas cuantas volutas al aire se acercó de nuevo a la abuela rodeándola con el brazo- -Vamos..., vamos, abuela..., no me vas a decir que te enojás conmigo el día de tu cumpleaños...

-Hum...

Jorge se sirvió generosamente el whisky y luego habló sin dirigirse a nadie:

-No sé si doña Irene tiene que enojarse contigo, Rolando... La novela es un éxito de librería... Todo el mundo quiere saber en qué terminó la abuela..., el final es un poco deshilvanado..., me parece. Para no decir que no tiene ni pies ni cabeza -lanzó una carcajada de disculpa.

-A mí no me da risa, no señor -rezongó la abuela-. Es una falta de respeto. ¡Eso, sí señor!

-Es una metáfora, caracoles -dijo Rolando-, al fin de cuentas, es sólo una novela...

-Pero pusiste mi nombre y el de toda la familia...

-Pura literatura -exclamó Jorge, riendo.

-Ña Irene -gritó Petronila-, ya está listo me parece..., vení a mirar un poco...

La abuela se alejó todo lo rápido que le permitían sus piernas. Rolando hizo unos gestos imitándola.

-No vayas a creer que no te veo, ¿eh? -dijo la abuela sin volverse-. Habrase visto...

Todos sentados a la mesa, conversaban con animación y desorden. Reían. Hasta la abuela, después de una o dos copitas de vino, se sumó a la algarabía general.

Cuando cantaron «cumpleaños feliz», todos estaban contentos y como siempre tuvieron que encender la vela de la torta tres veces para que Rolito y las niñas pudieran apagarlas.

La siesta fue adentrándose en la hora marcando sus límites bien definidos a través de las ventanas que arrojaban un triángulo de luz sobre las baldosas del piso.

Rolando fumaba sentado en el sillón de mimbre, leyendo el diario del domingo. Jorge, tendido en el sofá. Dormía dando breves ronquidos. Los niños jugaban en el patio y doña Irene y Petronila limpiaban los platos y cubiertos sucios. La vieja tarareaba el estribillo de siempre:

Para qué tantas flores
Si no son para mí
Esta niña de mi alma
Que me muero por ti...

Era de siesta y un leve viento norte comenzó a levantar polvareda en el patio. Hacía calor, pese a estar en agosto.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

